

Selección RNR

Olga Hermon

Una nueva realidad

INVISIBLE  
LIBRO I

**E**

Romance Histórico

Una nueva realidad  
Invisible. Libro I

Olga Hermon



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de México, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

## CAPÍTULO I

**M**edellín, Colombia. Año 1910

«Ven acá muñequita, esta vez no te me vas a escapar... ¡Obedece, si no quieres que te ponga de patitas en la calle!». La amenaza retumbó en el cerebro adormecido de Regina que, aunque captaba el peligro, estaba impedido para enviar señales a su cuerpo para que escapara o, mínimo, se defendiera.

—¡No! ¡Nooo! —gritó aterrada cuando salió de su letargo.

—Sh... Tranquila, niña —dijo Gegoria dos minutos después, cuando apareció en la habitación contigua a mitad de la noche al ser despertada por el alarido de terror de Regina—. Otra vez esa pesadilla —aseguró en voz baja, tranquilizadora. Apenada por la niña<sup>[1]</sup>, se sentó a la orilla de su cama para consolarla.

—Yo... Siento haberte despertado. —El fuerte retumbar de los latidos de su corazón apenas le permitían hablar; mantenía la mano alrededor de su cuello como si con eso pudiera apaciguarlo.

—Lo que me dice que el señorito Andrés te estuvo molestando de nuevo, ¿no es verdad?

—Sí —respondió en un susurró y se dejó arropar por el cuerpo regordete y tibio de la buena mujer.

—¡Ay, San Luis Beltrán<sup>[2]</sup>! Ese malcriado. —Se lamentó con un suspiro sacudiendo la cabeza con desánimo—. Es tan diferente a mi niño Gabriel... Pero claro, ellos solo son hermanastros —continuó con su tema favorito

porque sabía que con eso distraía a la acongojada niña—. Cuando el difunto patrón se casó con la señora Andrea de Toledo, el joven Andrés tenía cinco años y Gabriel apenas uno. Aunque les dio a ambos la misma educación, no logró gran cosa con su hijastro; la mala sangre a veces se hereda. Gracias a Dios, mi niño no ha sido contagiado por ese par.

La suave voz de Gregoria empezó a surtir el efecto deseado sobre Regina que, a pesar del cansancio que le cerraba por momentos los ojos, trataba de escuchar todo lo referente al supuesto niño Gabriel. Según sus cálculos, no era ni tan niño, pues ya estaba a un año de terminar sus estudios profesionales de administración en la ciudad de Londres, Inglaterra.

—Pero mira nada más, si ya estás más dormida que despierta. Qué tonta soy al desvelarte de esta manera —dijo con una sonrisa de satisfacción al dejarla que se acomodara en la almohada—. Trata de dormir, querida, necesitas estar bien descansada y alerta. Mientras ese rufián continúe en la mansión seguirá fastidiándote. No olvides mantenerte alejada de él —le recordó con firmeza.

La señora Gregoria, entrada en los sesenta, era el ama de llaves de los Ponce de León desde mucho antes que falleciera la verdadera patrona y madre de Gabriel. Esta soportaba estoica a los De Toledo, por su niño, al que había criado como un hijo desde que la señora Gabriela se lo había encargado al morir. Ella le hizo prometer que siempre velaría por él. De eso hacía ya veintitrés años.

A la siguiente mañana, en punto de la hora del inicio de labores, Regina cumplía con sus obligaciones como si hubiera dormido de corrido la noche anterior. Ahora mismo limpiaba el salón principal de la residencia estilo colonial que había mandado a construir el abuelo del niño Gabriel, para su esposa, a principios del siglo pasado. Esa sola pieza le tomaba un día completo de trabajo.

Este era un cuadro perfecto, tanto por sus dimensiones como por su mobiliario antiguo conservado de forma impecable. En un extremo, tres

escalones más arriba, se encontraba el vestíbulo donde lucía la puerta doble de madera de caoba y cristal biselado de la entrada principal, con el escudo de armas de la familia Ponce de León a un lado. Justo frente a ella, del otro extremo, se observaba la escalera que llevaba al piso superior, a las dependencias de los patrones. Esta, delimitada por la balaustrada de madera de roble torneado, a ambos lados, se abría en dos a la mitad de su recorrido. Tomando el lado derecho, que correspondía al ala norte de la casa, se llegaba a las habitaciones de la señora Andrea de Toledo y cinco más que el abuelo había dispuesto para la enorme familia que nunca llegó. El lado izquierdo comunicaba con las alcobas del joven Gabriel y Andrés de Toledo y cuatro habitaciones extras para las visitas.

Regina se tomó un respiro para admirar la bóveda del alto techo de donde pendía la exquisita lámpara de araña de cristal cortado. Esta, cuando estaba encendida, iluminaba el lugar con la cálida luz de las decenas de bombillas en forma de vela reflejadas en las múltiples caras de los cristales que las rodeaban. Sin duda alguna, esa magnífica pieza debía valer una fortuna, así como la soberbia sala Luis XV de color rojo vivo que dominaba el área con su apostura. Haciendo juego, a espaldas del sillón de tres plazas, estaba el trinchador de madera de roble con exquisitas aplicaciones grabadas en sus contornos cuadrados.

Sus ojos siguieron el recorrido con nostálgico análisis, pues todo le recordaba a su antigua casa de Santander. Sobre todo, las encantadoras mesitas laterales de patas curvadas, con sus lámparas sobre ellas. Las estilizadas pantallas en forma de cono estaban revestidas de seda dorada, las bases eran de hierro ornamentado, pero el cuerpo central era de fina porcelana de Meissen con pinturas de coloridos campos de cafetales. La mesa central era de roble, con líneas rectas y vistas talladas en sus márgenes. Era uno de sus muebles preferidos por su contenido de variadas figuras decorativas de la misma porcelana de las lámparas, pero el par de elefantes de marfil puro eran sus consentidos, con sus largas trompas entrelazadas y sus

tiernos ojos que se miraban enamorados. También había diversas figuras de piedras exóticas que el joven patrón había traído de sus múltiples viajes.

Como toque final, al centro de la gran sala, estaba el fino tapete turco bordado a mano, que Regina tenía la consigna de limpiar con el mayor de los cuidados para no dañar su precioso diseño de flores entrelazadas, que formaban distintas figuras a todo lo largo y ancho de él. Sus increíbles colores iban desde el rojo sangre hasta el vino intenso, combinados con tonos dorados, ocres y verde pardo.

De pronto, su silenciosa contemplación fue interrumpida con brusquedad por la voz chillante y nasal de

su patrona, a quien ese día la habían tirado de la cama, de otra manera no entendía cómo se había levantado antes de las cuatro de la tarde.

—¡Estefanía, querida, qué gusto verte por aquí! No te preguntaré el motivo porque lo sé de sobra. —«Ya apareció el peine», pensó Regina al ver cómo la patrona acudía a recibir a su visita a la que saludó con un par de efusivos besos.

Como cosa rara, doña Andrea sonrió con genuina complacencia de ver a la chica heredera de los de Mendoza y Castilla, con quien pensaba casar a su hijastro, a más tardar en un año, cuando se recibiera de la facultad. A toda costa quería alargar el momento en que Gabriel tomara las riendas de la fortuna y de los negocios que le había dejado su padre, los mismos que ella manejaba a su antojo como la albacea. No podía permitir, por ningún motivo, que su hijastro comenzara a hacer números antes de tiempo. Con este matrimonio, Gabriel tendría que ocuparse de la herencia de su esposa, primero que nada, mientras ella aseguraba su amañada fortuna. Una vez conseguida la meta, pondría en ejecución su plan maestro de escape con su hijo.

Frunciendo el ceño, pensó en el problema que veía venir cuando Gabriel arribara, pues la poca gracia de su pretensa no ayudaba demasiado y, aunque su hijo era manipulable, en el tema del matrimonio se topó con pared: no

pensaba sentar cabeza nunca.

—¿Decías? —preguntó al percatarse de que Estefanía la miraba interrogante.

—Te pregunté que cuál es la fecha exacta del regreso de Gabriel. ¿Dónde tienes la mente hoy, suegrita?

—En Gabriel, naturalmente. Me devano el cerebro ideando cómo hacer para que caiga de una buena vez. —La tomó del brazo y la encaminó al sillón para tomar asiento y conversar a sus anchas—. No seas tan impaciente, querida —recomendó con una sonrisa maliciosa—, dos meses más y lo tendrás solo para ti.

En tanto las mujeres hablaban y hablaban, Regina pensó con horror en lo que le esperaba al niño Gabriel. Doña Andrea hacía planes con su futuro como si vivieran en la época medieval. Ya tenía arreglado su matrimonio sin contar con él para nada, porque hasta donde ella sabía, gracias a la nana Gregoria, el joven no soportaba a la chica que parecía desesperada por atraparlo.

Sin saber por qué o qué la impulsaba, Regina hizo algo inapropiado en ella: permanecer en el sitio para escuchar una conversación privada.

—Cuento con que me ayudarás en todo, ¿verdad? —Estefanía afirmó más que preguntar. No se olvidaba de los múltiples rechazos del poco convencional joven millonario, pero, para su mal, se había enamorado de él sin remedio.

—Por supuesto que tienes mi apoyo incondicional, querida. Por mi cuenta corre que Gabriel no regrese a Europa sin hacerse el anuncio oficial de su matrimonio contigo.

Regina se estremeció con la fría declaración, al punto de que casi deja caer el fino florero de cristal cortado que limpiaba por segunda vez.

Por media hora más la joven sirvienta se mantuvo en los alrededores, sacudiendo los cuadros, desempolvando las ventanas... así fue como se enteró de algunos detalles del plan. A leguas se veía que moría de ganas por

ir a contarle todo a Gregoria; sabía que esta adoraba a su niño y no permitiría que ese par se saliera con la suya. Concentrada en escuchar y limpiar, no vio llegar a su pesadilla viviente.

—¡Pero qué sorpresa tan agradable!, ¡mi mucama preferida!

Andrés de Toledo entró justo cuando limpiaba los entrepaños inferiores del mueble de roble y espejo de la entrada principal. Petrificada como una estatua, Regina contuvo la respiración ante el sujeto que la tomó con fuerza de las caderas para restregarle la ingle en el trasero. El pánico se apoderó de ella; por fortuna, las mujeres se dirigían hacia la puerta, al parecer, la heredera había concluido su revista.

Al coincidir todos en el vestíbulo, Estefanía saludó al joven Andrés con una sonrisa sarcástica. Para nadie era un secreto por qué no se había fijado en él antes que en Gabriel. El hijastro de doña Andrea desbordaba con naturalidad la clase y valía que traía de abolengo, mientras que Andrés prefería no complicarse la vida con tantas reglas y normas. Corrían rumores de que gustaba de moverse en círculos bajos y que frecuentaba prostitutas.

La cercanía de la patrona y su visita no hizo la diferencia para Regina, Andrés la mantenía cautiva, pegada a su cuerpo amanecido oloroso a alcohol y a perfume barato; entonces apareció Gregoria para anunciar que la mesa estaba puesta y la comida, lista; y la niña fue liberada.

—Quédate a comer, Estefanía —ofreció doña Andrea con una sonrisa congelada. La chica no era de su agrado, pero las circunstancias y buenas costumbres la obligaban.

Estefanía aceptó con unas palmaditas rápidas que evidenciaron su felicidad y juntas se encaminaron al comedor principal, en tanto Regina seguía anclada al piso. Los acosos del joven Andrés cada vez eran más obscenos. La joven sirvienta tenía todas las de perder y para recordárselo, De Toledo le susurró al oído: «Salvada por la campana, muñeca, pero solo es cuestión de tiempo y ambos lo sabemos». Para completar su fechoría, le pasó la lengua de forma lasciva por el lóbulo de la oreja antes de apartarse, esto le provocó un

estremecimiento y un par de arcadas que tuvo que contener cuando corría para alejarse de él lo más posible.

—¡Desdichado!, ¿qué te dijo esta vez? —Cinco minutos después, en la privacidad de la cocina, Gregoria obligó a Regina a que se tomara un té para los nervios.

Con la palidez de un muerto y su cuerpo tembloroso como estampida de hormigas, Regina se dejó envolver en los brazos protectores de la buena mujer que se había autonombrado su defensora, en parte, por venganza de lo que había sufrido su hija con el mismo individuo algunos años atrás. Más calmada, relató los planes que se maquinaban en contra del patrón, aunque Gregoria no se sorprendió, al contrario, le aseguró que su niño sabía muy bien cómo defenderse, pero, para que se quedara tranquila, le aseguró que le contaría todo en cuanto él llegara.

Por fortuna, al día siguiente era sábado y Regina saldría de descanso a la una en punto para emprender su acostumbrado viaje en tren a Caldas, con su familia, a su hogar de los últimos meses.

El largo viaje transcurrió sin novedad, hasta se pudo echar una pestañada reparadora antes de su arribo a La María.

—¡Reg, por aquí! —la clara voz de Rosalía se escuchó entre la gente en la pequeña terminal cuando el sol trazaba su diario recorrido, atrás de las montañas.

—¡Prima, has venido por mí! —sonrió feliz y al segundo su rostro se transformó en preocupación antes de abrazarla y dispararle la pregunta por su inusual recibimiento—: ¿Pasa algo malo con mamá?

—Tranquila, respira niña, todo está bien. A mi madrina ya se le ve alivio con los tónicos nuevos que le trajo el doctor, come mejor y se siente más fuerte —enumeró con paciencia inagotable mientras emprendían la marcha.

—¡Gracias a Dios! ¡Ay, prima! ¿Qué haríamos mamá y yo si no teuviéramos? Eres nuestro único apoyo y consuelo. —Enlazó su mano en la de ella y la miró con fervor, conmovida por la dedicación hacia su madre.

Rosalía no solo era su familia, sino también su mejor amiga y paño de lágrimas; era la única persona con la cual se permitía ser una simple chica de quince años.

—Ustedes son todo para mí, Reg, además, lo que hago es poco en comparación de los que mis padrinos hicieron por mí el día en que perdí a mis padres en aquel naufragio. Tú no lo recuerdas porque eras una nenita entonces.

—Lo único que sé es que, desde que tengo uso de razón, eres mi hermana mayor. Te quiero muchísimo. —Las jóvenes se fundieron en un fraternal abrazo que decía más que mil palabras.

En el corto trayecto a la casita en renta, las primas se pusieron al día con las pocas novedades del pueblo; brincaban charcos, saludaban a los vecinos que en ese momento sacaban sus sillas mecedoras al pórtico para ver llegar la noche y escuchar el canto de los grillos y uno que otro sapo que peleaba por hacerse notar; y bromeaban acerca de quién de los jóvenes casaderos estaba bueno para novio de una o de la otra.

En cuanto Regina empujó la puerta de entrada, que de inmediato la delató con su característico chirriar de bisagras —igual que el lamento de un hambriento gato— se escuchó una voz decir desde el fondo:

—¡Regina! ¿Eres tú, hija? ¿Estás aquí?

La joven se quedó quieta, en espera de la terrible arremetida de tos que siempre atacaba a su madre después de hablar, pero esta nunca llegó.

—¿Qué te dije? Hasta su oído está mucho mejor —sonriente, Rosalía conspiró en un susurro.

El resto del día, en el hogar de las Sampiers – Cano, transcurrió entre risas, bromas y música de violín, uno de los instrumentos que Regina dominaba a la perfección y único sobreviviente de todas las pertenencias que la ilustre familia alguna vez había poseído.

Al otro día, después de la misa dominical, las primas compraron el pan y se dirigieron a su hogar para despedir a Cruz Callejas, la amable vecina que

cuidaba a la enferma siempre que era solicitada; ya era como parte de la familia y su hijo también.

—Gracias por todo, Crucita. No te olvides de tu bolsa de naranjas — Rosalía despedía a la buena mujer mientras la prima se ocupaba en darle a su madre la infusión recetada por el médico para sus débiles pulmones.

—Ya se durmió —comentó Regina en un susurro de regreso a la cocina—. Crucita la deja exhausta con tanto chisme que le trae. —Las miradas se encontraron y fue imposible no estallar en carcajadas, olvidadas por completo del ligero sueño de la enferma.

Qué felices eran a pesar de las carencias... De vivir en una residencia, que parecía un castillo medieval, ahora habitaban en una humilde casita apenas de tres habitaciones y un cuarto de baño obsoleto en el patio, con retrete hecho de tablas de pino y un balde, y un cazo por regadera. Justo ahora en el pueblo llovía a cántaros, más adentro de la vivienda que afuera. Las múltiples goteras en el tejado, de hoja de palma y madera, obligaron a las chicas a sembrar trastos por doquier, para evitar el chapoteo en los mosaicos desgastados por el tiempo.

—Oye, Reg, doña Gregoria es como nuestro ángel, ¿no te parece? — comentó Rosalía, indiferente a las calamidades, cuando sacaba los víveres de la valija de su prima para acomodarlos en el mueblecito que hacía las veces de despensa.

Todos los fines de semana, el ama de llaves de la mansión Ponce de León vaciaba la ropa de la maleta de Regina para llenarla con fruta fresca, semillas y frascos de conservas, con la intención de contribuir en la despensa de la casa y mejorar el raquítico sueldo que le pagaba la patrona Andrea.

—No te imaginas cuánto, Rosalía, no te imaginas cuánto... —respondió contemplativa, sentada en una de las desvencijadas sillas de la pequeña cocina, con los codos recargados en la mesa y el rostro tranquilo apoyado sobre las palmas de sus manos.

Su prima ignoraba la pesadilla que era trabajar para los De Toledo y lo

seguiría ignorando mientras pudiera; ya tenía bastante con la carga de la enfermedad de su madre para darle más preocupaciones. A fin de cuentas, ya tenía protección y consuelo veinticuatro horas al día, eso no quitaba que cada fin de semana necesitara renovar fuerzas para enfrentar la tristeza por vivir alejada de ellas. En el pasado, siempre estuvo rodeada de abundancia, mimos y seguridad; ahora tenía que conformarse con los mimos y solo los sábados y domingos.

Más tarde, antes de su esperada cita de la una, Regina se dispuso a llenar con agua tibia la antigua tina de peltre para el baño de todos los domingos de doña Reginalda. Había sido una verdadera suerte que madame Shuchet modernizara su ducha y accediera a venderle el tanpreciado mueble en cómodas mensualidades. Justo ahora mismo iba de salida a su casa de modas para finiquitar la deuda con una nueva clase de piano para su pequeño hijo.

—Pensé que hoy descansarías. Te veo un poco ojerosa ¿Estás comiendo a tus horas? —Rosalía la interceptó de camino a la puerta.

—Sí, prima, no te preocupes. Creo que es por culpa de mi última creación —dijo mostrando su nuevo vestido—. Sospecho que algo no anda bien con él. —Con gesto de diva caminó de un lado a otro de la pequeña habitación, como si fuera una modelo de pasarela, para mostrar en todos sus ángulos el diseño que había terminado en la madrugada; luego, como toda una ladronzuela de mercado, manoteó una manzana del frutero y salió corriendo rumbo a la calle.

Rosalía sonrió conmovida en tanto miraba alejarse a la chica más bonita de Caldas y todos sus alrededores. Para ella, era como un ángel, con su larga cabellera rubia brillante como una cascada de oro. Alta y espigada, pero muy embarneada para su corta edad, con el rostro más hermoso y seráfico que pudiera existir sobre la tierra.

Sus deslumbrantes ojos color miel, envueltos en largas pestañas, eran el espejo de su alma; estos dominaban el perfecto óvalo de nívea piel de su cara. Sus labios eran gruesos y de suave terciopelo rojo, y su nariz respingona era

el único rasgo de niña que iba con su verdadera edad, porque para todos, afuera de esas cuatro paredes, ella tenía dieciocho años cumplidos.

Regina, se vio obligada a mentir cuando se dio cuenta de que nadie quería de sirvienta a una chica que en su vida había lavado un plato. Dato que no le costó mucha dificultad descubrir en la primera casa a la que acudió a solicitar la vacante con su verdadera identidad. Fue entonces que se aventuró a buscar trabajo en la fábrica textil y decidió ocultar su famoso apellido paterno al mundo. Fue aceptada de inmediato por el capataz que en cuanto pudo dejó traslucir sus verdaderas intenciones.

Por tres largos meses soportó las amenazas y embestidas del hombre, hasta el día en que casi se sale con la suya y logra mancillarla. El milagro que Dios obró sobre su mente le dio el instante de lucidez y valentía que necesitaba para defenderse: ordenó a su cuerpo que se moviera y le propinó un pisotón monumental al malvado que la liberó de sus garras para lamentarse como anciana adolorida.

Agotada y hambrienta de tanto vagar por las calles de Medellín, esa misma tarde llegó a las puertas de la mansión Ponce de León, donde la recibió Gregoria, que con solo una historia a medias y su dulce apariencia la tomó como mucama y la convirtió en su protegida.

—¿Cómo te fue con Dieguito, prima? —se interesó Rosalía, en cuanto la vio aparecer en la cocina donde ya humeaba el caldo de pollo en el fogón, un par de horas después.

—Según se vea. Por fin ha distinguido entre las notas naturales del piano y los bemoles y sostenidos, después de seis sesiones de una hora —concluyó con un suspiro.

Sabía que el niño no había nacido para la música, ¿pero quién era ella para negarse el beneficio si madame Shuchet insistía? A fin de cuentas, a cambio de eso le compró la bañera y recibía clases de costura en su casa de modas donde lucía el piano de cola fabricado por las manos artistas de don José Cicerón Castillo[3], para uso exclusivo de su hijo.

—¿Qué te dijo Carmela de tu vestido? —preguntó la prima curiosa.

—Que me faltaron las pinzas de aquí —indicó con sus dedos—, que ajustan el busto y el talle, y la falda excede de su largo por una cuarta —respondió con desánimo por su olvido—. Con decirte que, cuando madame Suchet me llevó al niño, me preguntó por qué había ido a dar la clase en camisón de dormir...

—No te aflijas, primita. No tardará mucho en que te conviertas en una modista de renombre —vaticinó convencida.

## CAPÍTULO II

«**M**e tienes loco muñeca, pero esta vez, si vas a ser mía». Las tétricas carcajadas congelaron el corazón de Regina y su cuerpo se puso rígido como el hielo del Cumbal[4]. El pánico no le permitía moverse o gritar para pedir auxilio.

El desalmado sujeto la arrastró en peso al rincón más oscuro y apartado de la construcción maloliente a moho y a desechos orgánicos. La humedad era tal que no se podía ni respirar, pero el perverso jadeaba como cerdo mientras manoseaba su tierno cuerpo con sus manazas enormes y callosas. Cuando sintió que le levantaba la falda por detrás, su mente atrofiada salió de su letargo y empezó a forcejear para liberarse. A punto de gritar para pedir ayuda, una mano sacudió su hombro con firmeza y la despertó.

—Señorita ¿Se siente usted bien? —preguntó un joven parado junto a ella, con rostro de verdadera preocupación.

—Creo que sí... —respondió Regina temblorosa. Con sus manos se abrazó a sí misma para darse consuelo.

Para variar, se había dormido con el suave ronroneo de la locomotora en el viaje de regreso a Medellín. Siempre que su endeble paz era perturbada, tenía esas pesadillas recurrentes que la atormentaban y le recordaban los meses de terror vividos en la textilera.

—Traigo algo de té. ¿Te gustaría probar un poco?, mi madre no me deja viajar sin mi dotación —la tuteó. Su gran sonrisa dejó ver un par de dientes separados que le daban el aspecto de un niño travieso—. A propósito, mi

nombre es José Pedro Sanclemente.

—Gracias —respondió al tiempo que tomaba con ambas manos la tibia taza—. Yo me llamo Regina San... Cano. Regina Cano —se corrigió apresurada. Hacía nueve meses que era Regina Cano para todos; su nueva identidad la protegía de ese mundo desconocido y hostil.

—Todos los domingos te veo subir al tren en La María y bajar en Medellín... ¡No te asustes, por favor! —rogó en cuanto la vio repantigarse en su asiento con cara de miedo—. Es que yo hago lo mismo, solo que vengo desde la capital: «La tierra que vio nacer a esta estrella» —dijo alardeando. Su sonrisa se amplió al ver la burla en los ojos de miel, pero eso no fue impedimento para que se sentara en el sitio disponible junto a ella.

—¿Qué haces en Medellín? —preguntó curiosa, al recordar lo de «esta estrella». Su mirada directa y sin malicia la convenció y al fin pudo relajarse.

—Trabajo para el periódico *La linterna*. Así que no me queda de otra que viajar cada fin de semana de Medellín a Manizales y de vuelta a Medellín, si no quiero que mi madre «enferme de preocupación» por mí —enfaticó burlón—. ¿A ti que te lleva allá?

—Trabajo en el servicio doméstico en casa de la familia Ponce de León —respondió si dudar. Le había caído en gracia el joven apuesto y de charla despreocupada.

—Conozco bien la historia de los Ponce de León. Son una de las familias más acaudaladas de Colombia. Tienen infinidad de cafetales por todo el país, amén de otros negocios —concluyó antes de saborear un largo trago de su vaso.

—Definitivamente tú sabes más que yo. Trabajo para ellos desde hace seis meses y aún no conozco a toda la familia.

—Si mal no recuerdo —comentó con la mano en la barbilla, su dedo índice repiqueteaba sobre ella, sus azules ojos empuñados por el esfuerzo—, la semana pasada mi periódico publicó que está por regresar el heredero de don Arnulfo Ponce de León.

—Y no te equivocas, aunque según sé, solo viene a pasar sus vacaciones de verano. Tiene que regresar a Londres a terminar sus estudios en administración —concluyó con sonrisa feliz de aportar algo a la conversación.

—¿Para qué querrá un título universitario un hombre tan rico como él? —preguntó José Pedro con un toque de cinismo impropio en él.

—Yo siempre he querido tener uno...—agregó Regina sin extrañeza.

—Sí, pero tú eres mujer, y pobre como yo. Nosotros siempre queremos algo —aseguró. De pronto se sumió en sus recuerdos; el tema había hecho resurgir viejos anhelos que no se habían podido concretar hasta ahora.

En el transcurrir del viaje, Regina compartió un poco de su familia, pero más que nada se dedicó a escuchar la amena charla de José Pedro; fue así como se enteró de que era mensajero a tiempo completo en el periódico y que también se prepara para ser, un día no muy lejano, un periodista famoso.

La noche pasó para la niña como haber ido por el pan, tan rápido que cuando llegaron a Medellín, sintió pena por separarse de su nuevo amigo; hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómoda con alguien joven, claro, sin contar a su prima Rosalía y Darío, el hijo de Crucita.

—De ninguna manera permitiré que a estas horas de la madrugada andes por la ciudad tú sola. De ahora en adelante te acompañaré hasta que te deje en la mansión de los Ponce de León, sana y salva —José Pedro dijo resuelto, en el momento que la niña hizo el intento de despedirse de él al pie de las vías del tren.

Más que feliz con la novedosa imposición, Regina se dejó guiar a las afueras del edificio de la estación del ferrocarril, en pleno período de construcción —este vería su gloria, cuatro años después—.

Y así fue. El atento joven Sanclemente cargó la ligera maleta de la niña cabellos de sol mientras salían de la oscura calle de San Juan, apenas iluminada por la tenue luz de las farolas que les seguían los pasos. José Pedro tenía dos semanas de vivir para el rumbo, así que desde ahora en adelante

compartirían ese mismo peregrinar juntos. «Si tan solo el tranvía empezara su servicio en la madrugada...», pensó Regina, a quien de pronto se le vino el cansancio encima. Pero no; este iniciaba sus labores a las ocho en punto y para eso faltaban cuatro horas, y era de entenderse, había que dar descanso a las pobres mulas de tiro. Aunque a partir de hoy para ninguno de los dos sería cosa de pesar el largo recorrido: gracias a este los nuevos amigos podrían alargar sus planes y sueños un poco más, en tanto caminaban y disfrutaban de la calma de la preciosa ciudad dormida de la eterna primavera.

A lo lejos, antes de llegar a la Iglesia de La Candelaria, ya se avistaba la fachada principal de la majestuosa mansión colonial de dos pisos, con sus altos muros pintados de blanco y sus ventanas con balcones. Cuando estuvieron enfrente, Regina dobló la esquina para entrar por el acceso de servicio, situado junto a la reja de entrada para los autos de la casa. Ambas puertas estaban colocadas para poder divisarse desde las ventanas del segundo piso del ala sur, donde también se encontraba el cuarto del chofer que hacía las veces de vigilante nocturno; este subía a su privado por una escalera exterior en la cochera. Ahí mismo se despidió de José Pedro Sanclemente, con la promesa de que este solo era el inicio de una larga amistad.

Por primera vez en mucho tiempo, Regina regresó a su rutina diaria con el alma ligera como pluma al viento, justo a la hora en que empezaban las labores en la planta baja de la mansión.

De las alcobas de los patrones, ni hablar: el aseo se hacía cuando estos se levantaban bastante después del mediodía.

—Buenos días, Greg. ¿Cómo estuvo tu fin de semana? —saludó al llegar a la cocina donde hizo una parada para tomar su desayuno a las siete en punto, tal como lo indicaban las reglas de la casa.

—No tan bien como el tuyo, niña. ¿Por qué llegaste tan sonriente? ¿Tu mamá esta mejor? —Gregoria abrazó con cariño a su protegida.

—Sí. La encontré de excelente semblante y más animada. En general, todo

estuvo muy bien. También nos pagaron unas costuras con las que nos pusimos al día con la renta.

«Sospechosamente inquieta, mirada soñadora... Si, son los síntomas», pensó Gregoria traviesa.

—¿Cuándo me piensas decir que conociste a un joven muy guapo en el viaje? —La buena mujer gozó como niña cuando vio el brinco de Regina sobre su asiento.

—¿Cómo lo sabes? «¿Ahora eres adivina?». Me viste llegar... —entendió de pronto.

—¡Claro! De bruja solo tengo la cara —bromeó socarrona—. Te vi cuando llegabas con el nieto de Sanclemente —aclaró ya más juiciosa.

—¿Cómo? ¿Tú lo conoces? —«¿de dónde conocía Greg a José Pedro?».

—Hace muchos años, cuando yo apenas era una niña, mi abuela sirvió en casa de don Antonio Sanclemente, su famoso abuelo —aclaró para borrar su gesto ceñudo—. Naturalmente ese chico aún ni pensaba nacer, pero si conocí a su padre, es idéntico a él.

—Entonces, ¿José Pedro es rico? —su rostro se alargó por la creencia de que su nuevo amigo se había burlado de ella.

—Fueron muy ricos en el pasado, pero con la muerte de don Antonio y la guerra que estábamos viviendo lo perdieron casi todo. —Terminó el relato con un suspiro de tristeza.

Regina guardó silencio, asimilaba lo que acababa de oír. Sospechó que su historia y la de su amigo se hallaban vinculadas. Según recordaba, por aquella época estaba por cumplir los once años cuando su padre, Manuel Sampiers, había sido asesinado.

Herederero de una cuantiosa fortuna, el joven Sampiers la triplicó en exitosos negocios gracias a su inteligencia y visión fuera de época. Pero... Como siempre, había un pero en la historia; él tenía un gran defecto o virtud, como se le quisiera llamar: era el sujeto más idealista y soñador de todo Colombia, luchador empedernido por la clase pobre y por los necesitados.

La pasión de Manuel Sampiers por la igualdad de clases y género lo condujo a involucrarse con grupos armados que lo llevaron a la muerte a muy temprana edad, sin antes ver los frutos de su esfuerzo por la causa ni la desgracia en la que cayó su familia cuando quedó totalmente desprotegida en medio de una situación de peligro y miseria.

Con la caída del famoso revolucionario, vinieron a las vidas de las Sampiers todas las desgracias de la tierra, pero Regina no lo supo hasta que su madre ya no pudo sostener por más tiempo el ritmo que llevaban y se vio obligada a sacarla de su capullo, que eran los muros del Colegio Santa Cecilia, donde se encontraba de interna, para hacer frente a la escasez y penurias en la que se convirtió su mundo a partir de entonces.

\*\*\*

Horas después, Regina pudo constatar que su deseo de no ver al señorito Andrés por un buen tiempo no se habría de cumplir. Este seguía en la mansión, a la caza de ella como hiena con cría.

—Te esperaba, bomboncito —escuchó su voz aguardentosa en medio de las penumbras apenas entrar en su habitación para hacer el aseo, pasada de las cuatro de la tarde.

A pesar de la resaca que se cargaba, Andrés de Toledo pensaba que no le vendría nada mal un buen revolcón con la gatita más joven de la casa. Ya iba siendo hora de que parara su jueguito de «Me hago la difícil» porque se estaba aburriendo de él.

—¡Joven Andrés! ¿Qué está haciendo aquí? —Regina le reprochó con un grito ahogado. Ante la sorpresa de encontrarlo ahí, no pudo guardar la compostura. Apenas cinco minutos atrás lo había visto sentado en el comedor.

—Hasta donde sé, esta es mi alcoba... —le respondió. Su sonrisa era una poesía al sarcasmo mientras se acercaba a ella con paso lento.

—Por supuesto, joven. Volveré más tarde —decidida caminó a la puerta, pero una garra de acero la retuvo del brazo dolorosamente.

—Tú no vas a ir a ningún lado, preciosa. He tenido que soportar la retahíla de mi madre por permanecer

en la mansión y no me pienso marchar esta vez sin quitarme las ganas de ti. —Resoplaba con su aliento alcoholizado sobre el pálido rostro.

«¡Dios del cielo, ilumíname! ¿Cómo salgo de esta?», se preguntó sintiendo cómo los huesos de sus piernas se volvían de leche—. ¡Por favor, joven Andrés! Va a conseguir que Gregoria me despida si no me presento al llamado de su madre en cinco minutos.

Como una revelación, a Regina le vino a la memoria la sugerencia de Greg de que se hiciera cargo de la reparación del vestido que usaría más tarde la patrona para la fiesta de cumpleaños de su amiga Sarita Ruelas, así se ganaría unos pesos extras.

—Sabes que, si me da la gana, te puedo obligar a que me atiendas en la cama —le aclaró con el rostro descompuesto. Su orgullo de macho no le permitía dejarla ir sin aclarárselo—. Por esta vez te puedes marchar, pero la próxima cuídate de no darme ningún pretexto porque me va a importar un soberano sorbete. —Forzado, la dejó ir, pero sus ojos brillaban en las penumbras como antorchas encendidas.

Aunque Regina hubiera querido decir algo, la voz, estrangulada por el miedo, no le salió. Gracias a Dios, sus pies actuaron por cuenta propia; corrió a la cama en medio de las sombras y desprendió las ropas de dos manotadas. Con la mirada baja y el pesado bulto de tela y holanes de escudo, cruzó frente a él y salió como una centella de la habitación.

### CAPÍTULO III

Con la bendita ausencia del joven Andrés, el resto de la semana pasó tranquila para Regina, aunque con la constante de la señorita Estefanía casi de diario en la mansión. «¿Por qué la irritaba tanto su presencia?», se preguntaba analítica. Cierto que la chica no era un dechado de simpatía, menos con la servidumbre, y menos con ella que era invisible.

Estefanía y doña Andrea no se ocupaban de otra cosa que no fuera planear la fiesta de bienvenida del niño Gabriel, que se llevaría a cabo en la casa de descanso de Guatapé, muy cerca del famoso Peñol.

—¿Con tantos sirvientes como dices que tienen, en verdad es necesario que vayamos? —questionó por enésima vez, horas atrás.

Las mujeres se afanaban en la cocina con la pulida de los cubiertos de plata que se usarían en el gran evento, pero Regina externaba su descontento con insistencia. Lo que más le podía de todo ese bullicio que había roto el acostumbrado equilibrio en el funcionamiento de la mansión, era la imposibilidad de ir a ver a su madre y a Rosalía. Ella también era parte de la comitiva que acudiría a limpiar a profundidad la residencia de verano y a servir en la fiesta de recepción del joven patrón.

—Si niña. A doña Andrea le encanta disponer de su servidumbre como si no tuviéramos vida propia. No queda otra que aguantarse o renunciar — aclaró Gregoria con paciencia—. Para ella solo somos un número y tú eres el número seis y, si no ve seis empleados salir de aquí, es capaz de ocasionar otra «guerra de los mil días». ¿Has terminado con los cuchillos? Necesitamos

regresar todo a su caja para que los acomode Moisés en el auto. No queremos que se pierda alguno por el camino.

—¿No viajaremos en tren? —preguntó con el miedo dibujado en su rostro en cuanto registró la noticia.

—No. La señora decidió que el chofer nos lleve en la cafetera nueva. Llegaremos más pronto porque no habrá tantas paradas.

—Esos artefactos de motor me dan miedo. Dice mi madre que no son de Dios. —Gregoria le sonrió comprensiva.

—A mí tampoco me gustan, querida, pero la patrona no desaprovechará la oportunidad de presumir a sus amistades el *Peugeot* que le envió de Europa mi niño Gabriel —dijo con gesto altivo, imitando el horrible acento francés de doña Andrea, al tiempo que se echaba aire con su abanico imaginario.

Las mujeres se miraron unos segundos en silencio, luego estallaron en sonoras carcajadas por la chispeante interpretación que puso fin al lúgubre ambiente en la cocina.

\*\*\*

Dos semanas después, la comitiva partió al amanecer rumbo al Peñol; llegarían a la hacienda justo a tiempo para descansar un poco antes de iniciar las intensas labores de limpieza al levantar el alba del día siguiente, según el apretado programa ideado por Antonia, el ama de llaves del lugar.

Regina no tardó mucho en acostumbrarse al acompasado ronroneo del motor, hasta se dio el lujo de dormitar por el camino. Y es que no le eran ajenos ni los verdes pastizales, ni la increíble vegetación de los parajes que iban dejando atrás. En los buenos tiempos de la familia Sampiers, tuvieron una casa de descanso por esa misma zona a la que acudían por lo menos cinco veces al año. A su padre le encantaba el campo. Otra situación que tenía a Regina resignada y tranquila era su otro ángel y enlace con su familia hasta su regreso a Medellín. Gracias al oportuno servicio de telégrafos que

llegaba hasta La María, pudo informarle del cambio de rutina en su trabajo y de las próximas visitas de Sanclemente. Su madre y Rosalía ya sabían de él por sus cartas; se había convertido en el tema principal. De hecho, José Pedro ya tenía dos semanas de llevar a casa el producto de su salario y la entrada extra para solventar los gastos mientras tanto.

Más tarde, Regina se habría de enterar del éxito rotundo de su amigo en su hogar. El muy calavera no solo se había echado a su madre a la bolsa; a su prima la tenía bien prendada de él, pero él también lo estaba de ella. Fue «amor a primera vista».

Molidos por el largo viaje y el golpeteo constante gracias al camino en pésimas condiciones por las constantes lluvias, el batallón de limpieza por fin arribó a la finca Ponce de León. En la oscuridad reinante, Regina apenas pudo distinguir su silueta, pero podía imaginársela muy parecida a todas las casas de ricos de por ahí.

No fue sorpresa para ella que el área de servicio estuviera dispuesta como la mayoría de las mansiones de ciudad o de campo: amplia cocina de techos altos, gran ventana junto al fogón, comedor para doce personas, puerta de salida al patio lateral y los cuartos de la servidumbre al final de un lúgubre y húmedo corredor. Eso le dijeron sus ojos poco antes de dejar caer la cabeza en el camastro destinado para ella.

—¡Vamos, muévanse, que la casa no se va a limpiar sola! —a las seis en punto del día siguiente, Antonia gritaba al aire cual capataz de mina de carbón a quinientos metros bajo tierra.

Apenas amanecer, el ama de llaves no esperó si quiera a que los empleados foráneos terminaran su desayuno en paz para entregarles la lista de sus obligaciones de ahí a una semana. Con su peor actitud, exigía a diestra y siniestra, en especial a Regina. No se necesitaba ser un genio para darse cuenta de que le había caído pesado la protegida de Gregoria. Esta se percató del dato en el instante justo en que su madre procuró con insistencia a la niña bonita al bajar todos del auto, la noche anterior; lo que no supo en ese

momento era que iba a llegar a odiarla.

La hija de Greg no se parecía en nada a ella. Era una mujer amargada, marcada por su desafortunada experiencia de juventud con De Toledo. Realidad que casi le cuesta la vida, diez años atrás, al abortar a su bastardo en un ambiente nocivo, un cuartucho pululante de mugre y bichos en manos de la mujer sin escrúpulos que se hacía llamar «sanadora».

Gregoria seguido la reprendía por sus malos modos, pero esto parecía actuar en forma contraria a sus buenas intenciones, ya que, en la primera oportunidad que se le presentaba, Antonia se desquitaba con maldad.

—¡Pero qué hermosa vista tengo desde aquí! —Regina escuchó a lo lejos la voz del joven Andrés, como en una pesadilla, cuando el sol se encontraba justo arriba de su cabeza; era eso o que los intensos rayos le empezaban a causar estragos.

Desgraciadamente para ella fue la triste realidad de Andrés de Toledo recién llegado a la finca, con su habitual lasciva e irritante presencia, acompañado de la señorita Estefanía. A este le quedó como anillo al dedo el espectáculo que le regalaba montada en la punta de una escalera a dos metros y medio del suelo, cuando limpiaba por fuera los cristales de las altas ventanas del salón principal. El viento conspirador sacudía sus enaguas para mostrar una buena porción de sus torneadas piernas hasta las corvas.

En tanto el señorito se regodeaba con sus afanes, la joven sirvienta luchaba por controlar el vaivén de su vestido cuando un descuido permitió que aflojara la sujeción a la escalera y cayera de espaldas, directo a los brazos del abusivo.

Al punto de la deshidratación y muy asustada, Regina pensó que más le valía haber caído al piso. Miró en todas direcciones en busca de alguien que la recatara del «pulpo humano», pero solo Estefanía se encontraba cerca, y eso era lo mismo que nadie para ella.

—Ahora sí no te me vas a escapar, preciosa, me importa un cuerno si San Luis Beltrán necesita de tu ayuda. —Saboreó la condena como si ya tuviera a

la chica en su cama.

—¡Ahora entiendo por qué no te luce lo que haces, Regina! ¡Repórtate a la de ya en la cocina! —Antonia apareció de pronto y le tronó los dedos con furia contenida—. A partir de ahora trabajarás ahí y no saldrás sin mi permiso ¿te queda claro? —Estaba que echaba espuma por la boca de rabia y no se molestó por ocultarlo.

—Sí, señora. —«De nuevo, “salvada por la campana”», pensó Regina, feliz de la vida. Si pudiera, agarraría a besos a «doña gruñona».

Cuando llegó al caldeado lugar preguntó por Martha, la cocinera, y de inmediato se puso a la orden de ella. La mujer, aunque osca, la recibió con agrado y le indicó qué hacer, agradecida de la ayuda extra. Para la noche, Regina había pelado y picado tantos vegetales que tenía los dedos en carne viva.

Al día siguiente, a la hora de la comida, la servidumbre tuvo que comer por tandas porque no cabían todos al mismo tiempo en el comedor. El lugar bullía por el calor humano y por las ollas en hervor; así y todo, Regina agradeció un nuevo respiro.

Le encantaba esa área de la finca, le recordaba mucho a la de su antigua casa de verano: rústica y acogedora; con ese aire delicioso de hierba y flores silvestres que entraba como oleadas de bendición por la puerta abierta. De hecho, toda la casa era igual, pero sin carecer de las comodidades y elegancia que ofrecía la mansión de Medellín, incluso, para los empleados de servicio, que también gozaban de sus instalaciones modernas, como retrete con desagüe y regadera de agua fría y caliente en la ducha.

—Buenas tardes tengan todos ustedes. ¿En dónde se encuentra la nana más hermosa de Colombia?

La algarabía de los presentes se apagó de golpe y porrazo cuando se escuchó sobresalir la increíble voz de barítono del recién llegado. Con un grito de júbilo a los cuatro vientos, Gregoria se levantó de su silla como si le hubieran puesto un resorte en las asentaderas y, con toda la rapidez que le

permitió su cuerpo viejo y pasado de peso, se dirigió al espectacular personaje.

—¡Hijo, mío! ¡Por fin llegas! —exclamó con los brazos abiertos de par en par.

La voz del ama de llaves se quebró al final, pero ni falta hacían las palabras, porque el abrazo en que se fundieron ella y el joven Gabriel decía más que mil palabras. Regina, al igual que el resto de la servidumbre, miraba la escena con la boca abierta sin acertar a cerrarla; y cómo podría, si frente a ellos estaba el hombre más hermoso que sus jóvenes ojos hubieran visto jamás: alto, distinguido y poseedor de una maravillosa sonrisa.

Con movimientos elegantes, Gabriel Ponce de León alzó en brazos a su nana y la giró en el aire como si de un muñeco de trapo relleno de plumas se tratara.

—¡Nanita querida, cuanto tiempo sin verte! ¡Si supieras todo lo que te he extrañado!

—¡Lisonjero! No debe ser mucho si apenas me escribiste —declaró la feliz mujer fingiéndose ofendida, antes de rogarle que la dejara de nuevo en el piso.

—Juro que es verdad, nana bonita. Este año de escuela me ha mantenido de aquí para allá, sin poder permanecer en un lugar fijo de residen...

—Joven Gabriel, los señores lo esperan en la salita del té —Antonia interrumpió la conversación con su inconmovible postura, sin pedir permiso o una disculpa como mínimo.

—Diles que estoy charlando como mi nana si eres tan amable. En un momento me reuniré con ellos —indicó con cortesía y una firmeza que no dejó lugar a dudas de quién mandaba ahí.

—Sí, patrón. —El ama de llaves se dio la media vuelta de forma callada, pero sus labios apretados denunciaban su disgusto.

—Estoy segura de que así es, hijo —continuó la conversación Gregoria sin desconfiar de la sinceridad de su niño. De pronto se quedó seria, le vino a la

memoria la querida doña Gabriela y don Arnulfo—. No me canso de verte, Gabrielito, cada día te pones más guapo. Lo mejor de tu madre y de tu padre está en tu presencia, en tu carácter; si ellos te pudieran ver, estarían muy orgullosos de ti —le dijo con un nudo en la garganta al tiempo que acariciaba el rostro moreno con devoción. Pero para consentirlo tenía mucho tiempo por delante. Lo tomó del brazo y se apartó un poco de los presentes para comentar—: Ve con la señora, mi niño, ya sabes cómo se enoja si la haces esperar. Tú y yo tenemos todas tus vacaciones para ponernos al día con las novedades.

—Solo porque tú me lo pides, nana; bien sabes que no son mis personas favoritas —declaró ceñudo.

Con una radiante sonrisa le dio un sonoro beso en cada arrebolada mejilla, luego volvió su rostro al resto de los presentes para despedirse con una señal de su mano.

Después de la retirada del joven patrón, el silencio reinante solo fue roto por los suspiros de las damas presentes, incluida Regina, y el murmullo de simpatía de los caballeros.

—¿Dime si no está guapísimo mi niño Gabriel? —dijo Gregoria henchida como pavo real en cuanto regresó a su asiento junto a Regina.

«¿Acaso no existía un mejor calificativo para la perfección hecha hombre?», se preguntó, acalorada—. Sí. Por supuesto —Regina atinó a decir, sonrojada de pies a cabeza.

—Haré un recorrido por la mansión para ver que todo esté caminando en orden —declaró Gregoria, minutos después—, porque las siguientes tres horas pienso dedicárselas a mi niño. Nos vemos más tarde, querida.

Regina vio salir a la mujer, feliz, como no la había visto hasta ahora. El joven Gabriel no solo era el hombre más atractivo del planeta, sino también el ser capaz de inyectarle alegría y color a la ordinaria vida de una buena mujer que veía a través de sus preciosos ojos verde jade.

## CAPÍTULO IV

La fastuosa fiesta de recibimiento dio inicio esa misma tarde de la llegada del joven patrón. Gracias a la decisión del ama de llaves, Regina salió de su encierro, de forma temporal, ataviada con su uniforme de gala para ayudar a servir. Cabe aclarar que pareciera que Antonia se hubiera esforzado en encontrar el uniforme más grande para ella. Ahora mismo, apenas podía ver a través del holán de la cofia[5] que le nadaba sobre la cabeza.

Al ver su reflejo en el enorme espejo que colgaba sobre un muro del recibidor, Regina pensó que era la viva imagen del fantasma de la enfermera que deambulaba en las madrugadas por los pasillos del hospital San Juan de Dios. No es que se hubiera topado con él alguna vez, pero cuando era una niña, alguien coló en el colegio el recorte del periódico *La linterna* donde aparecía su imagen tenebrosa, que aún a la fecha la seguía impresionando solo de recordarla; entonces, por su cabeza cruzó la loca idea de evitar mirarse en ese espejo o cualquier otro después de la medianoche, no fuera a confundirse a sí misma con la enfermera.

Cuando el joven Gabriel apareció en el salón, el rumor de voces calló por un momento. Seguro a donde quiera que fuera, el heredero Ponce de León producía el mismo efecto tanto en hombres como en mujeres. De inmediato Estefanía acudió a su encuentro y lo acaparó como si le perteneciera.

—Recorramos el salón, querido. Me encargaré personalmente de presentarte a nuestras nuevas amistades para que no pases momentos incómodos. —Con mirada de arrobamiento, se colgó de su brazo, orgullosa

como si fuera la nueva señora Ponce de León.

—Gracias. Tu siempre tan atenta —comentó Gabriel con una sonrisa forzada—. Esto será mientras llega Roberto Berrío. Tengo algunos asuntos importantes que ver con él, que no pueden esperar a Medellín.

—Por supuesto, querido. Será como tú digas —dijo sonriendo, pero en sus oscuros ojos se vislumbró un brillo de enojo.

Por casi una hora, el festejado y su guía departieron con cada uno de los invitados, de los cuales Gabriel solo conocía a la mitad, el resto eran más bien invitados de su madrastra y de Estefanía. Desde un rincón, oculta por una exuberante palma de sombra, Regina se dio un descanso para seguir con la mirada cada uno de los pasos del niño Gabriel. Este conservaba una amable sonrisa al tiempo que saludaba con un apretón de manos a los caballeros y un galante beso en la mano a las damas que se quedaban en un suspiro interminable. Luego, de pronto, el impecable estilo se descompuso en cuanto vio aparecer en la entrada al tan esperado amigo, al que se apresuró a recibir con un abrazo salvaje y un intercambio de insultos y bromas subidas de tono.

En un estado absoluto de ensoñación, Regina no se perdía detalle del hombre que, para su juicio, era el más guapo del planeta. Bastante más alto que el promedio, Gabriel Ponce de León era poseedor de una figura esbelta, sin llegar a ser flaco, de dimensiones bien proporcionadas. El tono de su piel era aceitunado; su cabello, oscuro como la noche, y sus ojos, de un increíble verde: vivaces, expresivos, hablaban sin necesidad de palabras. Esta noche se veía formidable enfundado en un smoking negro que le quedaba pintado al cuerpo como una segunda piel. Otro rasgo fascinante que hacía voltear la mirada de quien lo escuchara al hablar era la tesitura de su voz de barítono, con un acento moldeado seguro por la influencia extranjera; y ni que decir de esa maravillosa sonrisa que enamoraba.

Invisible para la concurrencia, Regina gozaba de una libertad que en otro momento no tendría para admirar al ser que le había robado la calma horas

atrás. «¡Pobre de ti!», se dijo para sus adentros, con el corazón desencantado. Gabriel era como una estrella: brillante, hermosa e inalcanzable. Aun si conservara el estatus perdido junto con la fortuna Sampiers, ¿cómo podría aspirar a él? Solo era una chica provinciana, común y corriente; sin el glamur, la elegancia y mundo de las mujeres con las que seguro se codeaba en Europa.

—¿Qué pasa, Estefanía? ¿Por qué no estás con Gabriel?

Alertada por la voz de doña Andrea, que cruzaba cerca de ahí en compañía de la malhumorada aspirante, Regina dejó sus patéticos pensamientos para luego, resuelta a enterarse de todo lo que tramara ese diabólico par. Ni lerda ni perezosa retomó su actividad de mesera y se fue como el colibrí, de flor en flor, ofreciendo las copas de *champagne* sin perder de oído a las mujeres.

—¿Por qué ha de ser? —Lloriqueó la chica emberrinchada—. El muy odioso me mandó a pasear cuando llegó el antipático de Roberto.

—¡Tranquila!, tenemos dos largos meses para que lo hagas caer —declaró la madrastra con un fuerte suspiro. Contó hasta diez e hizo a un lado la flojera que le provocaba la joven con cara de limón agrio.

—Estoy decidida a echar andar mi plan esta noche, así que requeriré que lo llames al estudio cuando los invitados se empiecen a marchar. Usa el pretexto del interés que tiene mi padre de asociarte con él en la fábrica textil. —Guardó silencio un momento para ordenar sus ideas—. Yo llegaré diez minutos después para celebrar, con tres copas de tu más fino *champagne*. La de mi escurridizo Gabriel llevará la pócima que lo hará caer directito a mis brazos. —Sonrió con maldad; gozaba por adelantado su venganza—. Después de que le asegure que se aprovechó de mí, no le quedará más remedio que lavar mi honra con nuestro matrimonio.

Regina casi se desmaya cuando escuchó lo que urdían el par de víboras en contra del joven Gabriel. No se merecía una mujer tan deshonesto, fría y calculadora como la señorita Estefanía.

—¡Por fin te encuentro! Ve a la cocina por una charola de canapés para los

invitados que se encuentran en la terraza. —Esta vez fue el rugido de Antonia quien la volvió al ahora de un sopetón.

—Sí, señora. —«¡Ilumíname, Dios! ¿Debo decirle al patrón lo que oí? ¿A cuenta de qué, si ni te conoce ni tiene por qué creerte?», se respondió, desanimada.

A juicio de Regina, media población de invitados se encontraba en la terraza en busca del fresco de la noche, aunque una que otra pareja de novios más bien buscaban la luna y el dulce aroma de las flores del jardín para inspirarse. Enamorados o no, todos probaron de los bocadillos y casi vaciaron la charola al instante.

Cuando se dirigía al interior de la mansión para rellenarla, escuchó una voz a lo lejos que la llamaba:

—¡Ey, tú, muchacha! acércate para que podamos comer un poco de eso que traes.

Regina miró al jardín para saber de dónde provenía la voz. Sus ojos cayeron primero en la fuente de cantera rosa iluminada por la farola de cinco lámparas que esparcía sus rayos sobre ella. Por unos segundos se distrajo con la visión desnuda de la hermosa dama de piedra que volcaba agua sobre un regordete querubín, pero se despejó en caliente cuando escuchó las risas a corta distancia de esta. Ahí, entre un frondoso árbol y unos rosales en flor, descubrió a un grupo de jóvenes en amena charla. Con decisión emprendió el descenso hacia ellos y siguió de frente con paso apurado. Casi llegar al grupo, el encaje de su mandil se enredó con las espinas y la hizo tropezar y caer de bruces a los pies de los invitados.

—¿Te lastimaste? Déjame ayudarte —le dijo una bella voz que le resultó familiar.

A punto del infarto, Regina levantó la vista para ver que era el mismísimo joven Gabriel el que le ofrecía su mano.

—¿Estas bien? —insistió preocupado por su silencio. Sin pensarlo dos veces la tomó del brazo, sorprendido ante su delicada estructura ósea.

Cuando la sirvienta se puso en pie, Gabriel descubrió que se trataba de apenas una niña; de una preciosa jovencita de impresionantes ojos color de miel y piel de porcelana.

—Sí... Gracias —balbuceó al aspirar el dulce aliento con un toque de licor que abanicó su rostro acalorado—. ¡Lo siento mucho, niño, Gabriel!

—¡Niño, Gabriel! —se burló Roberto con regocijo. El coro de carcajadas de los amigos no se hizo esperar.

—¡Basta, muchachos! que van a asustar a...

—Regina. A la orden —respondió al tiempo que hacía una suave inflexión de rodillas con la mirada baja y las mejillas arreboladas de la pena.

Sin saber a ciencia cierta el porqué, Gabriel sintió una repentina curiosidad por la joven sirvienta que no recordaba del año anterior.

—¿Hace mucho que trabajas para mí? —preguntó fascinado por la candidez que irradiaba el bello rostro de la chiquilla.

—Hace seis meses. Sirvo en la mansión de Medellín. Llegué aquí a principios de semana con el resto de la servidumbre —dijo de corrido sin levantar los párpados.

—Entiendo —sonrió abiertamente al tratar de retener la esquiva mirada de miel.

—Le pido disculpas de nuevo, ni... joven, Gabriel —se corrigió a tiempo de provocar la burla de los presentes—. En un momento vuelvo con lo preciso para juntar el desorden.

—No será necesario; seguro que no tarda en aparecer Adonis para barrer con todo.

—¿Quién? —preguntó levantando la mirada confundida. Sus manos retorcían con nerviosismo su mandil ante la masculina cercanía de Gabriel y la atenta mirada de los otros jóvenes que no se perdían pisada de la conversación.

—Mi gato ¿No lo conoces aún? —preguntó en tanto le echaba una mirada asesina a Roberto que de pronto le había dado un ataque de tos.

—Creo que sí. ¿Es un siamés de ojos, así, como los tuyos? —«¡Dios bendito! ¡Trágame tierra!», rogó mortificada, con la mirada oculta y el rostro acalorado. Para su ruina, de inmediato se escucharon las carcajadas de los presentes que retumbaron en su vergüenza—. ¡Lo siento! Debo retirarme ahora. —Dio la media vuelta con la intención de salir corriendo de ahí.

—¡Regina!

—Dígame, señor. —Se detuvo en seco y volvió el rostro como una grana.

—Se te olvida esto. —Con una sonrisa divertida, Gabriel le mostró la famosa charola que había salido volando con su caída.

—¡Válgame, Dios! —Muerta de pena recibió el trasto de manos del considerado joven—. Con su permiso. —Otra rápida inflexión de rodillas y sus pequeños pies volaron al interior de la mansión.

Ajeno a los comentarios y risas burlonas de sus amigos, Gabriel siguió con la mirada a la peculiar empleada. «Demasiado fina y educada para tener la ordinaria historia de una ascendencia de sirvientes en su familia», pensó decidido a saber más de ella.

Relegada de nuevo a la cocina, Regina no volvió a ver al niño Gabriel ni tampoco a Gregoria el resto de la velada, pero no olvidaba la amenaza que pendía sobre la gallarda cabeza de su patrón. Quién diría que, momentos después, la providencia le daría la oportunidad para hacer su buena obra y salvar su pellejo.

—Tú, muchacha, acércate. Coloca en una charola tres copas y sirve de este licor en ellas. —La mismísima señorita Estefanía se encontraba frente a Regina con una botella en la mano; le pedía con voz de gendarme que preparara las «copas de la trampa». No había duda de ello, era el número planeado y la hora señalada—. ¡Apúrate, que no tengo tu tiempo! —agregó de mal modo.

—Listo, señorita, ¿desea algo más? —anunció controlada, pero podía sentir cómo golpeaba su corazón dentro de la caja torácica. «¡Dios, que me pida que yo las lleve!», rogó.

Estefanía entrecerró los ojos, como si esperara iluminación—: Sirve unos bocadillos para acompañar.

Con «un ojo al gato y otro al garabato», Regina servía canapés al mismo tiempo que confirmaba cómo la señorita vaciaba en una de las copas la pócima que dejaría indefenso y a su merced a su pobre patrón.

—Ahora sígueme —ordenó con una mirada tan fría que le caló hasta los huesos.

Regina dejó salir el aire contenido en los pulmones de forma pausada, no quería llamar la atención; en cuanto a Estefanía, esta se mantuvo a su lado en todo el recorrido al sitio del atraco, sin perder de vista la copa alterada. Confiada en que algo se le ocurriría una vez cruzada la puerta, entró a la elegante habitación forrada de madera y libros, detrás de Estefanía; de inmediato ubicó a los dos ocupantes sentados en los rígidos sillones de cuero oscuro como si se encontraran en un proceso de interrogación policiaca. Entonces, dos pares de ojos se volvieron hacia ellas, el verde jade, con mirada de expectación y el oscuro con malicia pura.

—¡Sorpresa! Supongo que ya debes saber que pronto seremos socios — Estefanía anunció eufórica; pareciera que desfilaba por un carnaval. Urgida, empujó a la sirvienta para que avanzara.

«Es ahora o nunca», se dijo Regina, armándose de valor. Caminó con paso firme, mirada al frente, pero a medio camino tropezó y cayó aparatosamente al piso, a los pies del joven Gabriel que se había levantado para recibir a la visita. El tremendo guarapazo que se propinó la dejó aturdida por unos segundos, los mismos que Estefanía aprovechó para acercarse con negras intenciones mientras le gritaba con furia incontenible:

—¡Maldita torpe! Has arruinado mi pla... celebración —muy a tiempo corrigió su metida de pata, pero no así su mal genio cuando levantó su fino zapato con la intención de castigarla.

—¡Cálmate! No es para tanto —intervino Gabriel, poniéndose de escudo.

—Sí, querida, la sirvienta no tiene la culpa de tener dos pies izquierdos —

comentó doña Andrea para congraciarse con el eterno defensor de los desamparados—. Tú, como quiera que te llames —la señaló moviendo de forma apremiante su abanico francés—, recoge todo y márchate de una buena vez.

—Sí, señora —respondió con la cabeza baja.

Igual que una gallina hambrienta que picotea maíz, juntó los pedazos de vidrio regados por todo el piso y los colocó en la charola con las miradas atentas sobre su espalda. Sin detenerse a pensar en lo que hacía, enjugó el vino regado con su mandil, pero un vidrio oculto alcanzó a cortar la palma de su mano.

—Estas, herida —exclamó Gabriel al emparejarse con él a la salida.

—No es nada, joven —respondió mirándolo con seriedad. Al segundo siguiente levantó sus finas cejas y sus labios reprimieron una pícaro sonrisa, solo para él. «Lo que sea que me pase, después del desastre que armé, valdrá la pena con tal de que al precioso Gabriel no le echen el guante encima a la mala», se dijo satisfecha de vuelta a su encierro.

Casi despuntaba el alba cuando Regina terminó de dejar la cocina reluciente de limpia —castigo impuesto por su «torpeza»—. Agotada a más no poder, se arrastró a las habitaciones de servicio con la intención de dormir, aunque fuera un par de horas.

—¡No grites, soy Gabriel! —le advirtió al oído la inesperada presencia, al tiempo que sofocaba con su mano el grito que pugnaba por salir.

—¡Niño, Gabriel! ¿Qué pretende? —susurró en cuanto pudo hablar, con las manos en el cuello para aplacar el ensordecedor latido de su asustado corazón. En las penumbras, apenas si distinguía las atractivas facciones, pero su voz era inconfundible.

—Deja de llamarme «Niño Gabriel» —ordenó con enfado—. Tenemos que hablar —agregó «engomado» a ella a pesar de que ya no era necesario; reconocía que gozaba de su cercanía de una manera inapropiada, pero no podía evitarlo.

—¿No puede esperar a mañana, joven?, ¡por favor! —Aunque adoraba la idea de estar junto a él, sus ojos se resistían a permanecer abiertos.

—¡No! —gruñó. Con su intensa negativa, sin querer, provocó en Regina un brinco involuntario—. Disculpa, pero es urgente que me expliques que fue lo que pasó esta noche en la biblioteca.

—No sé de qué me habla, patrón. —Fue inevitable que su voz temblara.

—¡Claro que lo sabes y te ordeno que me respondas ahora mismo! —exigió resuelto a usar su autoridad de ser necesario. Sus dedos como pinzas aprisionaban sin remedio los delicados hombros.

«¡Rayos y centellas! ¿En qué lío estoy metida? ¿Y si el joven Gabriel no está de acuerdo con mi intervención y me despide?», se lamentó.

—Sigo esperando, Regina.

«¡Qué lindo se escucha mi nombre en sus labios!», divagó alucinada.

—¡Habla ya, carajos! —La impaciencia hizo que Gabriel endureciera su tono al hablar, aunque de inmediato se arrepintió cuando la sintió empequeñecerse entre sus manos.

—No me corra, joven, ¡por favor!, necesito mucho mi empleo. —Con las pocas fuerzas que le quedaban, se colgó de las solapas de su chaqueta sin darse ni cuenta.

Las manos de Gabriel, con mente propia, rodearon con cálida firmeza los pequeños puños crispados sobre su pecho.

—¡Tranquila, niña! Nadie te va a despedir, eso es una promesa, pero entiéndeme, sé que algo se fragua en contra mía y presiento que tú...

—Le juro por lo más sagrado que yo solo quise ayudarlo. Nunca me prestaría para que le hicieran daño.

En la oscuridad reinante, Gabriel se pudo imaginar la mirada de miel afligida; su tono de voz al filo del llanto lo denunciaba. Inspiró ruidosamente antes de insistir:

—¿Qué fue lo que pasó con exactitud, Regina? —Sus manos ahora sacudían sus hombros con suavidad.

—Esta tarde, cuando servía en el salón, escuché cómo la señorita Estefanía le pedía ayuda a doña Andrea para tenderle una trampa y obligarlo a casarse con ella —soltó confiada en su promesa—. La copa destinada para usted contenía un potente somnífero que lo haría caer...

—¡No sigas! —la interrumpió. Regina sintió el movimiento del aire cuando sus manos efusivas abanicaron frente a ella—. Conozco muy bien esa parte del plan, no es la primera vez que lo intenta, solo que ahora con algunas variantes. Así que fingiste el tropiezo para derramar las bebidas y evitar mi ruina... —habló casi para sí; en su tono se advertía la complacencia por su arrojito.

—Pues... sí —admitió cautelosa, sin atreverse a cantar victoria.

—¡Vaya!, gracias. Nunca imaginé que mi «ángel salvador» fuera una niña y pesara como cuarenta kilos —Regina se pudo imaginar su maravillosa sonrisa.

—No soy ninguna niña, joven, tengo dieciocho años —mintió sin decoro—. Y peso cuarenta y ocho kilos ¿Entonces, no está enojado conmigo? —En su mente aún había dudas.

—Claro que no, al contrario, tengo mucho que agradecerte —confesó sincero—. Mientras duren mis vacaciones, serás mis ojos y mis oídos en la casa y me notificarás cualquier cosa que tramen esos tres. Andrés es el peor. —La puso sobre aviso—. Creo que él, hasta me quiere ver muerto —concluyó con una nota de pesar.

—¡No diga eso! —Horrorizada con la idea, Regina se ciñó a su talle sin pensarlo.

Gabriel se descubrió muy cómodo abrazado a la joven. Así permanecieron por un corto lapso, hasta que la frágil criatura dejó de temblar y la sintió deslizarse hacia el piso.

—Te estás cayendo del sueño. ¿Dónde está tu habitación? —preguntó tomándola en brazos.

—¡Oh, no, joven! ¡Bájeme por favor!, puedo caminar, además, no es propio

que el señorito de la casa deambule por el área de servicio, menos a esta hora de la madrugada.

—Déjate de cosas conmigo, Regina. Te llevaré a tu habitación y punto —la interrumpió con brusquedad sin detener sus pasos por el interminable corredor.

—Por favor, bájeme ya, mi habitación esta compartida y si lo ven empezarán las murmuraciones. —Tenía deseos de brincar de sus brazos, pero al mismo tiempo quedarse en ellos.

Gabriel accedió y la volvió al piso con un poco de renuencia. No entendía muy bien lo que le pasaba, pero le agradaba de forma inexplicable su proximidad.

«Qué dulce agonía es estar en tus brazos», se dijo Regina un poco enamorada. Levantó el rostro y retuvo el aliento; una tenue luz salía por la puerta entreabierta e iluminaba el apuesto rostro que la miraba de forma extraña. Claro sintió cómo su corazón se salía de su pecho para anidar junto al de Gabriel.

—Gracias de nuevo, pequeña. —Le dio un tierno beso de despedida en la mejilla y la niña se fue flotando en una nube a la cama.

A la mañana siguiente, si no la despierta Gregoria, Regina hubiera seguido de largo en la cama, soñando con el precioso Gabriel.

## CAPÍTULO V

Para regocijo de los invitados, que pernoctaron en la mansión, el domingo amaneció poco frío, pero soleado; combinación muy conveniente para el festejo informal planeado en los jardines. En vista de que la mayoría venía de diferentes partes del país, la anfitriona decidió agasajarlos con gran variedad de sabrosas bebidas típicas colombianas, como aguapanela, lulada, panelaso, chicha, sorbete de borojó y, por supuesto, finos vinos para paladares más exigentes; todo dispuesto bajo la enorme carpa blanca instalada para la ocasión al aire libre.

Doña Andrea tenía dibujada una suave sonrisa mientras miraba su obra desde la cómoda mecedora bajo la sombra de la terraza; para ella, que no era de mucho madrugar, era demasiada luz de día. No se encontraba sola, la acompañaba su inseparable amigo, el fino abanico francés que no soltaba a ninguna hora del día. Henchida de satisfacción observaba a las damas transitar por los verdes prados, colgadas del brazo de su galante caballero; otros permanecían de pie o sentados, agrupados debajo de las sombras de los frondosos árboles, inmersos en sus charlas.

—Ahora sí me vas a decir qué diablos tramas, Gabrielito —Roberto sentenció en cuanto pudo rescatar a su amigo de las garras de la latosa de Estefanía.

Tenía rato observándolo cuando deambulaba entre las mesas para saludar a este y a aquel, y no le pasó desapercibido su continuo intercambio de miradas con la preciosa sirvienta del día anterior.

—¿De qué me hablas, Robertito? —respondió en el mismo tono burlón.

Gabriel decidió que por nada del mundo le daría crank[7] a su fantasioso amigo. Si le explicaba la extraña relación que lo unía a Regina, tendría que contarle también de las maniobras de su madrastra y de Estefanía. Hasta que no tuviera un panorama más claro, lo mantendría al margen de la situación.

—De tu bonita sirvienta de ojos de miel —insistió—. No te hagas el loco conmigo.

—Y tú no te hagas ideas. ¿No se te hace muy temprano para que estés ebrio, amigo? —Buscó a la chica con la mirada y para su alivio la encontró muy cerca del enemigo—. Es apenas una niña, además, está empleada en mi casa de Medellín —agregó.

—Pues ella no opina lo mismo, se le cae la baba cada vez que te ve. —Sonrió con cinismo. Si fuera su caso, ya estaría comiendo de esa fruta tierna y apetitosa.

—Es definitivo, estás ebrio, hermano. —Su ceño crispado hablaba de enojo. Roberto sabía perfecto que él no era de utilizar a las chicas de la servidumbre como lo hacía la mayoría de los de su clase.

—Pues si tú no le haces caso, otro la va a aprovechar. —Dirigió su elocuente mirada a Andrés, que seguía a la chica con ojos de lobo hambriento.

—Ese rufián... ¡Se las verá conmigo si lastima a Regina! —su voz se escuchó como rugido de león y en su mirada aparecieron dos antorchas encendidas al observar la escena. «Nana tiene en alta estima a la chica y yo la protegeré de mi hermanastro», decidió resuelto.

—¿Ya la llamas por su nombre? —Su rostro sonriente desbordaba mordacidad—. Dicen por ahí que, «más pronto cae un hablador que un cojo», ¿tú lo crees?

—Deja de fastidiar y vamos a echarnos una partida de póker —propuso con voz de mando en cuanto vio que Estefanía caminaba en dirección a ellos.

—Entiendo. —A Roberto no se le escapaba nada.

De inmediato, el aludido se puso en acción y con su estilo desenfadado hizo señas a otros dos de sus amigos. Juntos entraron a la residencia y con premura se dirigieron al salón de juegos, como si fueran a tratar un negocio muy importante. Gabriel respiró con alivio al ver que la chica no los había seguido; necesitaba estar lejos de ella y de su continuo asecho, que lo tenía hasta la coronilla.

Desde su punto de vigilancia, Regina suspiró sosegada al percatarse de la huida de Gabriel. En su permanente estado incorpóreo, era muy fácil desempeñar su trabajo de espía mientras deambulaba entre las mesas, mas sin embargo, le preocupaba creer que dependía de ella en gran medida su seguridad. Pero eso no la iba a detener para seguir adelante.

«¡Ah! ¡El joven Gabriel...!», declamó otro poco enamorada. Ese día lucía más guapo que nunca con su traje de lino blanco ajustado a su elegante figura. Su cabello alborotado, rizado en las puntas por la humedad de las lluvias recientes, lo hacía parecer asequible.

—Ese pequeño perverso me está sacando la vuelta, pero no se saldrá con la suya, tarde o temprano caerá en mis garras y entonces sabrá quién soy yo — escuchó decir a la furiosa Estefanía al verlo alejarse.

—¡Tranquila! Ya te dije que tienes dos meses y todo mi apoyo para conseguirlo —dijo doña Andrea con impaciencia. En cuanto la vio sola, como vela, se apresuró a ir a su encuentro. Si no fuera porque perjudicaba sus intereses, ella misma hubiera aplaudido la eficaz trepa de su hijastro para deshacerse de su asedio—. Con tu actitud, lo único que vas a lograr es que regrese a Europa antes de la fecha señalada. —La amonestó con firmeza—. Recuerda que mi injerencia sobre él tiene límites. Mejor relájate y trata de disfrutar de estos días en el campo.

Regina esperaba que la bruja joven siguiera consejos, así le daría un respiro a su pobre niño Gabriel. «¿Desde cuándo era su pobre niño?: desde que Gregoria se había marchado del Peñón, dos horas atrás, forzada por un cuento de la patrona que ninguna de las dos se creyó», fue su corto y esclarecedor

monólogo.

El joven Gabriel y comitiva, regresaron al jardín forzados por el aviso de que la comida ya estaba dispuesta y lista para ser servida en las mesas de blancos manteles recién colocadas bajo los enormes robles. Poco a poco los invitados fueron tomando asiento en los sitios dispuestos de antemano. Como era de esperarse, a Estefanía le tocó junto al joven Gabriel, a su izquierda y, a la derecha de él, la señora Andrea y su hijo Andrés.

Regina observó la escena preocupada; a su mente acudió la visión de la vida futura del heredero si se salían con la suya, sofocada por el capricho y la avaricia, en lugar de ser bendecido con el más desinteresado y sincero amor de una familia.

Cuando el esplendoroso sol empezó a ocultarse, los músicos de la región llegaron acompañados de guitarras, violines, tambores y maracas, para amenizar la noche. Con rapidez y eficiencia se acomodaron junto a la improvisada pista de baile y empezaron a afinar sus instrumentos. Al poco tiempo, la música de valeses típicos colombianos empezó a escucharse y de inmediato los entusiastas caballeros se levantaron de sus sillas para llevar a danzar a sus mujeres. Los más atrevidos invitaron a las damas que llegaron sin pareja.

Algo pasada de copas, Estefanía conversaba con doña Andrea cuando sintió a Gabriel ponerse de pie. Con movimientos discretos alisó su falda y acomodó su melena en espera de la invitación tan anhelada, pero esta nunca llegó. El muy... bien educado caballero se disculpó con las damas para dirigirse al interior de la casa a ponerse a salvo, en vista de que su amigo Roberto esta vez no lo rescataría. Este ya se encontraba dando brincos en medio de los danzantes. Nunca perdía oportunidad de ponerle las manos encima a una linda chica.

Gabriel cruzó de largo la mansión, hasta salir por la puerta trasera rumbo a su rincón favorito: el arroyo a espaldas de la casa, lejos del bullicio de los invitados. El fresco viento le llevó hasta sus oídos las suaves notas musicales

de una vieja melodía que lo trasladó al pasado, para ser exactos a las tardeadas de verano con su padre, justo en el sitio donde se encontraba ahora, donde su viejo se había empeñado de diario en que aprendiera a pescar hasta conseguirlo. Don Arnulfo tenía la teoría de que todo hombre que se jactara de serlo debía saber pescar, beber sin descomponerse y amar profundamente a su mujer. Ahí permaneció por largo rato, ignorante de que su pesadilla personal dormía la mona por indicaciones de su madrastra. Esta se cuidaba de que la insípida chica le echara a perder sus planes con sus continuos berrinches.

—¡Niño Gabriel, por fin lo encuentro! La señora Andrea lo requiere con urgencia —Regina anunció sofocada por las carreras después de casi dos horas de búsqueda infructuosa. El resto de la comitiva ya se había dado por vencida.

—Pues ve y dile que no me encuentraste. —Su rostro se crispó por el enojo ante la intromisión a su solaz. No le hizo gracia que lo hallara a pesar de estar oculto por las sombras del gran árbol donde descansaba su espalda—. Y no me vuelvas a decir «Niño Gabriel» —agregó con tono golpeado; luego volvió su rostro al arroyo.

—Como guste ni... joven —respondió con propiedad, pero sus ojos se empañaron por la consternación que le causó su rudo trato.

—No, espera —dijo arrepentido. A fin de cuentas, ella no era culpable de la frustración que le causaba el acoso y sofoco del que era objeto—. Hazme compañía un rato, ¿quieres?; cuéntame algo de ti —invitó amigable y la vio aceptar reacia. De pronto, descubrió que lo que en realidad lo movía era el deseo de desentrañar el misterio detrás de la niña, además, ya no quería rumiar sus penas.

—No creo que sea un tema de interés para usted —aseguró apenada, con la mirada al suelo.

—Deja que sea yo quien juzgue. Ven, acércate un poco para que no te vean desde la casa —invitó en un tono difícil de ignorar.

—¿Se siente usted bien? —la expresión de su rostro le habló de melancolía.

—Sí, pero no tengo ganas de regresar a la fiesta. Este lugar me da paz y ahora la necesito, además, ando un poco pasado de copas y ya no quiero beber más. —En eso siempre seguía los consejos de su padre.

—Solo me puedo quedar un momento. Si la señora Antonia descubre que no estoy atendiendo a los invitados, me despellejará viva. —Con manos nerviosas retorció una esquina de su mandil. Aunque se moría por estar con él, sabía que por muchos motivos era impropio su preceder, pero ¿quién era ella para contradecirlo?

—¿Por eso terminas lavando losa hasta la madrugada? ¿Estás en la «lista negra» de Antonia? —Escudriñaba su rostro en busca de la mirada oculta para él.

—Supongo que si... —respondió admirada de hasta qué punto su patrón tenía conocimiento de los asuntos de sus propiedades.

Gabriel observaba a la chica en total estado de relajación, de pie, apoyado en el tronco del follado chirimoyo[8] que su abuelo había plantado cuando todavía era un niño. A su olfato llegaba el dulce aroma de sus flores, y a su oído, la apacible corriente transitar sin descanso.

—¿Qué quiere que le cuente?

La luna llena brillaba sobre ellos. Ambos se distinguían con claridad en tanto hablaban. Regina notó que Gabriel se había despojado de su chaqueta de lino, estaba colgada de una rama del árbol que lo cobijaba. Tenía el primer botón del chaleco y la camisa abiertos y lucía sus poderosos brazos poblados de vello oscuro por entre las mangas recogidas.

—De dónde eres, si tiene padres y hermanos... No sé, lo que se te ocurra —propuso con su encantadora sonrisa.

—Bien —aceptó, aunque se tomó su tiempo para escoger las palabras—. Soy nacida en Santander, aunque después de fallecer mi padre, hace casi cinco años, mi familia y yo nos mudamos a una pequeña población de Caldas de nombre La María; ahí vivo con mamá y mi prima.

—Tengo entendido que tu madre está enferma, ¿qué tiene? —Su nana le había dicho algo al respecto.

—Una enfermedad de los pulmones que la está consumiendo poco a poco —desvió la mirada para que no viera sus ojos brillantes por las repentinas lágrimas.

—¡Lo siento mucho, Regina! —dijo con sinceridad.

«Pobre chica. Se ve tan desvalida...», pensó con pena. Gabriel sabía muy bien lo que era perder a los padres a temprana edad, pero a su favor tenía la gran diferencia de clases que le hacía la vida mucho más llevadera.

—Gracias —inspiró profundo para deshacer el nudo de su garganta.

—¿Qué haces cuando no estás trabajando en la mansión? —Lo que había escuchado hasta ahora seguía sin decirle nada de ese misterio que la envolvía.

—Viajo a La María a pasarme lo que resta del fin de semana con mi familia.

—Por supuesto —comentó. Tenía la fuerte sospecha de que le decía las cosas a medias.

—¿Ve como no mentía? —agregó deseosa de dejar el tema—. Mejor cuénteme algo de usted—. ¿Qué planea hacer cuando termine la universidad? —Se animó a plantear la pregunta cuando lo vio asentir con una suave sonrisa. No sabía por qué, pero se le dificultaba engañarlo.

—Regresar a Medellín y hacerme cargo de los negocios que me dejó mi padre —habló con la claridad y firmeza del que tiene bien trazado su futuro inmediato.

—¿Y qué hay de la señorita Estefanía? ¡Disculpe! No tiene que responder a eso —«¡Maldita sea mi lengua entrometida!». Con gusto se hubiera lanzado al arroyo para que se la llevara la corriente lejos de su imprudencia.

—No importa, puedo responder: ¡con Estefanía, nada! —dijo tajante—. Sé muy bien que mi madrastra y ella pretenden que nos casemos, pero en mis planes no está el matrimonio, por lo menos no por un buen tiempo —explicó más afable, pero determinado—. ¿Sabes bailar? —De pronto, se decidió a

cambiar el giro de la conversación, aunque él mismo se sorprendió por el rumbo tomado.

—¿Perdón?

—Baila conmigo —repitió, sin mover un solo musculo de su cuerpo.

Regina aguardaba, temerosa de haber imaginado la propuesta de Gabriel.

—Baila conmigo esta pieza —insistió al tiempo que se apartaba del tronco y estiraba una mano hacia ella. Reconocía que su comportamiento era totalmente extraño, aunque casi lo entendía porque ahora mismo no se sentía él.

—¡Oh, no! No creo que sea conveniente que...

—Yo decido lo que es conveniente o no en mi casa, Regina, pero si no deseas bailar conmigo, lo acepto; de hecho, es mejor que regresemos...

—¡No! Es decir, sí quiero bailar con usted. —«¡Muero por estar en tus brazos, precioso Gabriel!», admitió a su exaltado corazón.

Con expresión de satisfacción, Gabriel envolvió la pequeña mano en la suya y guio a la niña a un espacio más seguro, alejado del declive natural hacia el arroyo y de la mirada de otros, luego, la acercó a su cuerpo, a medio brazo de distancia. Con total propiedad posó la mano izquierda sobre la estrecha cintura sin apartar ni un momento sus ojos de los esquivos ojos de miel. La enorme luna, con su intensa luz blanquecina y la multitud de estrellas titilantes, que colgaban del firmamento, fueron testigos del inusual suceso.

Ajeno a toda cosa que no fuera el ahora, Gabriel batallaba con el terreno un tanto desigual que no le permitía desplazarse con pasos dignos del hermoso vals *Sobre las olas*, al estilo de la orquesta Guatapé, pero igual, la niña lo seguía a la perfección, como toda una señorita de clase. Este era otro dato para agregar a la lista, pero por ahora quedaría relegado para después.

Regina se esforzaba por mantener la calma y que el temblor de su cuerpo no la delatara; mantenía la mirada fija en el botón abierto del cuello de la camisa de Gabriel, como si eso la protegiera de perder el control de sus alborotados sentimientos. De pronto, una raíz sobresaliente en el terreno la hizo tropezar y

apoyarse de manera un poco brusca a todo lo largo del firme cuerpo masculino. De inmediato los fuertes brazos la envolvieron para evitar que cayera, pero, al cabo de un rato, ninguno de los dos hizo nada por apartarse. El hecho asentó, por partes iguales, la silenciosa aceptación del creciente deseo de estar cerca.

Gabriel aspiró con deleite el dulce aroma a jazmines que escapaba a través de la cofia de la niña; nadie olía tan dulce. Era tan pequeña y menuda que apenas si su cabeza le llegaba a la barbilla.

Alertada por la vibrante proximidad, Regina levantó la cabeza en busca de la verde mirada. El holán de encajes sobre su frente abanicó la gallarda nariz de Gabriel y le provocó un fuerte cosquilleo que terminó en estornudo.

—¡Disculpe! No fue mi intención...

—Eso se arregla fácil —declaró con los ojos brillantes de travesura.

Antes de que la niña se diera cuenta de sus intenciones, las manos diestras aflojaron el lazo de la cofia y la retiraron de su cabeza de un solo movimiento. Para gran asombro de Gabriel, una cortina dorada cayó con pesadez a los lados del arrebolado rostro y lo dejó sin palabras.

—¡Espectacular! —fue su primera impresión cuando encontró la voz.

Los largos dedos, con vida propia, se fueron directo a la rubia cabellera para tomar gruesos mechones y deslizarlos frente a sus ojos con fascinación sin igual. Regina, como hipnotizada, se dejó hacer; su alocado corazón amenazaba con salirse del pecho.

—¿Qué más escondes, hermosa Regina? —El dorso de su mano recorrió el óvalo del rostro con infinita suavidad, se detuvo bajo la barbilla y la levantó para hacer cruzar las miradas. Sin la mínima intención de detenerse a pensar, Gabriel inclinó la cabeza para probar los tentadores labios de coral.

Se dijo que solo quería sentirlos, no pretendía más, pero el gemido sensual que brotó de la garganta femenina lo instó a saborear su interior, y el beso que pretendía ser casto y puro se convirtió en una bola de fuego que lo consumió por dentro al instante.

Regina jamás había sido besada antes. A pesar de las luchas enfrentadas por preservar su virtud, siempre protegió su boca de tan terrible experiencia en espera de su primer beso de amor. Aferrada al cuello masculino para no caer, separó los labios para recibir la lengua curiosa, que de inmediato se puso a jugar con la suya.

—¡Mmm! —Gabriel jadeó con pasión ante la respuesta inexperta de la tersa lengua. Ya se encargaría él de enseñarle bien, por lo pronto, bastaba con un «Cierra un poco la boca, preciosa», que susurró sobre sus labios.

No quería que se asustara y huyera antes de que terminara la primera lección.

Sin prisas, Gabriel se deleitó en el dulce sabor de la niña, mordiendo y succionando con suavidad su roja piel y su sonrosada lengua, atormentado ante los voluptuosos gemidos que brotaban de su garganta.

Todo se estaba saliendo de control ante la intensa reacción de Regina que, ajena a lo que provocaba en el hombre, se dio a la inocente tarea de dibujar su pecho por arriba de la tela, con tortuosa lentitud, moldeando con sus dedos el bien formado pectoral y el duro abdomen. Su recorrido terminó en sus costados, de donde se asió con fuerza para presionar de forma instintiva su cadera contra él.

—¡Dios!, Regina... —suspiró Gabriel abrumado.

Para su salud mental, resultó que la chica aprendía demasiado rápido y su apasionada personalidad la convertía en una alumna muy peligrosa.

—¡No dejes de besarme, Gabriel! —suplicó sin ambages al sentir cómo se alejaba de ella. Su timidez y vergüenza volaron por los cielos en el justo momento que los labios masculinos la tocaron por primera vez.

Pero Gabriel no tenía intenciones de dejarla; se tomó unos breves instantes para inspirar una gran bocanada de aire; era indispensable si quería que llegara a buen término su enseñanza. Solo un beso más...

Regina siempre creyó que el besarse era una demostración casi fraterna del amor que se profesaban las parejas, nunca se imaginó que fuera la vivencia

más excitante que pudiera experimentar jamás.

El cúmulo de emociones que se activaban en su interior era sobrecogedor, alarmante por su intensidad y grandeza; era como si su cuerpo antes hubiera estado dormido y ahora despertara para que cada fibra de su piel y cada gota de su sangre la encendieran por dentro. Estaba descubriendo sensaciones únicas y partes de su anatomía que antes desconocía.

Gabriel se acercó de nuevo al chirimoyo, pero esta vez fue Regina la que terminó apoyada en su áspero tronco. Con esta medida había conseguido libertad para acariciar las suaves curvas femeninas. Al tiempo que los labios exploraban la exquisita piel del grácil cuello, las manos golosas jugaban con los redondos senos. Regina tampoco se quedaba atrás: sus manos investigaban todo a su paso, dando al traste con el autocontrol del maestro. Gabriel tenía todas las buenas intenciones de detenerse con un beso, no debía pasar de ahí, pero su cuerpo y su ética personal querían cosas distintas; por primera vez enfrentaba una lucha interna de voluntades, y la razón estaba perdiendo la batalla.

—¡Búsqüenla bien, no puede ser que se la haya tragado la tierra, debe estar en algún rincón holgazaneando!

Los gritos de Antonia lograron atravesar la pesada bruma de sensualidad que sofocaba el entendimiento de Regina, esto provocó que el beso terminara con brusquedad. De inmediato intentó salir al encuentro de los que la buscaban, porque seguro, Antonia se refería a ella, pero Gabriel la encerró en sus brazos para impedirle delatarse.

—No te muevas y no digas nada, en cuanto se alejen te indicaré el momento preciso para que regreses a la mansión en tanto yo los distraigo — ordenó con la voz enronquecida por la excitación que aún lo atravesaba. Su agitada respiración abanicaba la rubia coronilla cuando atisbaba a través de las ramas del árbol.

Regina obedeció aterida por el pánico; de pronto la realidad regresó a su entorno para martirizarla como polluelo expuesto en un vendaval. ¿Qué se le

había metido para olvidar su condición de sirvienta? Ahora estaba en riesgo de perder su empleo. Si no la corría Antonia, sería el joven patrón, por casquifloja[9] e igualada.

—Se han ido —anunció aflojando su abrazo. No sabía qué le pasaba con la chica, no deseaba dejarla ir, pero retenerla por más tiempo implicaba peligro para ambos. No estaba seguro de haber podido detenerse si no hubieran sido interrumpidos.

—Espera diez minutos después de que me haya ido. Yo los distraeré para que llegues a la cocina sin contratiempos. —Con ambas manos rodeó el rostro de ángel para cerciorarse de que lo había escuchado y se perdió sin remedio en los turbios pozos de miel.

Y vaya que el patrón cumplía con la palabra dada; en cuanto llegó al jardín, armó tal berrinche que logró que todos se reunieran a ver el espectáculo, incluido el personal de servicio. «Misión cumplida», se dijo satisfecho al tiempo que apuntaba al plato de su cena como si hubiera un sapo adentro.

—¿Pero qué le pasa a tu hijastro? ¿Se ha vuelto loco o qué? —«Ebrio seguro no está, si sabré yo», pensó Estefanía al recordar su controlada manera de beber.

—No lo sé, es de lo más inusual su exabrupto. Gabriel siempre es muy condescendiente con la servidumbre. —Desde su posición, doña Andrea lo observaba con la mandíbula inferior por completo suelta.

—Pues esta vez el cabello en su sancocho[10] no superó la prueba. —Los ojos de Estefanía brillaron de malvada diversión.

—¡Mira nomás cómo se las gasta el modosito, madre! El niño modelo... — Andrés, por supuesto, aprovechó la inesperada exhibición para acercarse a su sorprendida progenitora y mortificarla.

## CAPÍTULO VI

—¡Pero, hermano! ¿Acaso eres tú mi siempre bien portado niño Gabriel? — Roberto por supuesto que no se conformaría con ver, también quería saber lo que había detrás de su impecable actuación.

Diversión era el segundo nombre de su amigo y el suyo aguafiestas. «¡Grandísimo bribón!», pensó Gabriel al escucharlo.

—Sí —fue su respuesta, más escueta que su mirada.

—¿Eso es todo? —insistió con voz de niño al que no le cumplen su antojo.

—Yo sé mi cuento. —Para Roberto eso era peor que nombrarle a su santa madre—. Acompáñame, tenemos que hablar de la textilera que queremos comprar. —Pero también sabía en qué momento claudicar cuando se trataba de su casi hermano.

Cuando Regina terminó de asear la cocina, cerca de las dos de la mañana, la casa ya estaba en absoluto silencio, solo el maullido de Adonis, que la seguía a donde iba, la acompañó en su penoso transitar por el largo corredor de servicio. Menos mal que a su llegada no molestaría a nadie, recordó, porque su compañera de cuarto se había marchado con Gregoria.

En cuanto entró a la pequeña habitación, tomó su camisón de dormir y toalla con cansino regocijo, pues la esperaba una deliciosa *douche*<sup>[11]</sup> antes de irse a dormir.

Confiada en que ningún alma viviente deambularía a esas horas por los pasillos del área de servicio, no se preocupó por encender alguna lámpara; con la pared como guía fue y vino a tientas, hasta que la luz de su habitación,

que se colaba por la puerta entreabierta, la encontró a ella.

—Sh... Soy Gabriel. Pensé que estarías dormida. —«Ya se me está haciendo una tortuosa costumbre sorprender a la niña y maniatarla contra mi cuerpo», se dijo analítico, con la mano sobre la boca de coral que pugnaba por gritar. Aunque eso no tenía nada que ver con su poco inteligente comentario; el dulce aroma a jazmines de su pelo tenía la culpa.

—¡Joven, Gabriel, me va a matar de un susto! —Ya liberada, se abrazó a su propio pecho al recordar que no traía nada debajo del delgado camisón de dormir.

—¡En verdad, lo siento!, pero me urge saber cómo te fue con Antonia. —La leve sacudida del menudo cuerpo le recordó que aún la sujetaba de los hombros—. ¿Tienes frío? —preguntó dispuesto a sacrificarse y abrazarla para que entrara en calor.

—No, estoy bien, gracias. En cuanto a Antonia, no me despidió, si es eso lo que quiere saber —respondió en un tono un tanto insolente al ver su apuro por deshacerse de ella.

—Excelente —dijo con una sonrisa que inundó sus ojos. Entendía que estuviera molesta por su comportamiento fuera de lugar de horas antes, aunque ella también participó de forma muy activa, diría él—. Te dejaré descansar. Mañana hablamos.

—¡Si me va a despedir, que sea de una vez! —exigió con voz golpeada. La incertidumbre la hacía olvidar su lugar en la escala social.

—¿De dónde sacas eso, Regina? De ninguna manera estoy pensando en despedirte. —Su rostro era un poema a la confusión. «¿De qué me perdí?», se preguntó ceñudo.

—¿En verdad? —Sus ojos se iluminaron como la tierra con la primera luz del alba.

—En verdad. Aunque opino que lo que sucedió esta tarde, no se debe repetir. Tú eres una...

—¡No se preocupe! ¡Ya entendí! Eso no volverá a pasar —prometió

apresurada.

Tenía que impedir que la palabra «sirvienta» empañara su maravillosa noche. El joven Gabriel se la había obsequiado, no se la podía arrebatarse. Pero nada podría cambiar su realidad; no debía olvidarla de nuevo. Con los ojos pegados al piso y un «Buenas noches» en un susurro, se dio la media vuelta e inició la retirada.

—¡Ey, espera! No te vayas enojada conmigo, recuerda que eres mi aliada.

—No se apure, joven. Puede seguir contando conmigo para ser sus oídos —dijo deteniendo sus pasos—. Le prometo que lo mantendré al tanto de todo lo que tramaba la señora Andrea y la señorita Estefanía. «De perdida podría ser para él su... ¿Cómo la había llamado antes? ¡Ah, sí! “ángel salvador”», se dijo para sí apesadumbrada.

—Gracias, bonita. —Le acarició el rostro con la mirada antes de marcharse; no era prudente volver a tocarla. Mejor así, ella era demasiado joven e inocente y además, formaba parte de su personal de servicio y por lo mismo, intocable para él.

Los días posteriores, Regina fue recluida de nuevo en la cocina y ahí permaneció hasta su regreso a Medellín; solo salía por las noches para preparar la cama de la patrona antes de irse a dormir. «Mejor», se repetía una y otra vez; así no había manera de meterse en más líos de pantalones.

—A ver, niña, ¿cuéntame cómo estuvo eso de que tú y Gabriel se perdieron el domingo por la noche? —Gregoria interrogó a Regina en cuanto se enteró del chisme, a la mañana siguiente de su arribo a la mansión de Medellín.

—Yo no estaba perdida, Greg, y menos con el niño Gabriel y, hasta donde sé, él tampoco lo estaba, más bien se... —calló. A ella no le correspondía hablar del tema.

—¿Más bien que, Regina? Termina lo que ibas a decir. —Gregoria se convertía en todo un Sherlock Holmes<sup>[12]</sup> cuando se trataba de averiguar algo.

—Bueno, no es que sepa nada, sino que intuyo que el joven quiso alejarse un poco; eso creo, porque luego apareció en el jardín y montó tremendo...

—Sí. También me enteré de eso —interrumpió con impaciencia «Ese desorden no se hubiera suscitado de haber estado ella», concluyó—. Habrá que ver qué mosca le picó —habló con rostro pensativo, casi para sí.

—Por cierto, ¿cómo encontraste todo por acá? —Regina suspiró aliviada de que la treta del joven, de días atrás, también sirviera para distraer a la nana.

—Sin novedad, querida. El problema se debió a un paquete muy importante para la patrona, que nunca apareció en las oficinas de correos —dijo levantando los hombros, sin darle mayor importancia.

Tal como lo suponía la niña, solo fue una artimaña de la señora Andrea para que Gregoria no interviniera en sus malos manejos, pero le salió el tiro por la culata por retorcida y tramposa. Todavía faltaba que el joven Gabriel se enterara de la próxima movida que tramaron el par de arpías la noche antes de regresar.

—Regina, te busca un joven muy buen mozo en la puerta de servicio —anunció Cleo, minutos después. Esta asomó la cabeza al salón, con voz nerviosa y un gran sonrojo.

Ya se estaba acostumbrando a la reacción que provocaba su amigo en las féminas de servicio cada vez que la visitaba. Para Gregoria tampoco pasó desapercibido el detalle; con actitud conspiradora le guiñó un ojo y se retiró para seguir con sus quehaceres.

—Gracias. Ahora mismo lo atiendo —comentó al tiempo que dejaba el sacudidor en un rincón, donde había iniciado las labores de limpieza.

José Pedro, además de guapo, era un amor. De inmediato acudió a su llamado antes de su entrada a trabajar. Regina se dio cuenta cuando el hermoso reloj de pared la acompañó en su recorrido con sus ocho musicales campanadas.

—Por fin está de regreso la niña, viajera, ¿eh? ¿Cómo te fue por Guatapé,

preciosa? —Se interesó con su habitual actitud bromista en cuanto la vio aparecer.

—Buenos días para ti también, José Pedro. —Ella también sabía cómo ser «simpática»—. Mil gracias por venir tan pronto. ¿Cómo están todos por tu casa y por la mía? —Tomó sus manos y las oprimió ansiosa por saber de su familia.

—¡Todos, muuuy bien! —dijo cantando de alegría. El feliz hombre no esperó a que lo invitaran a entrar, cruzó el arco de la puerta y estrechó con tremendo abrazo a la menuda chica, luego la cargó en volantas para hacerla girar por los aires—. No sabes la sorpresa tan grande que te tengo, belleza, pero ahora dame la nota para tu madre que se me hace tarde para ir a trabajar. Más tarde volveré por ti para llevarte a comer un rico helado mientras te cuento. —Sin darle tiempo a reaccionar, le asestó tremendo beso en cada mejilla y salió del vestíbulo igual que como entró: una tromba hecha hombre.

Regina todavía sonreía de oreja a oreja cuando volvió sobre sus pasos para continuar con sus labores en la planta baja.

—¿Quién era ese? —preguntó Gabriel que apareció de pronto con rostro de abogado fiscalista frente al acusado.

—Buenos días, joven. —«¿Qué hacía de pie tan temprano si apenas hacía tres horas de su llegada?», se preguntó con cuidado de no suspirar.

A pesar de las leves ojeras, se veía formidable recién levantado envuelto en su pijama de seda café tabaco bajo el batín anudado a la cintura, con el pelo todo alborotado y ese toque de bandido que le daba el naciente vello de la barba.

—¿Debo repetirte la pregunta, Regina? —Su tono era moderado pero intimidante a la vez.

—¡Oh, no, señor! Él es José Pedro Sanclemente. Un amigo; ¿busca a Gregoria? —preguntó con la garganta seca por la presencia demasiado cerca para su tranquilidad. Si se lo propusiera, con solo estirar la mano podría sentir bajo sus dedos la aspereza del fuerte mentón.

—Un Sanclemente... y amigo. Ya veo —repitió con tono sarcástico. «La forma como se tratan no es de amigos ¡Niñita mentirosa! Y yo que me creí el cuento de que era una muchachita inocente a la que había que proteger hasta de mí mismo. No puede serlo si se manosea públicamente con el linaje con semejante desvergüenza», masculló en su cabeza.

—Necesito contarle de mi último descubrimiento, joven —confesó con total candidez.

—Dime una cosa, Regina, ¿por qué quieres ayudarme?

Gabriel liberó sus manos que mantenía entrelazadas a la espalda para jugar con el adorno de su cofia con toda intención de provocarla. Se preguntaba cómo podía ser que su clara mirada fuera fingida ¿Qué tal si ella no actuaba incondicionalmente, como había pensado?

—Porque Gregoria dice que usted es bueno y ella lo quiere mucho, además, no soporto a la gente abusadora y tramposa —respondió con vehemencia. Su alto sentido de justicia tenía la balanza inclinada del lado de su patrón, sin dudar.

«¡*Touché!* ¿Qué pasa conmigo?», se regañó al ver la pasión de su respuesta. La chica se oía sincera y, si su nana le confiaba sus cosas, era porque creía en ella. De hecho, no hacía otra cosa que alabarla cuando salía a relucir en sus conversaciones. Pero, para no pecar de inocente:

—A las cinco mi madrastra y Andrés saldrán a una reunión a lo que yo no asistiré. Te espero en mi alcoba a las cinco y media para que me informes. Ahí nadie podrá interrumpirnos. —En poco tiempo iba a cerciorarse qué tan genuina era la niña bonita de dulces ojos de miel y cabello como el oro líquido.

El resto del día pasó lento para Regina entre sus labores de costumbre y el sentimiento de ansiedad que la embargaba porque estaría a solas con el joven patrón. Por nada del mundo podía llegar tarde a su cita, pero algo no salió bien. En tanto corría de camino a su habitación, media hora más tarde de lo convenido, rogaba al Cielo por que aparecieran alas en sus pies y tolerancia a

raudales en el niño Gabriel por su impuntualidad. Nunca recordó la «amenaza» de José Pedro de que la llevaría a comer un helado a su salida del trabajo.

—Ya te dije que en este momento no puedo salir. Mejor cuéntame de una vez eso que te tiene tan emocionado —rogó al punto del colapso después de interminables minutos de suspenso por parte del feliz hombre que no dejaba de bromear, mientras el reloj del vestíbulo avanzaba inclemente; ahora mismo marcaba las cinco y media.

—¡Tu prima y yo nos hicimos novios! —confesó con una gran sonrisa. Su mirada brillaba, pero también denotaba expectativa ante la reacción de la niña.

—Si, como no... ¡Ya!, deja de jugar y dime a lo que vienes porque debo acudir a la habitación de... de Gregoria. —De pronto pensó que no era conveniente dar más detalles.

—Rosalía y yo estamos de novios, mi niña. Si todo marcha como hasta ahora, y paso la prueba impuesta por ella, estaremos comprometidos en matrimonio a más tardar en tres meses.

—¿Entonces estás hablando en serio? —vio su elocuente afirmación como confirmación de sus dudas—. ¡Vaya!, sí que es tremenda noticia ¿Cómo se lo tomó mamá? —preguntó tranquila, pero por dentro los sentimientos encontrados se abarrotaban en su pecho.

Estaban a septiembre, sacando cuentas rápidas, eso quería decir que en diciembre su prima sería una mujer comprometida, luego se casaría y se marcharía lejos y... De pronto sintió que una avalancha se le venía encima.

—Tu madre es una mujer excepcional. —El entusiasmo de José Pedro le impedía ver la desazón de la joven y que con cada palabra le asestaba un nuevo golpe al equilibrio de su pesada carga—. Está muy feliz por nosotros. —Su sonrisa se apagó. Por fin le caló la falta de respuesta de la niña—. ¿Qué? ¿No hay un abrazo de felicitación para este hombre?

—¡Claro que sí, primo! Estoy segura de que harás muy feliz a Rosalía. Ella

se lo merece ¿Lo sabes verdad? —Sacudiéndose sus miedos, con ternura tomó entre sus manos el rostro preocupado.

—Sí. Te confieso que estoy muy enamorado. Por mí me casaría mañana mismo, pero entiendo que primero debemos conocernos mejor y acomodar las cosas.

—Ya encontraremos la manera de resolverlo. —Era obvio que se refería a la situación de su madre.

—Estoy seguro de que así será, mi niña bonita —respondió con un suspiro ilusionado. Regina dejó de lado sus temores y se abrazó con fuerza a él para demostrarle su gran afecto; para ella se guardó su visión del futuro incierto que se avecinaba.

La tremenda noticia la hizo perder la noción del tiempo, pero no así al hombre que había ido en su busca. Él la observaba a distancia, rechinando los dientes de la ira contenida; había llegado justo a tiempo para enterarse de cuál era el motivo por el que la irreverente lo dejara plantado.

Echando sapos y culebras por todo el camino al ala norte de la casa, Gabriel maquinaba cómo mantener entretenida a su nana mientras le daba un escarmiento a la mentirosa e hipócrita de la sirvienta. Porque de que acudiría a la cita, acudiría, de eso estaba bien seguro. Cómo se atrevía a decirle que Sanclemente era su amigo, cuando ya estaban haciendo planes de casamiento a principios del siguiente año, y ella se besuqueaba con él y quién sabe con cuántos más.

—Pase. —Eran las seis de la tarde cuando el suave llamado a su puerta le anunció a Gabriel el momento tan esperado.

—Disculpe la demora, joven. Tuve un pequeño contratiempo cuando me dirigía para acá —«¡Maldita fuera su manía de sonrojarse cuando mentía!», se lamentó agachando la cabeza. Lo sabía por el calor que quemaba su rostro al instante.

—Entiendo, no te preocupes. No me había dado cuenta de lo tarde que es. —Como al descuido echó un vistazo a su reloj de cadena.

Su falsa sonrisa no llegó hasta sus ojos cuando levantó la mirada del libro que fingía leer. «Vamos a ver de lo que eres capaz y de hasta dónde estás dispuesta a llegar, preciosa Regina», urdió con frialdad, al tiempo que se paraba y la invitaba a sentarse a los pies del lecho.

—No es propio que me sienta, joven, menos ahí —señaló la cama como si picara—. Mejor permaneceré de pie, si no le importa.

—Tampoco es propio que estés a solas con un hombre en su habitación, Regina, así que déjate de anticuados convencionalismos y siéntate de una buena vez para que me cuentes lo que sabes. —Sin poder evitarlo, en su tono brusco dejó entrever un poco de su rabia.

«Que le crea la más vieja de su casa, porque yo, ya he descubierto su falsedad, solo falta saber qué se propone con eso», rumió para sus adentros que se corroían con la rapidez del acero ante la brisa del mar. Regina obedeció con la vista baja, él se sentó a su lado, en control absoluto de su temple para no estrangularla.

Aunque muy juntos de nuevo, para ella algo había cambiado entre los dos, lo podía sentir, como sentía crecer en ella esa inquietud que le gritaba «Sal de ahí». Era como si el precioso hombre, con el rostro y cuerpo de Gabriel, no fuera su niño al que había decidido ayudar.

—El martes por la noche, cuando arreglaba la ropa de cama de la señora Andrea, recibió la visita de la señorita Estefanía con otro nuevo plan —compartió sin más largos. Atraída por la fiera mirada, levantó la cabeza y se perdió en las verdes profundidades con fascinación total.

—Prosigue, te escucho —«¡Condenada niña! Bien que sabe cómo hacer caer a un hombre con su mirada candorosa», pensó aplacando sus ímpetus para no volver a caer.

—Escuché que, con ayuda del joven Andrés, pretenden raptarlo para hacer creer a todos que huyó de la ciudad con la señorita Estefanía. Luego, ella hará público que está esperando un hijo suyo. —Su rostro palideció solo de imaginar el momento.

—¿Mencionaron cuando piensan hacerlo? —preguntó Gabriel sin inmutarse.

—Sí. El sábado por la noche, en el camino de regreso del baile de máscaras de los Ospina. —Agradeció de nuevo a su aptitud de invisibilidad que le permitía ayudar a su patrón, aunque, en la mayoría de los casos, más bien fuera su condena.

—Bien... ¿Quieren guerra? ¡Pues guerra tendrán! —declaró con un tono que heló la sangre de Regina.

La mirada fiera de Gabriel reflejó un sentimiento que hasta ahora había podido combatir, pero que ya no resistiría más. De ahora en adelante regresaría con odio el odio y con amor el amor. Solo le restaba averiguar en qué categoría se encontraba su sirvienta.

La niña se estremeció ante el frío que irradiaba el hombre que creyó conocer a partir de las largas historias y anécdotas contadas por su nana. Esto solo confirmaba su teoría de que todas las personas son capaces de actuar de forma contraria a su naturaleza ante una situación desconocida o empujadas por seres nefastos. En esa misma posición estaba ella.

—Dime una cosa, Regina, ¿no tienes miedo de que alguien te sorprenda espionando para mí? —Las manos de Gabriel eran ingobernables cuando tenía el angelical rostro tan cerca de él; sin poder controlarlas acariciaban su piel de alabastro con calculado deleite.

—No. —Su respuesta no se hizo esperar, pero que no le preguntara por qué lo hacía, pues ni ella misma lo sabía.

—¿Qué tanto estás dispuesta a arriesgarte por mí? —Sus labios sustituyeron a sus manos que ahora bajaban con lentitud por el esbelto cuello, con la fría intención de probarla.

—Lo que sea necesario para que usted esté a salvo —susurró con agitación. Ansiaba que la volviera a besar. Quería experimentar de nuevo todas esas emociones que le despertaba con sus labios, con sus manos, con el calor de su cuerpo y ese aroma de su piel que la enloquecía.

A pesar de que la asustaba ese sentimiento tan intenso que la arrojaba a los brazos de Gabriel, Regina no podía ni quería detenerse, era más fuerte que sus principios y que su razón. Jamás había experimentado nada si quiera parecido a eso. Desde que lo vio por primera vez, en el comedor de la finca, todo su ser había quedado grabado con hierro ardiente dentro de su cabeza.

Para Gabriel también era muy difícil conservar la cordura y mantener fría la cabeza ante la entrega incondicional de la niña. «Pobre imbécil de Sanclemente, es todo un cornudo», se repetía una y otra vez en tanto cedía a la tentación de la carne. «Solo será un beso, no pasará de ahí», se dijo en la encarnizada lucha por no tomarla por más bella y dispuesta que estuviera. Ese era el tipo de cosas que hacía Andrés, no él.

Gabriel se apoderó de los tersos labios que ya lo esperaban entreabiertos, trémulos, ansiosos de los suyos. Esta debería ser la «lección número dos», pero, «¿quién enseñaba a quién?», se preguntó dadas las circunstancias. Con firmeza decidió que no engrosaría la lista que seguro tenía la preciosa mustia, aunque se quemara en el averno por volver a tenerla en sus brazos como ahora: temblando, con la respiración agitada y gimiendo con languidez.

Cuando la ondeante lengua entró en su boca, Regina sintió una corriente de fuego atravesar su cuerpo y situarse entre sus piernas llenándola de un delicioso ardor, un tormento que consume, pero que no quieres dejar de sentir.

—¡Gabriel! —Con desesperación se asió al fuerte cuello, en busca de aumentar el contacto entre los cuerpos.

La reacción masculina ante la impetuosa manifestación de la chica fue inmediata. Gabriel envolvió la suave figura entre sus brazos y poco a poco se dejó caer sobre la cama con ella debajo de él. Era tan pequeña, se sentía tan frágil que no se atrevió a descansar su peso del todo, solo lo necesario para sentirla y que ella lo pudiera sentir también; amoldaba sus músculos a las tentadoras curvas, su dureza a su feminidad todo lo que permitía la ropa.

Por puro instinto, Regina arqueó su espalda y se aferró a la cadera

masculina con un fuerte gemido salido de lo más profundo de sus quemantes entrañas.

«¡Al demonio con los prejuicios!», se dijo Gabriel ardiendo en llamas. Desató con manos desesperadas la cofia de la chica, para luego incursionar en los mil botones de su blusa.

—¡No! Esto no está bien, joven —clamó angustiada. Cuando sintió la tibieza de la fuerte respiración abanicar sobre sus hombros desnudos, Regina tuvo la impactante conciencia de los pasos avanzados.

Confundido por sus palabras, Gabriel levantó la cabeza. Con la mirada turbia y el ceño marcado la miró acomodarse el cuello de la blusa con manos temblorosas y las mejillas al rojo vivo.

—¿Qué pasa, hermosa Regina? ¿No es esto lo que tú quieres? —habló controlado, con un cinismo insultante. Su cuerpo suspendido sobre el suyo.

—Sí... ¡No! —Lo empujó con fuerza y se incorporó sintiéndose una cucaracha. Si su madre la viera, se moriría ahí mismo. No culparía al joven Gabriel si pensaba lo peor de ella.

—¿Por fin, es sí o no? —Con lentitud calculada abrochó los botones de su camisa, que la misma Regina había abierto sin darse ni cuenta.

—No son los modos, joven —mantenía los ojos en las manos retorcidas sobre su regazo—. Fui educada de forma conservadora, en la doctrina del matrimonio, los hijos, la fami...

—¿Quieres decir, casarte de blanco, ir pura al matrimonio y todas esas cosas?

—Sí... —El tono helado la alertó y sus ojos de miel se levantaron para clavarse en la máscara que encubría su desprecio.

«Que te lo crea el imbécil de Sanclemente, preciosa», declaró Gabriel en su acalorada cabeza—. Entiendo y respeto tus convicciones. Perdón por dejarme llevar, pero es que eres tan bella y tan apasio...

—¡No siga!, ¡se lo ruego! —Se llevó las manos a los oídos para no escuchar la penosa verdad. Hubiera preferido morir antes de enfrentar su

desvergüenza. Se transformaba en una mujer por completo diferente, desconocida para ella misma cuando estaba cerca del precioso Gabriel.

—De acuerdo. Hazte a la idea de que aquí no ha pasado nada. Ante todo, soy un caballero. Esto no sale de aquí. —Con malicia señaló la cama revuelta.

Gabriel casi le creía al ver su rostro afligido y sus preciosos ojos anegados en lágrimas. Solo tenía que recordarse su doble cara y a su crédulo prometido para apaciguar su conciencia. Renuente, la dejó ir, cuando lo que le pedía el cuerpo era meterla en su cama de nuevo, con todo y su inmoralidad.

Regina se retiró, incapaz de levantar la mirada por la desazón que la corroía por dentro; pero el día tenía que seguir su curso.

Se fue directo a la habitación de la señora Andrea, dispuesta a aprovechar su ausencia para husmear un poco entre sus cosas, tal vez encontrara algo importante para lavar un poco de su oprobio.

## CAPÍTULO VII

**E**n cuanto Regina entró a la alcoba de la patrona, corrió a la ventana a abrir un poco las pesadas cortinas para dejar entrar la tenue luz de día que quedaba. Se dirigió a la fina credenza de madera labrada y ahí encontró muchos papeles diseminados dentro de su cajón. Le llamó la atención un legajo ensobrado bien oculto hasta abajo del montón, dentro había algo que le pareció un reporte del banco de la ciudad y algunos recibos de cantidades innombrables de dinero, con la firma de recibido de doña Andrea en los meses que Gabriel se encontraba en Europa. «¡Rayos y centellas! ¿Y si eso era una prueba de que la señora le estaba robando?», se preguntó nerviosa.

Regina buscó papel y lápiz y con rapidez transcribió lo mejor que pudo el documento bancario. Después tenía que ir a la habitación de Andrés, donde la esperaba su montón de ropa sucia acumulada del viaje a Guatapé, pero primero buscaría al precioso para entregarle el reporte.

Para su mala suerte, no lo encontró por ningún lado, así que se guardó dentro de la media la hoja bien doblada y regresó a sus obligaciones mientras tanto. «Pareciera que no han limpiado la alcoba en años», pensó Regina apenas entrar al cuarto de Andrés, patas arriba de «cabo a rabo». Pero ahora no tenía tiempo para recogerlo. Se fue directo a la maleta desbordada sobre el viejo baúl, guiada por el rayo de luz que se colaba por la hendidura de la ventana.

—¡Mira nomás lo que me acabo de encontrar!, mi mucama preferida. —  
Como si lo hubiera invocado, Andrés salió de entre las sombras, encendió la

luz y avanzó hacia ella con su habitual lasciva y marcadas intenciones.

—¡Joven! Creí que seguía fuera —declaró alterada. De inmediato sintió cómo la sangre le bajaba hasta los pies. Su pálido rostro daba fe de ello.

—Pues ya vez que no. —Sonrió burlón a solo un paso de ella—. Desde que llegó mi querido hermanito casi no te veo, bonita, ¿será que decidiste atenderlo a él en vez de a mí?

Decidido a no dejar escapar a su presa, Andrés la atrapó por la espalda y la arrojó sin contemplaciones sobre la cama, para luego echarse encima de ella y someterla con su peso. «Esta vez no habrá quien nos interrumpa, Gregoria está muy entretenida en la cocina y mi hermanastro salió en su auto hace más de media hora», recapituló excitado y muy pasado de copas.

Aterida por el miedo, Regina de inmediato se cerró a toda reacción defensiva, su mente divagaba en el tiempo cuando era ultrajada por el capataz de la textilera, meses atrás.

Ufano, Andrés se creía que tenía todo bajo control, la chica estaba de lo más sumisa y había un mundo de tiempo por delante para el agasajo, así que jugaría un poco con ella antes de hacerla suya; la espera por este momento fue larga, pero bien valía la pena desplegar todo su encanto con la hermosa Regina.

—¿Sabes las ganas que tengo de ti? —siseó con el fétido aliento a uva fermentada soplando sobre su nuca. Con dedos torpes desanudó la cofia y la arrancó de un tajo para enseguida hundir su rostro entre los claros cabellos. El dulce aroma a jazmines lo trastocó, ya no se contuvo para manosear su cuerpo de arriba abajo con brusquedad—. ¿Te puedes imaginar las veces que he soñado con tu cuerpecito desnudo debajo del mío? Apuesto a que sí... Dime algo, gatita, ¿cómo te gusta que te lo hagan? —Nunca había deseado tanto a una mujer como a esa belleza rubia y voluptuosa, que por fin sería suya.

—¡Andrés, tenemos que hablar! —Gabriel vociferó al tiempo que irrumpía en la habitación decidido a ajustar cuentas con el tramposo. Había visto su

auto atravesado en la entrada, así que se daba claras cuentas de que, para variar, venía «borracho como una cuba».

La escena que lo recibió lo dejó helado: su ebrio hermanastro con el pantalón a media pierna y la dulce Regina debajo de él, desmadejada y roja por el revolcón.

—¡Vaya que sabes ser inoportuno, Gabrielito! —Con el rostro desfigurado por la desafortunada interrupción, se puso de pie con dificultad—. ¿No te enseñaron a tocar antes de entrar a una habitación? —bramó en tanto se acomodaba el pantalón con torpeza.

—En mis propiedades, yo no acostumbro a pedir permiso. En todo caso hubieras puesto el cerrojo si pensabas fornicar con la sirvienta. —La muy desvergonzada no le daba ni la cara—. Mejor aún, haz tus marranadas en otro lado que no sea este —terminó con violencia en tanto observaba a Regina acomodar su falda de forma maquinal.

—Déjanos solos —gritó Andrés furioso, al tiempo que le daba a la sirvienta un empujón a la salida.

«Qué lástima que no llegué cinco minutos después; así hubiera dado tiempo a la insaciable niña de desfogarse para no tener que marcharse como ahora, temblando de deseo insatisfecho. Son tal para cual, qué asco me dan», se dijo cuando ella cruzó frente a él con la cabeza gacha. Con las manos en un puño, desprovistas de color por la falta de circulación, la mandíbula petrificada, los dientes en un crujido latente; inmerso en su propia batalla, Gabriel nunca se percató de la mirada de miel sin el brillo habitual, sin expresión, como si la portadora fuera un muerto extraviado en su último recorrido al descanso eterno.

Una hora después, Gabriel entró en su habitación y azotó la puerta con furia desatada. Se sentía fuera de control por el espectáculo grotesco de los amantes y el infructuoso enfrentamiento con su hermanastro. No había conseguido nada con hostigarlo para que confesara sobre los rumores de sus sucios negocios en las cafetaleras de Caldas donde fungía como

administrador, gracias a las maniobras de su madre.

—¿Qué demonios haces aquí, Regina? —Ni si quiera se esforzó por guardar la calma cuando la descubrió adentro después de encender la luz. De lo que tenía ganas era de mandar todo al demonio y regresar a Europa—. Después de lo que vi, no creo que vengas a insistir en que eres una blanca paloma o, ya sin máscaras, ¿quieres que te quite las ganas? —le gritó a la cara con insultante desdén.

—No se atreva a hablarme así, joven Gabriel; no es justo que...

—Lo que no es justo es que me quieras ver la cara de estúpido, niñita. Ya se te acabó tu juego de la chica casta y pura con la que pensabas hacerme caer. —Con la peor de sus actitudes recogió con su dedo índice las lágrimas que escaparon silenciosas de sus lindos ojos y en un acto de extrema crueldad las sacudió al aire como la cosa más despreciable para él—. Lástima que te agarré en plena faena retozando en la cama con el pervertido de Andrés. Fraternalizando con mi enemigo.

—No es así, joven. Yo jamás podría ser amiga de un hombre que pretende hacerle daño ¡Por favor, créame! —rogó desesperada.

—¿Me aseguras que no es parte del plan que permanezcas aquí para conocer todos mis movimientos y decírselo a tu amante? —Casi le divertía tanto drama.

—¿Que no me está escuchando? —Se abalanzó sobre su pecho y lo tomó a puños por las solapas de su fino traje de lino—. No soy su enemiga.

—Sí, claro y yo me chupo el dedo. —Su cinismo era inigualable. Se sacudió las pequeñas manos sobre sí, con una mirada donde brillaba el repudio y el odio?

«Solo un paso lo separaba de ella, se veía tan débil e indefensa, sería tan fácil confesarla... Malditos fueran sus dedos que sin permiso acariciaron su terso rostro por demás arrebolado ¿Qué la tendría así, el miedo o la excitación?», se preguntó ansioso.

Regina sabía que era responsable absoluta del terrible menosprecio del que

era objeto por su comportamiento impúdico y descarado con Gabriel, no una, sino dos veces. Era humanamente increíble que fuera una persona de buenos principios y férrea moral, si había demostrado lo contrario, pero no por eso era menos doloroso si venía de él.

—Tiene todo el derecho a pensar lo peor de mí y a correrme de su casa también. —Haciendo acopio de toda su fortaleza, obligó a su cuerpo a permanecer quieto para poder cumplir con su último propósito.

—Para serte sincero, al principio, ibas por muy buen camino —confesó Gabriel sin saber por qué.

—Solo regresé para traerle esta información que copié de las hojas que tiene la señora Andrea ocultas en un mueble de su habitación —dijo ignorando su comentario mordaz en tanto su mano temblorosa extraía de la forma más digna posible el papel doblado del interior de su media.

Gabriel no comentó nada por el sensual escondrijo de la joven, se dedicó a deleitar la pupila mientras aguardaba. Cuando empezó a leer la perfecta escritura de trazos firmes y simétricos, perdió el color del rostro y dejó de respirar por unos segundos.

—¿Estás segura de lo que anotaste? —La hoja era una copia fiel del reporte anual del banco, sin maquillaje, ahí constaban las fuertes sumas extraídas con regularidad de la cuenta de las cafetaleras más productivas a cargo de Andrés.

—Sí —respondió con su corazón sangrante por el dolor que sin querer provocó en Gabriel.

—No sé si entiendes lo que aquí dice, pero es muy grave. —Le dijo con mirada oscurecida por la ira contenida—. Ahora mismo saldré a buscar a mi banquero para que me aclare la situación, pero tú y yo seguiremos hablando a mi regreso —declaró inflexible. Aguardó unos segundos, pensativo, mirándola sin ver, luego su rostro se iluminó con un brillo maligno—. Me esperarás aquí en mi habitación y para que no hagas nada que me perjudique en mi ausencia, te dejaré bajo llave.

El alma de Gabriel de pronto se había endurecido cansada de tanto agravio.

Los eventos de los últimos días terminaron por acabar con lo que quedaba del hombre bueno y noble que Gregoria había criado desde niño. Ya eran muchos años de engaños y abusos de su familia política y no estaba dispuesto a tolerarlo más. El día de hoy había sepultado al viejo Gabriel y solo quedaba el nuevo, ese que no se tentaría el corazón para castigar a todo aquel que intentara joderlo.

Regina no refutó, había entendido que no podía hacer nada por el momento, tendría que esperar al juicio final para saber cuál sería su destino inmediato a partir de entonces.

De pie, en la soledad de la habitación, se sintió sucia y miserable como jamás pensó. No soportó ver la huella de su descarado comportamiento en la cama y prefirió apagar la luz para ocultar la evidencia; esperaba con eso poder ignorarse a sí misma, pero su conciencia no le dio tregua y le martirizó el alma con la imagen de los rostros decepcionados de su madre y de su prima, y del desprecio absoluto del joven Gabriel. El llanto retenido estalló con rasgos de indiscutible histeria y la quebrantó al grado de que su cuerpo no resistió su peso y cayó al piso. Con el transcurrir de las horas, las lágrimas cesaron y el cansancio llegó; poco a poco, Regina se quedó dormida.

Cuando Gabriel regresó a la mansión, eran pasadas de las diez de la noche, el auto de su hermanastro ya no se encontraba ahí. Seguro se había ido de juerga, como era su costumbre diaria cuando estaba en Medellín.

—Por fin apareces, hijo —dijo Gregoria en cuanto lo divisó en la puerta—. Lo raro es que también traigo perdida a Regina. No ha venido a cenar.

—Ha de andar por ahí o ya está dormida —dijo para tranquilizarla—. Nanita, ¿qué te parece si mejor me consientes un poco y me sirves esas ricas arepas<sup>[13]</sup> de chorizo que me preparaste? —Era obvio para él que la niña pasaría a segundo término con su requerimiento.

—Cuando me lo pides así, no hay manera de negarse, bribón. ¿Quieres comer aquí o en el comedor? —preguntó colgada de su brazo cuando entraban a la cocina.

Gabriel subió a su habitación a las once menos diez de la noche. Le fue imposible hacerlo antes, pues su nana no dejaba de hacer preguntas sobre su predicción de cambios radicales en la casa a corto plazo. Juzgó indispensable adelantarle un poco de lo que iba a suceder, sin caer en el error de contarle nada que pusiera en riesgo su seguridad.

—Regina, quiero pedirte una disculpa por mi tardanza. Tuve... —Gabriel interrumpió su retahíla, extrañado de encontrar su habitación sumida en la oscuridad y silencio total.

En las penumbras se encaminó hasta la lámpara de pedestal, junto al sillón de lectura que había ocupado horas antes, la encendió para terminar de una buena vez con el asunto de la sirvienta.

En cuanto la suave luz iluminó el derredor, Gabriel buscó a Regina con la mirada; la encontró sentada sobre el piso, con la cabeza apoyada en el filo del colchón, profundamente dormida. Parecía un ángel caído con su dorado pelo que cubría su cara y su cuerpo.

Al verla, los sentimientos se le hicieron un lío en el pecho. Sin analizar lo que hacía, la cargó en brazos para recostarla sobre la cama con cuidado de no despertarla. Sus manos insubordinadas le retiraron el cabello del rostro, entonces pudo admirar a su antojo sus rasgos perfectos, en completo reposo.

Regina era realmente una belleza, rara mezcla de inocencia y sensualidad; por eso seguro los hombres caían rendidos a sus pies, al igual que estuvo a punto de ocurrirle a él. «Pero ¿qué estás haciendo?», se regañó, «La muy casquifloja no se merece tu consideración y mucho menos tu compasión».

«*Bruja dorada, vas a ser mía, cueste lo que cueste.* —La frustración envuelta en rabia brotó de su terrible amenaza. Sus manos la acariciaban con rudeza y perversión—. *Te diré paso a paso lo que haré contigo, preciosa.* — Le susurró al oído con la voz estrangulada por la lujuria, en tanto manoseaba sus piernas con brusquedad por debajo de la falda. Regina no podía gritar, el peso sobre ella casi la asfixiaba—. *Pero primero te tumbaré toda esta ropa*

*que no me deja admirar el tesorito que guardas para mí.* —Las palabras le salieron a trompicones porque respiraba como cerdo jadeoso, pero sus enormes dedos eran muy elocuentes cuando desgarraban la tela y lastimaban la suave piel sin clemencia. La mirada vidriosa resbalaba por las curvas que iba desnudando a su paso».

—¡Nooo! ¡Déjeme! ¡No me toque!, ¡maldito! ¡Suéltemeeee!

Alertada por su propio alarido, Regina se sentó en el colchón como enloquecida, el corazón le retumbaba en el pecho y sus ojos de miel se desbordaban del pánico. Paseó su despavorida mirada de un lado a otro, sin reconocer el lugar, hasta que se topó con los verdes ojos atentos sobre ella, entonces recordó dónde se encontraba y por qué.

—Yo... ¡Lo siento! —De inmediato bajó los pies al piso y se incorporó avergonzada sin que Gabriel hiciera nada por aliviarla—. ¿Cómo llegué a la cama?

—Te quedaste dormida en ese rincón. —Señaló el sitio con un gesto de su expresivo rostro—. Yo te traje aquí —agregó confundido, sin apartar la mirada de ella.

—¡Qué pena! Me hubiera despertado... —«¿Y ahora qué?», se preguntó descorazonada, con la barbilla clavada al pecho.

—¿Qué pasó hace un momento? —A Gabriel no le cabía duda de que su pánico del instante anterior fue genuino. Tal vez era lo único real en ella que había visto hasta ahora.

—Solo era una de mis... una pesadilla. —A tiempo recordó con quién hablaba. A él no le importaba su vida—. Iré a mi habitación para recoger mis cosas y marcharme de aquí.

—¡No! No tienes por qué irte —insistió modulando su temple—. Si tú así lo deseas, aún tienes tu empleo. De hecho, quiero que sigas vigilando a mi familia política para mí. Te pagaré muy bien por tus servicios —agregó determinado, seguro de que aceptaría.

Aunque no sabía hasta qué extremo la niña estaba relacionada con su

hermanastro, prefería retenerla. Por aquello de: «Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca».

Regina guardó un largo silencio, parecía sopesar la propuesta con cuidado—. Le agradezco que no me corra, necesito mucho mi trabajo. —Lo miró a través de grandes pozos de tristeza—. Si vigilar a doña Andrea y a su hijo no es condición para que pueda permanecer a su servicio, prefiero declinar su oferta. Es evidente que usted ya no confía en mí y yo no quiero más problemas.

«La chica posee la dignidad de una reina», pensó Gabriel con admiración. De hecho, hasta podía asegurar que no conocía mujer igual. ¡Qué lenguaje! ¡Qué porte!

—¿Estás segura de tu decisión? —Con suavidad sujetó su barbilla para levantarle el rostro hacia él—. Antes, dijiste que tienes una madre muy enferma; seguro te vendrá bien ese dinero para ayudarte a pagar sus medicinas.

—Me las seguiré arreglando sin eso, señor. —Sostuvo su mirada inquisidora con estoicismo, cuando lo único que ansiaba era arrojarse en sus brazos y que la rodearan fuertes y protectores—. Si me disculpa, estoy un poco cansada. —Dio un paso hacia atrás, para rechazar la tentación de la varonil cercanía.

—Mi nana te dejó la cena servida. —Pareciera que no quería dejarla ir.

—Esta noche no tengo apetito, pero gracias de igual forma. Descanse, señor —agregó con una débil sonrisa y al fin terminó por marcharse.

Gabriel vio partir a Regina con un dejo de desconcierto y algo más que no supo cómo identificar; parecido al sentimiento de cuando pierdes algo de valor para ti.

—Soy un tonto sentimental. Ella es solo una simple sirvienta —se regañó fastidiado y desechó con inusual despotismo ese extraño sentir.

Regina volvió a desahogar su profundo dolor de camino a la cama. En ese momento, daría lo que fuera por volver el tiempo atrás y estar entre los

brazos protectores de su padre sin otra preocupación que decidir qué postre escoger para comer o qué regalo abrir primero ¿Por qué la vida se había vuelto tan cruel?

—¿Qué quieres de mí, Dios? ¿Qué estoy haciendo mal para enmendarlo?

Preguntó mirando al cielo sin luna ni estrellas a través de la ventana de su pequeña habitación. Solo el canto de los grillos se escuchó por respuesta. De pronto, un fuerte relámpago retumbó en el firmamento cubierto de nubes, fue entonces cuando a su mente llegó como un haz de su luz el entendimiento. Haber puesto sus ojos en las alturas había sido su error. El desprecio del joven Gabriel le dolía en el alma porque se había enamorado sin remedio de él. No fue cosa de una semana, no, poco a poco se había metido en su corazón, porque había aprendido a amarlo a través de las historias de Greg; por su amor incondicional hacia el niño Gabriel.

Regina no durmió esa noche, ni la siguiente. Amanecía del sábado cuando recordó que era el día señalado para secuestrar a Gabriel y ella ya no podía hacer nada más para ayudarlo. De hecho, ni si quiera lo había vuelto a ver. Por Greg sabía que continuaba en la residencia, lo que significaba que enfrentaría la situación. Solo le pedía a Dios que estuviera bien preparado.

## CAPÍTULO VIII

Casi era la hora de partir a La María; sería el fin de semana más largo para Regina en espera de saber del joven patrón. En su largo trayecto rogaría al Todopoderoso, una y otra vez, por su bienestar; esperaba con eso ayudarlo y encontrar para ella un poco de paz.

El recibimiento en casa fue tan gratificante que sus penas pasaron a segundo término. Ver a su madre tan repuesta, con las mejillas sonrosadas y la mirada brillante, como en los viejos tiempos, fue maravilloso; ni qué decir de la radiante Rosalía, al lado del no menos dichoso José Pedro, que desde temprano se encontraba ahí.

Regina no se atrevía a preguntar por los planes de la pareja de enamorados por delicadeza; esperaría paciente a que su prima estuviera dispuesta a confiárselos. A partir de eso tomaría las medidas pertinentes para ese gran problema que se le avecinaba. Esperaba tener el tiempo suficiente para organizar la vida de su madre y la de ella antes de su partida.

Por supuesto que tampoco logró pegar un ojo esa noche, así que se levantó de la cama con sigilo, cuando ya todo estaba en silencio, para adelantar unas costuras que le habían pedido a Rosalía.

Poco a poco la luz del amanecer entró por la estrecha ventana de la sala amueblada con sencillez, pero con limpieza extrema y dio los buenos días a Regina cuando retiraba la aguja de la última prenda concluida en su totalidad; aunque se sentía agotada física y anímicamente, la niña sonrió satisfecha de su obra. Esto duró hasta que sus pensamientos volaron a la mansión Ponce de

León, para llevarse su adolorido corazón de pasajero.

Ese mismo día, entrada la tarde, los novios se fueron a la feria del pueblo, después de mucho rogar a Regina para que los acompañara, pero ella prefirió no hacer mal tercio y quedarse con su madre; las dos tenían una importante conversación pendiente.

—¿Así que papá y el abuelo de José Pedro pertenecían a diferentes bandos, pero con los mismos propósitos? —preguntó contenta de confirmar que los pasados de ambas familias no serían una sombra para la feliz pareja.

—Así es cariño, luchaban por un mismo fin, solo que tu padre perdió todo, hasta la vida misma. El viejo Sanclemente llegó a ver la gloria de su causa, aunque muy breve. Tres años después murió debido a una añeja dolencia. Él era un hombre muy entrado en años, no como tu papá, que murió en la plenitud de su existencia —agregó doña Reginalda con un dolor interminable.

—Cuanto lo siento, mamita. —Se abrazó a ella sin saber quién consolaba a quien.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Madre e hija pasaron una tarde maravillosa juntas. Conversaron también de los optimistas planes para el futuro inmediato. Cansadas de tanto hablar y reír, ambas se fueron a sus camas. Más tarde Regina escuchó el rechinado de la puerta de entrada al abrirse, era Rosalía que regresaba feliz tarareando por lo bajo. Cinco minutos después, ya estaba metida en la cama y dormida. Dichosa ella que no tenía pesar en su corazón.

La hora de regresar a Medellín llegó, pero ahora fueron dos los que partieron de La María y también fue doble la pena por la separación. Regina siguió taciturna y triste a pesar de los intentos de su acompañante por hacerla reír. En absoluto silencio veía el oscurecido paisaje, de pronto salpicado de luces ambarinas de las casitas que iban dejando atrás. Todo cruzaba con apuro por entre las ventanas del vagón; el mismo apuro que sentía ella por saber de Gabriel.

—Mi Rosita se quedó muy preocupada por ti, niña.

Desde que el joven Sanclemente conoció toda la verdad sobre la chica, había adoptado para ella ese apodo, con la misma cariñosa intención que Gregoria, muy diferente del uso que le daba Gabriel.

—Lo sé y tú me tienes que ayudar a ahuyentar sus miedos. —Ahora menos que nunca le confiaría nada.

—Solo si al primo le cuentas lo que te pasa. Yo también creo que algo muy grande te tiene triste, no eres la misma chica con chispa que conocí aquí mismo, en el tren, hace casi cinco meses. —Le aclaró vehemente.

—De acuerdo. Pero de esto ni una palabra a Rosalía o a mi madre, por favor, José Pedro, no quiero que pasen penas por mi causa. Esto que me aflige se me pasará algún día y quedará en el olvido. —Con la mirada miel lo retó a comprometerse.

—Trato hecho. Soy una tumba cerrada. —A regañadientes, pero acataría la condición.

Por más de dos horas, Regina se dedicó a narrar su vida desde la llegada a Medellín, hasta el jueves en la noche que había visto por última vez al joven Gabriel, sin omitir absolutamente nada, incluso el par de besos apasionados que se dieron, su enamoramiento y la idea del joven patrón de que era una casquivana.

—Ese par de imbéciles me van a oír cuando lleguemos. —José Pedro trinaba de rabia por el despreciable proceder de Andrés de Toledo y de Gabriel. Sus ojos azules se habían tornado negros como el cielo cuando se acerca una tormenta.

Ese abuso que padecían las chicas de servicio era un pecado sin nombre que la sociedad y hasta la iglesia permitían. ¿Cómo era posible que despojaran a seres indefensos y necesitados de su dignidad por una mísera paga? Habíase visto semejante atropello que, entre sus deberes, también estuviera la obligación de satisfacer el más mínimo capricho de los patrones, incluso en la cama.

—Claro que no harás nada de eso, José Pedro. El joven Andrés

afortunadamente no vive ahí, además, Gregoria me cuida muy bien de él; en cuanto a Gabriel, él partirá de Medellín en un mes y no lo volveré a ver hasta dentro de un año o quizá nunca si consigo realizar mi sueño antes. —Su voz se quebró solo de imaginar que un día no muy lejano no lo vería más—. Entonces nuestros mundos no se cruzarán de nuevo porque ya no tendremos nada en común —completó en un gemido, con sus ojos como grandes pozos de tristeza.

—No puede irse con la idea errónea de que eres una mala mujer; él debe saber la verdad —insistió con fiereza. Debía conseguir el permiso de la niña para lavar su honor.

—¡No! ¡Eso nunca! Recuerda que fuera de las cuatro paredes de mi casa nadie conoce mi verdadera identidad. Me despedirían de inmediato si saben de mi engaño —declaró con voz desesperada. Por su mente cruzó la idea de que tal vez había sido un error confiarse a José Pedro.

—¿Pero, porqué lo hiciste, niña? ¿Por qué hacerles creer que eres otra persona? —Su mirada azul reflejaba su confusión.

—Porque de saberlo jamás me habrían dado el puesto. —Estaba más que segura de eso—. ¿Quién quiere de empleada de servicio a una chica rica venida a menos que en su vida ha levantado un plato de la mesa? ¡Dime! —La diferencia de clases era un gran peso que ahora cargaba como cruz de guayacán<sup>[14]</sup>.

—No había pensado en eso. —«Esta pobre niña está madurando a fuerza de golpes», pesó afligido—. ¡Cielos! Cuántas cosas has tenido que aprender de este mundo tan duro. ¡Lo siento mucho! —Ahora que la había adoptado como su hermanita menor, se esmeraría por protegerla de todo aquel que quisiera hacerle daño, pero necesitaba que siguiera confiando en él.

El resto del viaje Regina lloró en el hombro amigo y cuando el cansancio la venció, durmió tranquila porque se sabía cuidada y querida. Cuando llegaron a la capital, hicieron su recorrido habitual en silencio, no había más que decir. Al poco rato avistaron la mansión Ponce de León sumida en la oscuridad.

Hasta detenerse en la puerta, José Pedro retiró su brazo de los hombros de la niña, pero solo para estrecharla a su cuerpo por largo rato. Ahí permaneció en vigilia hasta que la vio cruzar sana y salva al interior. Tendría que haberse retirado en paz después de eso, porque su hermanita ya estaba bajo techo, pero su corazón le decía que enfrentaba más peligros ahí adentro que afuera.

Esa dulce escena fue la que presenció el amanecido hombre que atisbaba por la ventana de su habitación, en busca de un momento de paz con la salida del sol, no esa apasionada despedida de los enamorados que le cayó como dinamita al hígado.

Dos horas después, al límite de sus nervios, Regina buscó a Gregoria para avisarle de su llegada, pero más que nada para averiguar cómo había estado el fin de semana en la mansión.

—Donde me ves, no he dormido nada, hija, de hecho, nadie de la casa durmió —confió feliz de poder compartir la carga emocional de las últimas horas—. En la madrugada de ayer, el joven Andrés fue detenido por la policía y ahora está en la cárcel. Mi niño Gabriel va llegando de ahí, pero no me ha querido decir nada, está como muy sospechoso...

«¡Ay, Greg!, si supieras...», se dijo Regina feliz de saber al joven Gabriel fuera de peligro. Que todo estuviera en manos de la policía indicaba también que ahora él tenía la sartén por el mango «¿En qué irá a parar todo esto?», se preguntó.

Lo que quiera que fuera que Gabriel Ponce de León había decidido, tardó dos días en resolverlo; fue entonces cuando se vieron cambios radicales en la mansión, aunque nunca se divulgó el secuestro. El encarcelamiento de Andrés De Toledo se manejó como una detención por conducir ebrio y hacer escándalo en la vía pública.

Al día siguiente, tal como lo había prometido doña Andrea, salió por la puerta afuera con todas sus pertenencias personales y las de Andrés para nunca más volver. Ese había sido el trato para que Gabriel le otorgara el perdón a su hijo.

\*\*\*

—Nana, tenemos que hablar.

Gabriel convocó a Gregoria en la salita de estar, cuando todo quedó en paz en la mansión. Después de horas de vivir un pequeño infierno, al fin, sonrió. Ahora venía la reconstrucción de sus vidas, esa parte sí que la iba a disfrutar.

—De hoy en adelante quiero que ocupes el lugar que te corresponde como mi madre —dijo con los ojos brillantes como cuentas preciosas—. Ahora tú eres la dueña y señora de esta casa y la dirigirás como mejor te plazca. Aquí se hará tu voluntad, como debió de ser desde un principio cuando mi padre murió.

—Hijo de mi alma, eres tan bueno...

—No, nana, solo agradecido —dijo con humildad. Sus dedos enjugaron con devoción las lágrimas que surcaban el agrietado rostro.

Con dolor recordó el odio y rabia que había sentido por su familia política y Estefanía, y el desprecio que le declaró a la niña que hizo posible que se librara de ellos sin sufrir ningún percance.

Después de tremenda revolución en su vida, Gabriel contaba justo con un mes para poner orden en los negocios antes de regresar por su título de administrador a Europa. No debía permitir que nada, absolutamente nada lo distrajera de su importante tarea. De la casa se encargaría su querida nana.

—Ven querida, tengo una propuesta que hacerte —dijo Gregoria, tiempo después, en la privacidad de la cocina cuando la actividad cesó por ese día—. Como ya te debes de haber dado cuenta, estamos viviendo muchos cambios buenos en este hogar, por eso he decidido que a partir de ahora seas la nueva ama de llaves de la mansión de Medellín.

—Pero, Greg, carezco de conocimientos de cómo llevar una casa y tal vez al niño Gabriel no le guste la idea —respondió preocupada. Su rostro afligido y el nervioso juego de sus manos daban buena cuenta de ello.

—Entiendo perfecto eso, pero tú y yo sabemos que eres una niña culta y

refinada. —Su mirada directa la retó a que la desmintiera—. Yo te enseñaré todo lo que tiene que ver con su manejo y administración. Estoy segura de que pronto dominarás el cargo. Ya verás cómo en pocas semanas te mueves como pez en el agua —terminó con rostro satisfecho.

—Gracias, Greg. Prometo que me esforzaré por que así sea. —Regina se abrazó con fuerza a la dama; no tenía más palabras para expresarle su sentir.

Y pensar que apenas el viernes pasado hubiera jurado que se quedaría sin empleo... Dios quita, pero también da. Ahora ya tenía resuelta la parte financiera de la situación que se avecinaba, solo faltaba encontrar a la persona idónea para cuidar de su madre.

\*\*\*

Aunque, por un lado, Regina se sentía muy feliz con su nuevo estatus, por el otro, se sentía muy desdichada, condenada a vivir enamorada de un imposible que, además, ni si quiera la miraba; de nuevo se encontraba sumida en su mundo intangible.

—¿Qué es eso tan importante que me quieres decir, mi niña bonita?

A dos días de haber recibido su nombramiento y de asegurarse que no había marcha atrás —o lo que era lo mismo, que el niño Gabriel no había refutado la orden—, Regina se encontraba en el pórtico de servicio para dar la buena nueva a su casi primo.

—Te vas a caer de espaldas cuando te cuente, José Pedro. —Como siempre accesible, el joven acudió al llamado justo a la hora en que ambos podían desafanarse de sus tareas por un rato.

—Entonces deja que me apoye en la pared, no vaya a ser que me golpee tan fuerte que deje viuda a mi amor antes de tiempo. —Con toda intención se dejó caer hacia atrás, en la maniobra, se llevó consigo a la chica, que dio un alarido de sorpresa pues no esperaba su jugarreta.

—¿Alguna vez te he dicho que eres muy gracioso? —lo regañó un poco

pálida.

—¿Pero si me quieres así, verdad? —La miró con rostro solemne, con la risa contenida.

—No tienes remedio...

Ambos rieron con ganas, porque la suerte sonreía con ellos.

Desde su habitación, Gabriel escuchó las carcajadas y presto salió al balcón solo para constatar de quién se trataba... ¿O más bien lo hizo porque buscaba un pretexto para despedir a Regina? No. No podía hacerlo, tenía que respetar la decisión de su nana y también debía terminar con esa fea costumbre de atisbar por la ventana a la hora en que seguro presenciaria el intercambio amoroso de su nueva ama de llaves y su amante.

\*\*\*

—Buenos días, nana, ¿cómo pasaste la noche? —Sentado a la cabeza de la gran mesa del comedor principal, Gabriel y Gregoria compartían su primer desayuno en familia.

—Todavía no me acostumbro a mi lujosa habitación, hijo, aunque pienso que dentro de poco tendré que regresar a la mía a no ser que decida subir a gatas tanto escalón. —Jocosa se rio de sí misma, con ambas manos sobre sus rodillas adoloridas.

—Nada de eso. Antes de irme mandaré a redecorar la habitación del abuelo para ti. —Tenía alrededor de quince años sin uso y suficiente polvo acumulado sobre muebles obsoletos y lúgubres.

—¡Dios! Eso es mucho gasto.

—No importa. Quiero que la reina de la casa esté del todo cómoda, así que no...

—Buenos días. Perdón por la intromisión. —Regina entró al comedor, vestida con mucha propiedad, con su nuevo uniforme de ama de llaves confeccionado por ella misma—. Acaba de llegar este cable para usted,

joven.

—Gracias. —Fue la álgida respuesta.

Gabriel recibió el sobre de sus manos sin si quiera mirarla a la cara. La sonrisa de Regina desapareció al instante. El frío que irradiaba el joven patrón le helaba la sangre. Todo parecía indicar que nunca recuperaría su simpatía de nuevo. Le dolía mucho, pero aprendería a vivir con eso. A fin de cuentas, tenía el trato que se merecía toda sirvienta.

El famoso telegrama informaba que el ama de llaves de La Morenita, la hacienda sede de las cafetaleras de Caldas, había abandonado su puesto después de llevarse el gasto del mes y vaciar la despensa. Todo parecía indicar que esta se entendía con Andrés y ahora que él no era más su patrón, había caído en la cuenta de que ya no gozaría de privilegios.

«A grandes males...». Gregoria decidió de inmediato mandar a publicar la vacante en *La linterna* con la ayuda de José Pedro, que ya le había ofrecido su servicio personalizado para darle mayor celeridad. En la soledad de la cocina, mientras revisaba la caja con víveres que se llevaría Gabriel en el auto, recordó su explosiva reacción de horas antes:

—¿En verdad es necesario acudir a ese sujeto para resolver nuestros problemas familiares? —Sus ojos fulguraban como antorchas encendidas.

—Solo este, querido José Pedro, me ha asegurado que el anuncio saldrá en la edición de mañana, de otra manera tendríamos que esperar dos días —explicó con paciencia infinita—. También he resuelto acompañarte a La morenita. Quién sabe qué te vayas a encontrar a tu llegada con el esposo de Rufina enfermo y Rita recién parida.

—Me niego terminantemente, nana. Te hice la promesa de que jamás tus manos volverían a trabajar y lo voy a cumplir. —Poco a poco su tono se iba convirtiendo en rugido.

—Está bien, mi niño, no te sulfures. Entonces que vaya Regina, en ella puedo confiar para que estés bien atendido.

—¡De ninguna manera, nana! Me las puedo arreglar perfecto sin...

—Pues es ella o yo, decídelo ahora, jovencito.

La salida de los viajeros se dispuso para después del mediodía, Regina, con todo y sus nervios, se encontraba en la cocina con su pequeña maleta y la gran caja de provisiones para que el chofer las subiera al auto.

—¿Eso es todo, niña? —preguntó solícito el hombre mayor.

—Sí, Moisés. ¿Tú no llevas equipaje? —Le preguntó al ver vacío el asiento trasero.

—Yo no voy. El patrón quiere que me quede aquí para vigilar la casa y ayudar en lo que se le ofrezca a Gregoria.

Regina tragó gordo y abrazó el nudo de su estómago con ganas de salir en carrera libre de ahí; en eso, la puerta principal se abrió: Gabriel y Greg aparecieron en escena, embrollados en amena charla, ajenos a su tribulación.

Después de despedirse de su nana, el patrón se acercó al auto con su habitual soltura, envuelto en un impecable traje de lino crema, camisa blanca abierta al cuello y un sombrero panamá en el mismo tono del traje, que, por cierto, se le veía de locura. Saludó con frialdad a su ama de llaves, pero, con modales como siempre impecables le abrió la puerta del copiloto y la ayudó a que tomara asiento.

Con la bendición de Gregoria, los viajeros partieron con rumbo conocido hacia la región de Caldas, más allá de Manizales, y cinco horas de camino por delante.

Los primeros diez minutos de recorrido fueron los más largos para Regina, no sabía cómo iba a soportar las siguientes horas en el mismo tenor.

—¿Has estado...?

—¿Hace mucho...?

Casi cómico, los dos decidieron hablar al mismo tiempo; pareciera que sufrían del mismo mal.

—Tu primero —resolvió Gabriel, como todo un caballero.

—Gracias —«¡Qué pena!», se dijo Regina al pensar que ni si quiera tenía un tema de verdad para hablar; solo quería hacer conversación y que el

pesado silencio terminara—. ¿Cuándo fue la última vez que viajó a La morenita?

—Estuve en ella el año pasado, en mi visita anterior a Medellín ¿Tú has estado ahí? —preguntó interesado.

—En la hacienda no, pero conozco gran parte de la región de Caldas.

—Mencionaste que vives en La María... —recordó casi para sí. Pasarían por un lado del pequeño poblado, pero por desgracia era imperativo llegar cuanto antes a su destino.

Quince minutos después, Regina ya no tuvo más conversación banal para compartir, en cambio, podría pasar toda una eternidad hable que te hable de lo mucho que le dolía que tuviera esa fea opinión de ella, y de que le profesaba un profundo amor. Como si se pudiera...

A la mitad del tormentoso camino lleno de baches y deslaves, por las frecuentes lluvias, Gabriel decidió que tomarían un descanso. Pensó que a los dos les vendría bien estirar un poco las piernas y comer de esa canasta que les había preparado Gregoria para el viaje. Detuvo el coche en un bonito parador con mesas y bancos diseminados por doquier; estos recibían la sombra de las decenas de frondosos robles centenarios, testigos de los diversos dramas que traían consigo los visitantes. Por piso, una alfombra de verde pasto cubría el lugar, donde algunas parejas se encontraban tendidas, como en un día de campo. Con discreción, entre bocado y bocado, se prodigaban caricias y palabras enamoradas. Con rostro enfurruñado, Gabriel escogió la mesa más alejada de los arrumacos. No estaba de humor para presenciar tanto empalago. En cambio, Regina, en medio de una exhalación interminable, apenas si picoteó su plato.

Luego, como un acuerdo tácito, los viajeros continuaron el largo camino en el mismo absoluto silencio, solo que Regina supo sacarle partido y lo convirtió en una gracia: la gracia de poder admirar al dueño de su adolorido corazón a todas sus anchas; había personas que tenían mucho menos que ella. Entonces, permitió al olfato que se regodeara con las oleadas del aroma dulce

y a la vez picoso de su piel morena; a la imaginación, que jugara con sus sentimientos al empeñarse en soñar que eran por ella los hondos suspiros a su lado; y a la vista, gozarse en el movimiento de esas manos, que movían con firmeza el embrague en una cuesta o giraban el volante para tomar una curva o sortear una piedra, con la misma seguridad con que antes acariciaron su cuerpo sediento de él.

## CAPÍTULO IX

Cuando los rayos del sol se despedían con una última caricia en descenso por los altos muros de la casona, los viajeros por fin llegaron a La morenita. En cuanto el auto cruzó la gran reja de hierro, un jinete se acercó a él para identificar a sus ocupantes; al ver el conocido rostro del patrón, lo saludó con gran respeto y los escoltó hasta la entrada.

—Bienvenido, joven Gabriel, no sé si me recuerde, soy Alejo, el hijo de Rafa, el capataz.

—Por supuesto, Alejo, solo que ahora estás muy crecido —comentó sorprendido al ver al chico. Fácil, estaba un palmo más alto que el año pasado.

—Ya tengo dieciocho años, patrón —aclaró henchido de orgullo.

—Ha de ser por eso. Eres todo un hombre ya. —Sonrió con amabilidad. Le cayó mucho en gracia la actitud del chico—. Ella es Regina, el ama de llaves de Medellín.

—Mucho gusto, señorita. Mi nombre es Alejandro Díaz. —Se quedó con la boca abierta; en su vida jamás había visto chica más linda que ella.

—Igualmente, Alejandro, yo soy Regina Cano.

Sin humor, a Gabriel no le pasó desapercibido el certero flechazo de Cupido sobre el joven Díaz—. En el asiento trasero vienen las maletas y una caja con provisiones. ¿Dónde se encuentra tu padre ahora?

—En el campo. En cuanto meta todo, le avisaré que está aquí, patrón.

—De acuerdo. Dile que estaré en el despacho. —Luego se dirigió a su

compañera de travesía que, con terquedad, se había hecho de su equipaje—. Por aquí, Regina. Te mostraré tu habitación para que puedas instalarte.

Gabriel tomó de sus manos la pequeña maleta y se echó a andar rumbo a la entrada. A esta se llegaba por una ancha escalinata de diez peldaños, anotó Regina, fascinada con la vieja construcción. Delante, estaba el pórtico, entre cuatro enormes columnas redondas, con elaborados capiteles que sostenían su techo de tres aguas recubierto de teja de barro rojo quemado. Finalmente, en el muro de piedra donde empezaba la casa, al centro, lucía la gran puerta doble de madera labrada que llevaba al salón principal.

—¿Vienes? —preguntó Gabriel en tanto empujaba una de las hojas y se hacía a un lado para dejarla pasar.

Regina avanzó unos pasos, deslumbrada, se detuvo a admirar la lámpara de araña que pendía de una enorme cadena desde el techo del segundo piso. Sin lugar a dudas, tenía especial inclinación por ellas. Esta, en particular, le recordaba mucho al de su antiguo hogar en la región de Santander.

Como a quince metros de la entrada, exhibía su esplendor la escalera de cantera maciza, en tono rosa pálido, para subir a las habitaciones que desde su altura rodeaban el salón. Desde abajo se podía ver el corredor perimetral y las puertas estilo francés para entrar a cada una de ellas; una cuenta rápida le dio a Regina tres al centro, tres del lado izquierdo de la escalera y tres del lado derecho.

Su interés volvió a la planta baja cuando el joven se le adelantó y siguió de frente hacia la escalera. Sin cuestionarse la ruta, siguió sus pasos con los ojos puestos en el mobiliario que iban dejando atrás, de sobria elegancia, sin tantas mesitas y objetos decorativos como el salón de la mansión de Medellín, pero de apariencia tan comfortable que invitaban a permanecer ahí por largo rato.

—Esta será tu alcoba y la mía es la del medio. —Gabriel señaló la puerta que dividía las áreas a la exacta mitad, al tiempo que abría la primera de la derecha. Ahí mismo, en el quicio, entregó a Regina su valija.

—Pero, patrón, estos no son los cuartos de servicio —dijo sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—Lo sé. Ahora mismo esa área está en reparación —aclaró con una verdad a medias, en un tono que no admitía debate, como si su resolución fuera cosa de lo más normal.

La verdad era que la quería tener a la vista para mantener controladas las entradas y salidas de su habitación. Ya había suficiente desorden en la hacienda para que la chica le alborotara al personal. Ahí estaba Alejo como prueba de que cualquier medida que tomara, por absurda que pareciera, valía la pena.

—Como usted disponga, joven —comentó sin dudar de sus argumentos, aunque muy incómoda por la situación nada convencional.

—Si quieres, te puedes quedar a descansar. La casa puede esperar a mañana. —Se veía fatigada, a pesar del arrebol en sus mejillas y el brillo intenso de sus ojos.

—Preferiría de una vez desempacar lo que viene en la caja, señor; hay cosas que necesitan enfriarse para que no se pierdan —explicó con la vista puesta en sus pies, apenada por el insistente escrutinio de la verde mirada.

—Como gustes. Te mostraré la casa entonces.

Gabriel regresó sobre sus pasos a la planta baja a grandes zancadas y Regina detrás, casi volando. «Todo parece indicar que le urge deshacerse de mí», pensó desanimada.

—La puerta doble de enfrente es la biblioteca. —Señaló desde la entrada al comedor de la servidumbre— Y junto a ella está el despacho. Ahí estaré las próximas horas por si necesitas algo.

—Gracias, señor. —Se adentró un par de metros y de inmediato ubicó la caja de víveres que esperaba por ella sobre el piso de la cocina.

Regina dio una rápida ojeada a su alrededor. La cocina era el doble de grande que la de Medellín, aunque más rústica, pero contaba con todo lo necesario para ser cómoda y funcional hasta donde podía apreciar.

—Hasta mañana. —Gabriel interrumpió su recorrido visual para despedirse y poder alejarse de ella de una buena vez. En él había un conflicto entre lo que la niña aparentaba, la realidad de las cosas y lo que le hacía sentir, que descontrolaba por completo su armonía interior.

Ajena a las batallas de su patrón, Regina puso orden en la habitación, en cosa de dos horas, con la eficiencia digna de una experta; también hizo bocadillos y una jarra de fresca aguapanela y otra de café, para llevar al par de hombres que se encontraban en el despacho, antes de irse a dormir.

—Pase. —Gabriel aprovechó la interrupción para pasarse una mano por el cuello adolorido.

—Les traje algo de comer, señor. —Con paso firme se encaminó hasta el escritorio y descansó la pesada charola con el servicio en una esquina apartada de los libros dispersos. Fuera del gran mueble de pesada madera, el sillón donde se encontraba sentado Gabriel, el otro donde se encontraba el que debía ser el capataz, una salita de estar más allá y una enorme estantería de madera llena de carpetas marcados desde la A hasta la Z, en la habitación no había nada más. Sin duda, pensó Regina, era un lugar destinado para trabajar.

—Bien... Gracias —respondió Gabriel, gratamente sorprendido, pero con mucho cuidado de no demostrarlo. Había que reconocer que su nana la tenía bien entrenada—. Regina, él es Rafael Díaz, el capataz de la hacienda.

—Mucho gusto, señor Díaz. Soy Regina Cano, el ama de llaves de la mansión de Medellín.

Rafael Díaz era una copia en versión madura de Alejo, seguro por eso y por su sonrisa franca, le cayó bien de inmediato.

—El gusto es mío, Regina, estoy para servirle —dijo tocándose el ala de su descolorido sombrero de paja.

—Gracias. Buenas noches. —Hizo una pequeña reverencia y se retiró sin buscar el rostro de Gabriel. No quería llevarse de compañero a la cama su fría mirada.

—Ahora entiendo el entusiasmo de Alejo y su insistencia por venir acá esta noche. —Rafa sonrió divertido, sin imaginar que su comentario solo echaba más leña al fogón privado de su joven patrón.

Gabriel permaneció hasta cerca de medianoche en su despacho. Cansado, resolvió que nada ganaba con amanecer junto a los libros contables, mejor descansaría un rato y a primera hora de la mañana haría una inspección ocular para poder emitir un fallo acerca de las condiciones financieras y físicas de la finca; después le tocaría al resto de las cafetaleras de la zona de Caldas. Por fortuna, sus conocimientos eran suficientemente vastos, pero la llegada del nuevo administrador, experto en el ramo, sería determinante en su dictamen final.

—¡No! ¡Déjeme! ¡Se lo suplico, no me toque! ¡Suéltemeeee!

—¿Y esos gritos? —Fue suficiente unos segundos para que Gabriel entendiera que provenían de la habitación que ahora ocupaba Regina. Sin pensarlo dos veces corrió hacia ella y empujó la puerta para enfrentar al intruso que pretendía lastimarla—. ¡Regina! —gritó angustiado.

A tientas buscó el interruptor para encender la luz; un rápido recorrido visual le confirmó que solo se encontraba ella recostada en medio de la cama desordenada.

—¡Tranquila! —Se sentó en la orilla del colchón y la sacudió con suavidad de los hombros para despertarla.

—¡Hah! —gimió asustada.

Con grandes ojos despavoridos, Regina se sentó contra el respaldo, recogió sus piernas, se abrazó a ellas y empezó a mecerse en un movimiento continuo. Su mirada perdida recorrió todo a su alrededor, hasta detenerse en el hombre que la observaba con enervante seriedad.

—Yo... —No pudo hablar, el llanto histérico se lo impidió.

—¡Calma! Solo era un sueño, ya todo pasó. —Fue inevitable que la estrechara en un abrazo consolador y se perdiera en el aroma a jazmines de sus rubios cabellos.

Regina se prendió a la musculosa espalda con fuerza; sus imparables sollozos apenas le permitían escuchar la profunda voz, pero su olfato no tuvo pega en detectar el dulce aroma que irradiaba todo su ser; eso la hizo sentirse como en casa.

—¡Por favor, no me sueltes, Gabriel! —Su cuerpo se sacudía sin clemencia. Estar en los reconfortantes brazos era su solaz.

—Sh... No te soltaré —aseguró incapaz de abandonarla.

Poco a poco el llanto ceso, hasta que solo quedó la marca de humedad sobre el níveo rostro; fue entonces cuando Gabriel la apartó con suavidad para interrogarla.

—¿Estas mejor? —Con gentileza levantó su rostro y capturó sus irritados ojos esquivos.

—Sí. ¡Lo siento mucho! —¿Qué más podía decir? Era tan penoso su caso...

—¿Quieres que te traiga algo de beber? —Sus dedos pulgares enjugaron dos lágrimas que lograron escapar de su cautiverio.

—¡No! No... —Se apartó de él y se echó para atrás apenada con la mirada en sus manos inquietas sobre el regazo—. Ya le he dado muchas molestias.

—Es la segunda vez que presencio esto ¿Qué es lo que sucede, Regina? — Aunque la supiera una chica falsa y casquifloja, el terror que vio en su rostro hacía un momento era real, tangible y no podía ignorarlo.

—Prefiero no hablar de eso, joven —respondió determinante. Seguro su historia empeoraría su mala opinión de ella.

—Como gustes. —Era claro que a Gabriel le disgustó su falta de confianza. Se puso de pie con rostro ceñudo y la miró desde su altura—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. Buenas noches, Regina.

«Sí que es rara la niña, pero también por mucho, la criatura más hermosa que jamás hayan visto mis ojos», se dijo contrariado de camino a su habitación. Y vaya que había visto bastante hasta ahora. Sus constantes viajes le mostraban a menudo una variedad increíble de bellezas de diferentes razas, costumbres y religiones, pero esta chica era única.

Eran las cinco de la mañana cuando Regina se puso en pie. Decidida a darse una revitalizante ducha para activarse, se encaminó al final del pasillo, donde había visto el cuarto de baño y sin más trámite se tumbó la bata y se metió bajo el fuerte chorro que despedía la regadera. Nada la preparó para la desagradable sorpresa del agua fría sobre su tibia espalda; sin poder contenerse, emitió un alarido que retumbó entre las cuatro paredes.

—¿Regina, estas bien? —Esta vez Gabriel se contuvo de entrar en la pequeña habitación a «rescatarla».

—¡Joven Gabriel! —¿Qué hacía ahí? ¡Por Dios!—. Todo está en orden. En un momento salgo. —Su grito se escuchó ahogado desde el interior.

Regina se dio el baño más rápido de la historia. Sí que este había cumplido con su objetivo. Cuando salió, lo encontró yendo y viniendo por el pasillo, con los pies descalzos, vestido con solo el pantalón de su pijama y una toalla alrededor del cuello. Por poco se desmaya de la impresión al ver su hermoso cuerpo semidesnudo.

—¿Estas bien? —La miró con intensidad. «Que linda se ve, parece un gatito remojado después de un chubasco de octubre», pensó, fascinado con su belleza.

—Sí. Es que me agarró desprevenida el agua tan fría de aquí. —La tierna mirada y su sonrisa traviesa la desarmaron por completo.

—Lo siento. Se me olvidó que hay que echar a andar el calentador de agua. El sistema aquí es un poco más rudimentario. —Se percató que lo miraba sin parpadear, tal vez se preguntaba qué hacía ahí—. En mi baño no sale agua ¿Te importa si uso este?

—¿Perdón? —¡Demonios! Tenía que controlar sus ímpetus si no quería terminar avergonzada. Pero ¿cómo hacerlo con la visión del ancho pecho esculpido y cubierto de vello oscuro a un paso de ella?

—¿Que si te importa que me duche en tu baño? —repitió con paciencia.

—No... Por supuesto que no, joven —«Si quiere, yo lo enjabono... ¡Dios mío, por favor, que no lo haya dicho en voz alta!», mortificada, oró para sus

adentros.

—¿Te duele algo? —preguntó Gabriel al ver su rostro afligido.

—No ¿Por qué? —El ceño fruncido y su media sonrisa eran su perfecta cara de: «¿De qué hablas?».

—Por nada... ¿Me permites? —Señaló la puerta bloqueada por ella.

—Oh, sí, lo siento. —Por fin, Regina logró que sus pies la sacaran de ahí, con las mejillas como granas.

Después de pasar un buen rato revisando los libros en su despacho, Gabriel sintió hambre y decidió ir a la cocina para ver que había para desayunar. Conforme se acercaba, los deliciosos aromas alborotaron sus entrañas que crujieron exigentes. Detuvo sus pasos en el arco de la entrada, apoyó el hombro en el marco, se cruzó de brazos y desde ahí observó a Regina charlar animada con Rufina, la cocinera y Rita, su hija, acerca del menú del mediodía y los quehaceres de la casa sin que ninguna de las tres se diera cuenta. Había que reconocer que la niña tenía don de mando, a pesar de su juventud, a pesar de todo. Aunque en este caso le costara admitirlo, su nana había escogido bien.

—Buen día, joven Gabriel, qué gusto verlo por acá. —La cocinera fue la primera en descubrirlo.

—Lo mismo digo, Rufina, lástima que sea en estas circunstancias. —Se lamentó en tanto avanzaba.

—Sí, es una pena todo lo que ha pasado. Ojalá que esto no nos perjudique en el trabajo, patrón, lo necesitamos más ahora que mi esposo cayó enfermo.

—Claro que no, mujer —aseguró confiado—. Más tarde hablaremos del asunto de tu marido para ver cómo podemos ayudarlo. Ahora quiero salir a revisar las instalaciones y ver las condiciones en que se encuentra todo, pero antes necesito uno de esos desayunos *levantamuertos* que acostumbras a prepararme cuando estoy aquí.

—Se lo prometo para el lunes, patrón. Regina ya se me adelantó.

Hasta entonces, Gabriel había evitado mirarla de frente, pero en ese

momento sus ojos actuaron por si solos y buscaron el rostro de la joven, entonces puedo ver el instante mismo en que su blanca piel se tornó de un delicioso sonrojo, propio de las mujeres castas e inocentes «¿Eso se puede manipular a conveniencia?», se preguntó con rostro de extrañeza.

Más tarde, para la hora de la cena, se dispuso el imponente comedor de dieciocho sillas para agasajar al nuevo administrador y a su familia, que acababan de llegar. Ellos pernoctarían en la vivienda destinada para el puesto, cerca de la casa grande.

—¡Hola, Regina! —El hijo del capataz apareció de la nada con su gran sonrisa, cuando se encontraba atareada con la cena en el horno.

—¡Hola, Alejo!, ¿necesitas algo? —preguntó con un ojo al gato y otro al garabato, o más bien al asado de cordero.

—No. Solo he venido a saludar —aclaró con un suspiro al verla más hermosa con sus mejillas sonrojadas por el intenso calor del fogón.

—Oh, vaya. Pues si quieres puedes sentarte un rato. —Pasó el dorso de la mano por su frente sudorosa, que dejó a su paso un rastro blanco de harina—. Debo seguir aquí para vigilar que no se queme la cena. Si gustas, sírvete un vaso de agua de naranja, está muy fresca.

—Gracias. Serviré uno para ti también —dijo con su estilo desinhibido—. Esta buenísima. Seguro la hiciste tú —agregó en franco coqueteo.

Regina pensó que no le vendría mal un momento de compañía con un chico de su edad y su clase, aunque de momento no logró discernir si le agradaba o disgustaba su atrevimiento; lo que sí tenía claro era que su corazón ya estaba comprometido al joven Gabriel y, aunque nunca tuviera una oportunidad con él, así se quedaría por siempre.

—¿Cómo va todo allá afuera? —prefirió llevar la conversación a un tema neutral.

—Mejor de lo que pensábamos. —Sonrió ante la clara intención de la chica—. ¿Me aceptarías una invitación a tomar un helado en la plaza del pueblo cuando termines la faena? —Pero nadie le ganaba a terco. Sin poder evitar la

tentación, tomó una servilleta y la pasó con suavidad por la frente embadurnada—. Podemos dar una vuelta mientras conversamos y nos conocemos un poco ¿Te gusta la idea?

—¡Alejandro, qué raro verte por aquí! —Gabriel entró justo para presenciar lo que le pareció un momento de romántica intimidad entre sus empleados.

—¡Patrón! —respondió con la elocuencia de alguien que ha sido sorprendido con las manos en la masa—. Iba para los corrales y me desvié un momento para saludar a Regina. Si a usted no le importa, la he invitado a la plaza, cuando se desocupe, claro está.

«¡Bragado el chamaco!», pensó Gabriel molesto—. Ella no vino aquí a divertirse —respondió sin pesar. De pronto se escuchó así mismo como un tirano y eso lo incomodó—. Aunque supongo que puede ir si quiere —agregó con los dientes apretados, dato que no pasó desapercibido para el joven Alejandro.

—Entonces, volveré más tarde para ver si te animaste —dijo a Regina—. Con su permiso, patrón.

Lo dicho, la chica no perdía el tiempo, y eso le retorció las entrañas a Gabriel. De nada le servían sus absurdas medidas; con su carita de ángel sabía cómo enredar a cuanto hombre se le cruzaba en el camino.

—¡Joven, Gabriel! —repitió Regina al no obtener respuesta.

—¿Perdón? —preguntó hecho un lío de incordio.

—Usted dirá. Algo venía a decirme —le recordó.

—Sí. Lo sé. —Su mal modo era tangible. Si algo no podía ocultar, era su enfado, y sus tormentosos pensamientos no ayudaban—. Nuestra visita a La morenita se tendrá que alargar dos o tres días más —anunció.

«Se veía tan pequeña y frágil ¡Qué fácil sería someterla...!», Gabriel sacudió la cabeza para ahuyentar los terroríficos pensamientos que seguían atorados en la nueva conquista de la niña.

—¡Oh, vaya! ¿Puedo saber por qué? —preguntó con natural inocencia. Ajena a todo lo que elucubraba el cerebro de su patrón.

—Me acaban de avisar que entre martes y miércoles llegan de Estados Unidos los tractores que compré. He decidido que yo los recibiré. Si tienes inconveniente en esperarme busco la manera de que regreses a Medellín el lunes.

—¡No, joven! —brincó irreflexiva, como el niño al que le arrebatan su paleta—. Quiero decir, no tengo inconveniente en esperar —agregó más serena.

—¡Excelente! —Un repentino sentimiento de complacencia desplazó su enojo—. ¡Mmm! Eso huele muy bien... —De inmediato se descubrió con la guardia baja—. La cena es a las ocho —agregó con parquedad antes de darse la media vuelta y marcharse.

—Por supuesto, patrón —melancólica, Regina respondió a su amplia espalda.

Por un instante, como en la mañana a la salida de la ducha, había vuelto a ver al antiguo Gabriel con su maravillosa sonrisa; fue tan breve que se preguntó si no había sido su pródiga imaginación.

El administrador resultó ser un hombre de mediana edad. Algo en su voz y en su rostro lleno de cicatrices, le resultó familiar a Regina, incluso hubo un momento, mientras servía el asado, que sus miradas se enlazaron más tiempo de lo propio; eso la dejó pensando, pero al no repetirse el evento, lo olvidó. Cuando su madre y ella perdieron todo, también se esfumaron los «amigos» que alguna vez tuvieron.

—Papá, prometiste que esta noche no se hablaría de trabajo, así que, tendrás que esperar a mañana —dijo Estrella, la hija mayor de la pareja, con la mirada puesta sobre Gabriel, al tiempo que le rozaba la mano como al descuido—. Aunque el domingo es un sagrado día de descanso, se perdona dada la urgencia. —agregó con descarado coqueteo. Ella tampoco había escapado a su encanto, notó Regina con disgusto.

—Disculpa a esta jovencita mimada, Gabriel —se excusó el administrador.

—¡Papááá! —saltó la chica abochornada.

—Por mí no hay inconveniente, Estrella. Mañana, en tanto mi capataz les muestra los alrededores, tu padre y yo trataremos lo más urgente, como dices tú. Eso nos tomará dos o tres horas a lo sumo. —Gabriel desplegó su sonrisa rompe corazones para regocijo de las damas, pero a Estrella le regaló un delicioso guiño.

—¿Lo prometes? —tomó su mano y abatió las pestañas con maestría.

—Lo prometo —Gabriel levantó su mano libre con solemnidad.

—¿Qué pasa, niña?, ¿por qué vienes bejuco<sup>[15]</sup>? —Rufina preguntó sorprendida en cuanto la vio aparecer de mala cara en la cocina.

—No me haga caso, es que me golpeé en el codo al entrar.

A Regina no se le ocurrió otra cosa que decir, ni modo de salirle con el cuento de que se la estaban llevando los mil demonios de celos por la niñita «resbalosa y tentona». En definitiva, la mentada Estrella brillaba solo para el joven Gabriel y a él se le veía fascinado con ella y, aunque le doliera, tenía que reconocer que hacían una linda pareja.

Para la quinta vuelta al comedor, Regina ya conocía la vida y obra de la rutilante Estrella y sus pies punzaban de manera tan dolorosa que no creía poder dar paso al día siguiente.

—Niña, ya vete a descansar, yo serviré el café y limpiaré la cocina. Recuerda que mañana descanso y te tocará a ti sola atender al joven Gabriel. De suerte que las visitas ya están instaladas en su casa y...

—Buenas noches. Finita, Regina... —interrumpió la voz afable de Alejandro desde la puerta de servicio.

—Hola, hijo ¿Y ese milagro que vienes por acá?

—No es ningún milagro, Rufina, vengo por Regina para llevarla a la plaza a comer un helado. —Alejo venía echando tiros con su sombrero negro y sus botas bien lustradas.

—¡Ay, Alejo! creo que tendrás que disculparme. Estoy agotada. —Le daba pena el joven, pero nomás de pensar en la larga caminata se sentía desfallecer.

—Si hijo, esta pobre niña no ha parado desde las cinco de la mañana. —dijo, Rufina en su defensa.

—No tendrás que dar ni un paso más —aseguró, Alejandro—. Conseguí un fantástico transporte para llevarte y traerte de regreso. —Su mirada era de anhelo puro.

—Está bien —claudicó con una sonrisa. No podía seguir negándose—. Solo un rato porque debo levantarme muy temprano —aclaró. Aunque no le caería mal una distracción, además, le encantaba el helado, y el de ahí era el número uno de la región.

Cuál sería la sorpresa de Regina que, cuando salió por la puerta de servicio, no vio otra cosa que una amenazante bicicleta azul esperando por ellos.

—¿Ese es el vehículo del que hablabas? —Si no pestañeaba cuanto antes, estaba segura de que las niñas de sus ojos saldrían huyendo primero que ella.

—Sí, ¿qué te imaginaste tú? —preguntó Alejo un poco apenado.

—La verdad, nada. —En eso era sincera—. ¿Y dónde se supone que iré yo?

—No se supone, te llevaré entre mis piernas, sentada en la barra. —Señaló la pieza en cuestión y luego le enseñó cómo montarse—. ¿Qué tal se siente? —preguntó atento.

—Bien, creo. —Todavía faltaba que la echara a andar para poder opinar—. Tengo un poco de miedo...

—Te prometo que no permitiré que nada te pase ¿Lo crees?

—Sí. —Sin duda alguna respondió. Algo en la firmeza de su voz la hizo confiar.

La experiencia resultó de lo más gratificante para Regina, hasta el cansancio se le olvidó. Su nueva vida eran puras obligaciones y trabajo desde que el día amanecía hasta que anocheía y pasear en bicicleta, en compañía de un joven agradable, era un pequeño lujo que resultó ser un verdadero disfrute.

Pasada de la medianoche, las carcajadas provenientes del patio trasero alertaron a Gabriel que tenía un par de horas sentado en el salón principal, en

espera de su libertina ama de llaves. Igual que si tuviera un resorte en lugar de columna vertebral, se puso de pie y se encaminó como de rayo hacia la puerta de servicio, justo para presenciar el momento en que Jano besaba los labios mentirosos de la compartida mujercita.

A Regina la tomó por sorpresa el arrebato de Alejandro, porque no se le podía llamar de otro modo, dado que ella no había dado pie para esos avances, aunque nada tenía de malo compartir una inocente caricia con un joven de su clase; con él sí podría tener una oportunidad, si la deseara.

Por un momento, se permitió probar esa nueva experiencia, pero con pena descubrió que su corazón ni se enteró y las mariposas de su estómago siguieron dormidas. Había una diferencia abismal con los besos de Gabriel. Con suavidad, pero también con firmeza, empujó el pecho del joven para despedirse:

—Buenas noches, Jano y gracias por una linda velada.

—Gracias a ti por aceptar ¿Tú crees que...?

—Te esperan en tu casa, Alejandro —Gabriel los sorprendió cuando interrumpió la idílica despedida, desde el arco de la entrada, con las manos en jarras y la atronadora voz de mando.

—Sí, patrón. Hasta mañana —«Qué suerte la suya», don Gabriel parecía estar en todos lados.

—Hasta mañana. —Pasmada con el recibimiento, Regina se escurrió por un lado hacia el interior.

## CAPÍTULO X

El domingo, a pesar de la desvelada, Regina se levantó temprano a preparar el desayuno del patrón y, aunque solo estaban él y ella en la casa grande, encontró su nota sobre la encimera donde le indicaba que le sirviera en el comedor principal, cosa que ella terminó por agradecer.

Más tarde, se entretuvo con las labores de limpieza intensiva, que era claro tenían tiempo sin realizarse debido al proceso de cuarentena que estaba pasando Rita.

—Regina. —La agradable voz del administrador, que le hablaba desde el patio trasero, la sacó de sus tristes cavilaciones mientras limpiaba las ventanas exteriores de la planta alta.

—Dígame, señor.

—¿Me puedes regalar un momento?

—Por supuesto. Ahora estoy con usted. —«¿Sería que el patrón continuaba enfadado con ella y había enviado a su administrador para que la despidiera?», se preguntó de camino al hombre en espera de lo peor—. A la orden, señor —para su buena suerte, en el trayecto a la planta baja no se cruzó con Gabriel.

En cuanto estuvo junto al administrador, este la tomó del brazo con gentileza y la guio a una banca cercana, bajo la sombra de uno de los preciosos laureles negros que rodeaban el lugar—. Regina, ¿no me recuerdas?

—¿Nos conocemos? —preguntó con rostro de extrañeza.

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces? —envolvió las maltratadas manos entre las suyas con aprecio—. Soy Octavio Badillo, hija. El tío Tavo —informó con gesto emocionado y mirada expectante.

—¿Tío Tavo? —repitió incrédula—. ¡Tío! —Convencida, se arrojó en los brazos del hombre que había sido como un hermano para su padre—. ¡Estás vivo! ¿Cómo es posible eso? A mi madre le dijeron que habías perdido la vida en la revuelta donde murió papá. —Se aferró a sus brazos por temor a desfallecer por la fuerte impresión.

—Casi muero, hija, pero Dios decidió conservarme vivo, aunque por un largo tiempo hecho un desastre. La bala que recibí en la cabeza me borró la memoria temporalmente. Tardé dos años en que regresara —explicó. Su rostro reflejaba los sentimientos de pérdida de aquellos años llenos de oscuridad—. En el hospital de Boston, no solo recobré mi vida pasada, también recuperé a mi esposa y a mis hijas. Tú no te enteraste de nada porque estabas de interna en el colegio, pero Eleonor me abandonó, cuando Lucero apenas había completado los ocho años; ella no aprobaba ni mi lucha ni mi causa.

—¡Siento mucho todo lo que sufriste, tío!, pero eso ya quedó atrás ¿no es así? —Estaba presenciando un milagro; luego le contaría a su madre, no se lo creería.

—Dejemos de hablar de mí —pidió, con un paternal pellizco en la suave barbilla femenina—. Cuéntame qué pasó con ustedes, ¿por qué no las encontré por ningún lado a mi regreso? —Examinó sus laceradas palmas con mirada crítica—. ¿Por qué estás trabajando de sirvienta, mi niña?

—No sabes todo lo que pasamos, tío. —En pocas palabras, Regina le relató lo que fueron sus vidas a partir de la muerte de su padre. Sin darse ni cuenta, terminó con el rostro bañado en llanto.

—¡Pequeña, niña! si tu padre te pudiera ver, moriría de nuevo. —Sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y enjugó sus lágrimas con verdadera aflicción—. No puedo permitir que sigas trabajando de sirvienta. Hablaré con

Gabriel —declaró con determinación—. A partir de hoy me haré cargo de ustedes.

—Mi madre y yo no lo podemos permitir, tío, por favor, no insistas. Nos hemos forjado una nueva vida y nos va bien. —Oprimió sus manos con sincero afecto—. Te agradezco mucho tu bondad pero, si me quieres ayudar, guárdame el secreto ¡Por favor, te lo ruego!

—Cuenta con ello, pequeña, pero a cambio quiero que me prometas que, si tienes un apuro o una necesidad, me lo comunicarás de inmediato y me permitirás ayudarte.

Don Octavio envolvió en un abrazo fraterno a la niña que, por las tristes circunstancias del destino, se había convertido en una digna mujer de la noche a la mañana; a pesar de su negativa, él no estaba conforme con el arreglo. Resolvió para sí que ya encontraría la manera de ayudarla a ella y a su apreciada madre.

No muy lejos del reencuentro, un par de ojos verdes presenciaron toda la escena con creciente ira «¡El tonto de Badillo ha caído redondito en las redes de la pécora con rostro de ángel, cuerpo de perdición y alma oscura! Con sus lágrimas mentirosas lo tiene comiendo de su mano», rumió Gabriel, temblando como cazuela en la lumbre.

Horas después, Regina jugaba con la comida en el plato, demasiado cansada, sola y triste para tener apetito, con los sentimientos a flor de piel por el reciente enfrentamiento con el pasado y por la indiferencia del joven Gabriel.

—¿Qué dice la chica más linda del universo?

—¡Janooo! —expresó feliz por haber sido sacada de su miseria.

—¿Estás solita? —Aunque no se veía el auto del patrón por ningún lado, valía mejor preguntar.

—Sí. Pásale. —invitó haciendo a un lado el plato.

—Vengo a invitarte a dar una vuelta a caballo. —Los ojos marrones brillaron con entusiasmo.

—¿Arriba de un caballo? —Los ojos de miel se agrandaron por el miedo.

—Sí, a no ser que tú quieras cargarlo a él —sonrió con mofa.

—Muy gracioso...

—Tienes miedo... —Más que una pregunta fue una afirmación.

—Sí. —Convino sin dudar. En su vida se había subido en una bestia igual o parecida.

—Te prometo que nada malo te pasará junto a mí ¿Qué opinas? ¿Aceptas?

—De acuerdo. Déjame ir por algo más abrigador. —Con una revuelta como de bichos en el estómago, subió por su capa y, como era su costumbre en Medellín, cerró con propiedad la casa al salir.

Afuera ya la esperaba Alejo con las riendas en la mano, listo para ayudarla a subir al potro bayo, de nombre Silverio, que lo había visto montar el día que llegaron a la finca.

Por algunas horas, Alejandro condujo a la bestia en un suave galope por todos los alrededores, hasta que el cielo se tiñó de multitud de tonos naranja, y las cabeceadas de Regina fueron demasiado evidentes. Finalmente, con el cuidado digno de un galante caballero, en peso bajó de la montura a su compañera de paseo, frente a las puertas de palacio, deslizándola por su firme cuerpo con toda la intención de abrazarla. Pero como no todo era vida y dulzura en el paraíso terrenal, la felicidad llegó a su fin cuando, al segundo siguiente, apareció el comité de bienvenida formado por el furibundo patrón, con la puerta en la mano y el vigilante de la casona, Navor, agazapado detrás de él.

—¡Regina, entra! —ordenó. A pesar de que mantenía el brazo estirado hacia la entrada de par en par, Gabriel la vio dudar—. ¡Obedece, con un demonio! —gritó fuera de sí.

Ni un mago hubiera logrado mejor acto de desaparición que el vigilante y Alejandro cuando el patrón rugió como león enfurecido. Temblando por su incomprensible y violenta actitud, Regina avanzó al interior sin levantar la mirada; pasó de largo frente a él, rumbo a la escalera.

—¡Detente ahora mismo!, tenemos que hablar. No me fuerces a obligarte —agregó cuando no le vio intención de obedecer. Estaba tan enojado que no medía ni su tono ni sus palabras; no recordaba la última vez que se había sentido igual.

—Siéntate —le ordenó, haciendo un esfuerzo por contenerse.

—Estoy bien así...

—¡He dicho que te sientes, Regina! —Contra su voluntad admiró el rostro angelical, que se veía hermoso, rebosante de un saludable carmesí.

Sorprendida por el tono hostil de su patrón, Regina se sentó estudiando con la mirada su rostro crispado. A pesar de la tensión que se respiraba en el ambiente, no pudo dejar de admirar la galanura de Gabriel, enfundado en un bonito traje de montar, con las mangas del pantalón dentro de sus lustrosas botas negras; siempre, impecable y soberbio.

Con sus acostumbrados e inoportunos desvaríos se preguntó qué habría pasado si se hubieran conocido en igualdad de circunstancias. ¿Se habría fijado en ella? ¿Qué caso tenía torturarse con eso si nunca lo sabría? Ahora, no solo era la diferencia de clases sociales lo que los separaba: él era un hombre de mundo, mientras que ella era una pueblerina sin glamur, sin sofisticación, sin nada que ofrecer al acaudalado Gabriel Ponce de León.

—¿Qué demonios estás tramando con mi administrador?

Regina se estremeció de forma involuntaria al oír la atronadora voz demasiado cerca. Perdida en sus conjeturas, no se había percatado del cambio de escenario; levantó la cabeza y pudo ver al joven Gabriel de pie junto a ella; este la miraba con ojos fulgurantes.

—¡Por un...! —respiró profundo, no podía darse el lujo de perder la compostura—. Respóndeme, Regina. —Pero su cabeza proponía y su cuerpo disponía. La tomó con fuerza de los codos y la arrastró en el aire hacia él, o eso fue lo que le pareció a ella, porque de pronto no sintió el suelo debajo.

—Yo... —Aterida por la imagen amenazante, en cuanto sus pies entraron en contacto con la baldosa del piso, Regina dio tremendo zapatazo sobre la

punta de la lustrosa bota y, como por milagro, las garras de acero que la mantenían presa se abrieron. Dejando a su opresor en un brinco de dolor, huyó despavorida hacia las escaleras.

«No entiendo que rayos le pasa y tampoco pienso quedarme a averiguarlo», pensó, cuando corría sin descanso por todo el pasillo. Ya hablarían mañana, cuando estuviera más calmado; por ahora lo más sensato era desaparecer de la zona de fuego.

Justo a un paso de su puerta, una mano la sujetó con brusquedad de la muñeca; con el fuerte tirón, dio un giro y fue a dar contra el muro.

—¡Auch! ¡Eso duele! —rezongó molesta.

—Te lo advertí, no es mi culpa que salgas lastimada. Sobre aviso no hay engaño —declaró inmisericorde, a solo un palmo del rostro de la casquivana.

Gabriel la tenía arrinconada entre la pared y su cuerpo, su agitada respiración abanicaba sobre la pálida frente y su mirada llameante parecía querer calcinarla.

—¿Por qué está tan molesto conmigo, joven? —Valiente, decidió enfrentarlo. Ella era de agarrar al toro por los cuernos, siempre que no estuviera paralizada por el miedo.

—¿Y todavía lo preguntas? ¿Crees que voy a permitir que destruyas el matrimonio de Badillo por dinero o simple diversión? —Cada palabra salía de sus labios como masticada. Conocía por Roberto la difícil historia de esa familia, de sus desacuerdos y sufrimientos del pasado—. Me importa un carajo si te revuelcas con Sanclemente o con cualquier otro, con uno o varios a la vez. Lo que no puedo permitir es que una sirvienta de mi casa destruya el matrimonio de uno de mis empleados. ¿Te queda claro? —La diferencia de estatura lo hacía estar prácticamente doblado sobre ella, tan amenazador como se sentía aun sin tocarla.

—No puede ir por la vida acusándome de todas las bajezas que se le ocurran, señor —reclamó altanera y cansada de todo—. No entiendo...

—¡Claro que entiendes, Regina! —gritó. Qué ganas sentía de retorcer ese

cuello blanco y frágil—. Te aprovechas de tu belleza para jugar con los sentimientos de cuanto hombre se cruza contigo. —La acusó. La muy ladina lo miraba con su carita de ángel recién bajado del cielo. Sus intenciones de mantener el control salieron por la ventana cuando el aroma a jazmines inundó sus fosas nasales.

—¿Se ha vuelto loco? ¿De dónde saca tanta barbaridad? —preguntó ofendida. La opinión que tenía de ella no era mala, ¡era terrible!

—¡Sí, loco de rabia por tu desfachatez! ¡Me carga los co...! —Respiró profundo antes de continuar por ese camino de insultos y groserías, aunque ella se lo mereciera—. Cómo es posible que no respetes la sagrada institución del matrimonio, ni tu trabajo. Qué bien has sabido engatusar a mi nana para que te crea la mismísima reencarnación de María. Eso de la madre enferma seguro es uno de tus inventos para...

—¡Por supuesto que es verdad! —brincó indignada. Cierto era que no podía afirmar que nunca mentía, porque no era así, pero su mayor embuste no le hacía daño a nadie—. Mañana mismo me voy de aquí, joven —resolvió con hastío—. No es posible una relación de trabajo donde no hay confianza ni respeto. Así que, hágale como quiera; lo que sea no puede ser peor que soportar su maltrato y sus injurias. —Luchó por liberarse, pero la fortaleza la mantenía de pie en su sitio. Ahora tenía claro que no había manera de arreglo entre ellos; su amor por él era su condena, pero aprendería a vivir con eso lejos de su presencia.

—¡El respeto se gana, Regina!, pero tú te has dedicado a perderlo conmigo. —Con rudeza sujetó la barbilla femenina para impedirle que bajara la mirada—. No hay cosa en el mundo que me repugne más que una mujer como tú —continuó como envenenado—, desechable (Callejera, sin valor), que embauca a personas de buena fe como Gregoria y Badillo por diversión o quién sabe que otro malvado propósito —concluyó con dureza. Su gallarda nariz casi rozaba la de ella al escupirle sus verdades.

—¿¡Cómo se atreve a insultarme así!?! —gritó atormentada por el dolor.

Negada a oír más ofensas, Regina empujó el pecho de acero con fuerzas salidas de su herida sangrante y de un solo manotazo derribó la pila de insultos, literalmente hablando. Cuando se vino a dar cuenta, Gabriel sonreía con odiosa diversión, al tiempo que se tallaba la mejilla enardecida por la enérgica bofetada.

—Tú no te irás a ninguna parte —deletreó cada palabra en voz baja y profunda, mientras la niña permanecía anclada al piso. Su valiente actitud lo hizo recapacitar sobre la decisión de sacarla de sus vidas y de su casa—. Aquí te quedarás para que regreses conmigo a Medellín, en donde permanecerás bajo las órdenes de mi nana hasta que ella decida lo contrario. Te advierto que, si te atreves a abandonar tu trabajo o a hacerle una mala pasada a ella, te haré ver tu suerte. Recuerda que soy muy rico y poderoso y puedo convertir tu vida en un infierno con solo proponérmelo. —La tenía sujeta por los hombros con fuerza desmedida—. Te felicito por tu buen trabajo —ironizó—. En poco tiempo has logrado que Gregoria te quiera como a una nieta, pero por mi cuenta corre que no le causes ninguna pena.

—No me puede retener a la fuerza —aseguró orgullosa, como toda una Sampiers que no se rinde ante nada.

—Pruébame. —Por sus ojos cruzó un brillo de admiración que apagó al instante.

—Estoy dispuesta a lidiar con lo que sea antes que seguir viéndolo —lo retó con altivez.

—¿Ah, sí? —Una mueca perversa distendió sus labios—. ¿Hasta ir a la cárcel? Porque es ahí donde vas a ir a parar cuando te acuse de robo si insistes en marcharte sin mi consentimiento. —En definitiva, ya no era el mismo, menos cuando lo desafiaban.

«¿Cómo hemos llegado a esto?», se preguntó Regina con dolor de muerte en el corazón, al tiempo que se doblaba con la palidez de un difunto.

—¿Siempre si te lo vas a pensar? —No podía ver su mirada, pero su silencio habló por ella—. Así me gusta, preciosa. Te recuerdo que no eres

contrincante para mí.

—¡Te odio, Gabriel Ponce de León! —declaró con palabras nacidas de su desesperación.

—Créeme, no me interesa tener tu amor, pero sí tu respeto y tu obediencia, si no quieres conocer mi lado más oscuro —siseó en su rostro sujeta con fuerza de sus muñecas.

—¿Hasta cuándo voy a ser su prisionera, señor? —Un nuevo brío de carácter la volvió pendenciera.

—El día que mi nana conozca a la verdadera Regina, ya no querrá saber más de ti, entonces nos libraremos el uno del otro. —¡Qué ganas tenía de borrar a besos cada golpe de sus hirientes palabras!

—¿Está seguro de que no son hermanos de sangre usted y el joven Andrés? —Por unos segundos reinó la confusión en el atractivo rostro—. Cada día se parece más a él.

—¡No me compares con ese...! ¡Bruja libertina! —Esa mujer sabía dónde pegarle.

—Tiene razón, él es mejor persona que usted. —Con estoicismo soportó sin queja la presión de los puños de acero que torturaban sus brazos, pero no así sus ojos, que se dieron maña en derramar una lágrima.

—¡Largo de aquí! antes de que olvide que eres una mujer y yo un caballero —gritó fuera de sus casillas.

Con ademán despectivo Gabriel la liberó, en tanto observaba el brillo de sus lágrimas sin condolerse. Esta vez no caería en su trampa, ya sabía que eran tan falsas como su carita de ángel.

Regina no dudó en desaparecer de la zona de peligro. Vio tanto odio en la verde mirada que por primera vez sintió terror de él. En la soledad de su cuarto dio rienda suelta a su pena y desazón. Adolorida del cuerpo y del alma se preguntaba por qué, si ella siempre buscó el bienestar de su patrón, él le devolvía desconfianza y desprecio ¿Acaso era eso lo que se merecía por haber puesto sus ojos, tan alto? «¡Si nunca pasó de ser un sueño de cinco

minutos!», le dijo a su roto corazón. «¿Acaso quedaría marcada por una eternidad?». Quién le iba a decir, años después, que cabía toda la verdad en su triste razonamiento.

Al otro día, Regina se enteró de que Gabriel llevaría a las chicas Badillo a dar una vuelta en auto para que conocieran el pueblo y sus alrededores y luego comerían en la mansión. A fin de cuentas, ¿quién era ella para que tuviera la consideración de avisarle? ¡Nadie! Solo un detalle molesto que se sacudió en un dos por tres la noche anterior.

Horas más tarde, a la hora de la comida, todo era risa, coqueteos y suaves roces de manos entre el patrón y la señorita Estrella. Regina no sabía qué era peor, si su condición de invisibilidad o sus adoloridos brazos resentidos por lavar enormes cubrecamas para sofocar el dolor de su alma. También serviría no volver a ver a Gabriel, pero como para eso faltaban algunas semanas, decidió que se mantendría ocupada hasta el agotamiento.

Aunque su amor imposible la hubiera lastimado de muerte, no podía sacarlo de su corazón. Eso no quitaba que fuera muy duro verlo sonreír feliz con otra chica, sobre todo, porque para ella estaba negado cualquier acto de mínima simpatía de su parte. Tal vez si le aclarase todo...

¡No! No podía arriesgarse a perder su empleo, menos ahora que estaba tan bien remunerado. Se estaba comportando como una hija malagradecida y egoísta al pensar solo en su dolor y no en su pobre madre enferma y condenada a morir tan joven. Además, estaba el hecho de que cuando Rosalía se casara, se duplicarían los gastos de la casa al tener que pagar a alguien que cuidara de ella las veinticuatro horas del día.

—¡Inepta! ¿Ya te diste cuenta de que salpicaste mi falda de seda pura? — Furiosa a más no poder, Estrella la volvió al ahora de un violento tirón a su pelo trenzado, y se entrellevó el lazo que ajustaba con un moño el cuello de su blusa.

Sorprendida, Regina observó cómo se deslizaba el corpiño por su hombro sin poder hacer nada para detenerlo, maniatada con la pesada charola del

pastel de carnes.

Como metal imantado, sus ojos se encontraron con los del joven Gabriel; los de ella con signos de afligimiento; los destellos verdes opacados por el descubrimiento de su vil maltrato.

—¡Lo siento mucho, señorita! Ahora mismo vuelvo con un poco de vinagre y algodón para limpiar la mancha —habló de camino a la cocina con paso ligero.

—No tenías por qué ser tan ruda. —acusó Gabriel. Su primera reacción fue salir detrás de Regina, pero lo detuvo la voz chillona de Estrella.

—¿Por qué la defiendes? Ella solo es la sirvienta y se lo tiene bien merecido por torpe. —Se puso de pie con violencia para encararlo. Si esas tenían, ella gozaba de más derechos para estar furiosa.

—No apruebo ese proceder en contra de nadie, menos de las personas que están a mi servicio —comentó atormentado por la reciente visión de su propia barbarie—. Así que te voy a pedir que cambies tu actitud. —El tono que utilizó era el de una orden.

—¡No puedo creer que me hables así y por causa de la sirvienta! Esto es muy humillante. Ahora mismo nos vamos. ¡Lucero, acompáñame! —ordenó a gritos a la estupefacta hermanita que seguía en su asiento sin entender lo que pasaba.

—¡Espere, señorita! ¡No se moleste, por favor! Le aseguro que la mancha desaparecerá de...

—Déjalo ya, Regina. —La voz de Gabriel se escuchó cansina. En su cabeza daba angustiosas vueltas algo mucho más importante por resolver.

—¡En verdad lo siento, joven! No fue mi intención molestar a la...

—Regina, ¿yo te hice eso? —la interrumpió de nuevo. Dio unos pasos hacia ella con los ojos puestos en el hombro ya cubierto. Su mirada denunció el dolor que le causó el verla retroceder—. No te haré daño, lo prometo. —Levantó su rostro y la vio a la cara con ojos atormentados—. ¡Lo siento! ¡En verdad lo siento mucho! —Era consciente de que no había disculpa que

perdonara el maltrato que le dejó severas marcas en su cuerpo. Antes que nada, ella era una mujer y él, un hombre que la doblaba en peso y estatura.

—Así es mi piel, delicada, por todo se...

—No sigas. ¡Por favor! Esto nunca debió suceder. —Dejó caer su mano, pues la suave piel le quemaba como brazas—. Disculpa —Se marchó cabizbajo. Era increíble que todavía lo justificara por su abuso. ¿No se suponía que ella era la mala del cuento?

## CAPÍTULO XI

*En alguna parte a las afueras de la ciudad de Medellín...*

—Te casarás con la hija de Daniel Olaya, quieras o no y eso tiene que ser antes de que todo el mundo se entere de que el viejo desgraciado no te dejó ni un quinto partido por la mitad. La mísera mensualidad que recibo no nos alcanza para darnos la vida a la que estamos acostumbrados.

Doña Andrea estaba que echaba humo por la nariz de rabia. Daba vueltas como fiera enjaulada en el pequeño cajón que tenía por sala de su nueva casa. Habían perdido todo, todo por la culpa de su insensato hijo. Ver a Moisés acarreando el último baúl con sus pertenencias había recrudecido su rabia hacia todo: ni su hijo se salvaba de ella.

—¿Y por qué mejor no quitamos a Gabriel del medio, definitivamente?, así tú heredarás su fortuna y el asunto queda resuelto.

—¡Te equivocas, querido, por él me enteré de que tu padrastro decidió que, de ocurrirle algo, su fortuna pasaría a las instituciones de beneficencia! —susurró con amargura. Podía escuchar al chofer y a su sirvienta arrastrar por el piso del sótano la pesada caja de madera y lámina. Ver a su hijo desparramado en el sillón sin ocuparse tan siquiera de eso la tenía emponzoñada—. Eso sucedió porque nunca quisiste sacrificar tu estilo de vida para complacer al viejo —lo acusó—. Te esforzaste por molestarlo y ridiculizarlo en sociedad hasta el cansancio y eso él nunca te lo pudo perdonar. —Reconocía que su hijo tuvo muchas oportunidades—. Ahora, estas son las consecuencias de tu egoísmo desmedido. Me has llevado entre

los pies a mí, que no he hecho otra cosa que preocuparme por ti. —En ocasiones le daban ganas de olvidarse que tenía un hijo.

—¡Ya! Párale a tu cantaleta que me estás mareando.

—¡Pues te aguantas! ¿Cómo la ves? —le respondió colérica. Con su hijo podía ser una pesadilla si se lo proponía.

—Haré lo que tú quieras, pero te advierto que algún día me vengaré de ese desdichado y será donde más le duela. —Se abstuvo de decir nombres porque en ese momento reapareció el sirviente de los Ponce de León por detrás de ellos rumbo a la salida.

—Con el dinero de tu mujer podrás hacer lo que quieras, nada más cuídate de no echar a perder eso también, porque esta vez no arriesgaré el pellejo por ti —sentenció la dama cansada.

—Sí. Como sea... —agregó Andrés con aburrimiento.

\*\*\*

En vista de que, para bien o para mal, seguiría atada a la mansión de Medellín por un largo rato, en cuanto regresó de Caldas, la resignada Regina se dedicó a aprender todo acerca de sus nuevas actividades como ama de llaves. A pesar de su corazón marchito se dispuso con verdadero ahínco, tal como su madre le enseñó a hacer todo.

—Señorita Regina, afuera la busca un joven de nombre José Pedro.

—Gracias, Mica —dijo de camino a la puerta. Micaela era la nueva empleada que se encontró a su regreso del viaje. Gregoria la había contratado para suplirla a ella en sus anteriores labores.

A través del cristal alcanzó a ver el rostro siempre sonriente del novio de su prima, que atento a su llamado acudió de inmediato.

—¿Qué dice la niña más linda de Colombia? —preguntó feliz de verla en cuanto puso un pie afuera.

Sin responder al saludo, Regina se arrojó en sus brazos, deseosa de ser

consolada.

—¿Tan mal te fue, eh? —Desde el principio supo que no era buena idea su viaje.

José Pedro se sentía atado de pies y manos para protegerla de los golpes al corazón si ella no le permitía actuar. Aunque tal vez ahora si pudiera conseguir algo.

—Y lo que le sigue, José Pedro. —Los siguientes diez minutos se dedicó a narrarle los cuatro días anteriores, que fueron el cielo y el infierno juntos. Claro estaba, omitiendo la parte donde el joven Gabriel la amenazó con dureza para que no abandonara el puesto.

—¿Por qué no te decides a confesarle toda la verdad a ese papanatas? —la interrogó con furia contenida.

—Ahora menos que nunca lo haré, primo; con este nuevo sueldo ya no tendré que preocuparme más por estirar el dinero para pagar los gastos de la casa y los medicamentos de mamá.

—Ahora que te cuente la buena nueva, podrás buscarte otro empleo lejos de aquí —dijo con ojos brillantes.

En pocas palabras, José Pedro la puso en antecedentes de su ascenso y del futuro promisorio para él y su nueva familia—. Quiero que renuncies. Yo te ayudaré a cubrir los gastos que hagan falta —declaró resuelto.

De inmediato acudió a Regina el recuerdo de la amenaza de Gabriel, pero, aunque pudiera renunciar a su cargo, de igual forma no lo haría, José Pedro y su prima tenían derecho a iniciar su vida de casados sin lastres que se la hicieran más pesada.

—Por supuesto que no acepto. En unas semanas el joven Gabriel regresará a Europa y no lo veré en un año. Para su regreso, mi enamoramiento habrá pasado y él ni si quiera me recordará —dijo con dolor, con las manos en puños sobre su pecho para aliviar su corazón.

—Pero, Regina, para qué exponerte más, cuando...

—¡Pero, Regina, nada! Fin de la discusión. —Lo que debía hacer era acabar

con las confidencias, solo inquietaba al pobre hombre con sus dramas.

Y no tuvo que esforzarse mucho para tranquilizar a José Pedro. Los últimos veinte días del joven Gabriel en Colombia casi ni lo vio. Este entraba a la mansión y salía de ella, en sus «ires y venires» por todo el país, en su ardua tarea de atender los negocios y divertirse; como debió de haber sido desde un inicio según las tradicionales «vacaciones de verano».

Una ojeada a la página principal de *La linterna* era suficiente muestra para enterarse de los pasos que daba el joven millonario Ponce de León. Casi de diario salía fotografiado en fiestas de sociedad y casinos, con una bella mujer colgada del brazo.

Una noche, pasada de las doce, en la víspera del viaje de regreso del patrón a Europa, Regina se despertó con un estruendo de cacerolas en la cocina. Temerosa de que se tratara de un intruso, se encaminó con sigilo hacia el lugar, armada con el atizador de la chimenea olvidado detrás de la puerta del pasillo; nunca antes se había imaginado que lo portaría como arma de defensa personal.

En la oscuridad, pudo descubrir al invasor trastabillar de un lado a otro de la habitación. Temblando de pies a cabeza, se acercó unos pasos, con la barra de acero lista para atacar al sujeto, de ser necesario, cuando...

—¿Dónde demonios dejaron el interruptor de la luz?

—¡Joven Gabriel! ¿Qué hace en la cocina? —Regina preguntó asustada de sí misma por lo que estuvo a punto de hacer.

Justo a tiempo de que terminara mal herido por su causa, su pastosa voz le advirtió que se trataba de él. De inmediato encendió la luz y pudo constatar también su inusual estado inconveniente.

—Vengo por un vaso de leche —respondió sin siquiera mirarla.

—¿Viene de la calle? ¿Así anduvo conduciendo su auto? —Quiso saber, alarmada de solo imaginarlo.

—Sí y no —bromeó divertido—. Sí, voy llegando de la calle y no traía mi auto. Me trajo una pelirro... Por favor, sírveme leche y deja de hacer tantas

preguntas. —Que lo ayudara en algo la pequeña entrometida.

Y la muy ilusa de ella que creyó que el joven se había guardado la última noche en Colombia para pasarla tranquilo en casa, pues su auto nunca se movió de la cochera.

—Ahora mismo, patrón.

Después de beberse la leche de un solo tirón, Gabriel se encaminó a la puerta con pasos zigzagueantes.

—Permítame ayudarlo, joven. —Se apresuró Regina en su auxilio.

Tomó su brazo, se lo pasó por los hombros y con la mano libre abrazó su duro talle para emprender el largo recorrido a la habitación. Era demasiado alto y pesado para ella, pero tendría que encontrar la forma de que él también cooperara.

Subir las escaleras fue una obra titánica. Al fin llegaron a la puerta de la alcoba, solo que él parecía resuelto a no caminar.

—¡Vamos, joven!, dos pasos y habrá llegado a su cama —rogó agotada por el esfuerzo.

Cuando intentó acostarlo, Gabriel la arrastró con su peso. Fue un accidente, fue a propósito... el caso es que terminó tendida cual larga era sobre él.

—¡Hermosa, Regina! Sí eres tú... Creí que eras una alucinación. —Con dificultad, Gabriel alargó una mano para tomar la larga trenza y acercarla a su nariz—. ¡Mmm! Aroma a jazmines después de una llovizna de junio.

—Joven, será mejor que me marche. —Con las palmas abiertas sobre el fuerte latido se enderezó lo más que pudo para poner distancia entre ellos, pero solo consiguió que las caderas se adosaran cuando una mano la retuvo de la cintura con firmeza.

—Estoy seguro de que, al igual que yo, no quieres irte. Estas aquí para darme mi despedida ¿Te atreves a negarlo? —Según él tenían una cuenta pendiente y era buen momento para saldarla.

—¿De qué está hablando? —preguntó en un susurro, sin voluntad ni fuerzas para detenerlo cuando advirtió que la giraba para quedar atrapada debajo de

él—. ¡Por favor, déjeme ir! —pidió con un hilo de voz.

—¡Oh, vamos! ¿A quién tratas de engañar? Sé que te gusto tanto como tú a mí —aseguró agitado. Qué delicia era tenerla así, a su merced, aunque negara con sus labios lo que sus ojos pedían a gritos.

—Esto es un error, joven Gabriel —declaró más asustada del despertar de sus ansias que de las intenciones de él.

—Error es que finjas inocencia cuando los dos sabemos de lo que eres capaz —reviró en tono suave, pero con palabras crueles.

Sin esperar más invitación, Gabriel inclinó la cabeza para devorar, con sus desesperados anhelos, los rojos labios que una vez probados no podía dejar de codiciar; en tanto, Regina oraba al cielo por fuerzas para resistir la tentación de la carne, porque lo que habría de significar todo para ella, para él sería tan solo una noche de lujuria que, seguro, en la sobriedad del mañana, habría de dejar en el olvido total.

Las caricias expertas lograron debilitar la endeble voluntad de Regina. Su suave jadeo dio acceso a la lengua veleidosa que con agilidad y maestría se posesionó del interior de su boca que aguardaba por ella. Justo cuando las lenguas se unieron, su cuerpo sintió una necesidad casi enfermiza de entrar en contacto con todo el cuerpo de Gabriel. Con manos desesperadas se sujetó de su nuca y de su talle y dejó a su instinto fluir. Con una intensidad desconocida para ella levantó sus caderas y se presionó a la rigidez de él con un gemido casi salvaje.

—¡Regina! Te deseo como un loco. —Se escuchó la ronca voz en un jadeo liberador.

Gabriel declaró enardecido ante la respuesta apasionada de la niña. Al igual que él, necesitaba que agonizara en ese mar de sensualidad; que sintiera ese delicioso calor invadir sus extremidades, su vientre; que se formara un caos en su mente al extremo de divagar en la demencia del erotismo puro. Ya no pudo contenerse más, sus manos viajaron a la parte baja del camisón de dormir y de un solo tirón se lo sacó por la cabeza, para dejar ante su sedienta

mirada la silueta femenina más increíble y perfecta, creada para lucir desnuda sobre su cama.

—¡Preciosa niña! Mi ángel sensual y seductor; me salvaste de la ruina material, pero ¿quién me salva de tu esclavizante hermosura? —Con ojos, manos y labios ávidos devoró cada centímetro de la grácil figura de ida y vuelta, al tiempo que se arrancaba la ropa para igualar circunstancias.

Regina ya no quiso pensar, se dedicó a gozar cada paso del maravilloso proceso de ver al descubierto el escultural cuerpo de Gabriel. Sus oídos se deleitaban en la poesía que brotaba de los labios de pecado contra su piel estremecida por las húmedas caricias. Por momentos, los ronc jadeos sustituían las frases entrecortadas como maravillosa música de fondo. Estos le hablaban de deseo crudo y desesperado, pero más, su hombría, que insistente se tallaba en su bajo vientre y se blandía poderosa a la pasión que ella le despertaba.

Temeroso de perder la cordura por lo intenso de su templazón, Gabriel se deshizo de la prenda íntima que lo separaba de la gloria; se abrió paso entre el par de níveas piernas y se adentró con fuerza en sus profundidades.

Regina ahogó un grito de dolor, nada la había preparado para su primera vez y su cuerpo tenso se tornó rígido al instante y, aunque Gabriel era un hombre con suficiente experiencia, su estado de embriaguez y tensión acumulada durante semanas le hizo descarrilar el poco control que le quedaba; bloqueó su sentido de percepción y se lanzó con todo al remolino irrefrenable del clímax. Por maravillosos segundos solo fue un ser salvaje a la caza del impulso violento de la liberación.

Después del dolor inicial, Regina pudo tomar conciencia del deleite que Gabriel disfrutaba en ella, en su cuerpo. Lo sintió dentro de su ser: la llenaba por completo; lo sintió temblar y sacudirse con espasmos que seguro eran de placer, porque sus gemidos y jadeos fueron de indiscutible gozo.

Antes de esa noche, no sabía gran cosa acerca de la íntima unión de un hombre y de una mujer que no significara pecado fuera del matrimonio, pero

su amor por Gabriel era tan grande que se había entregado a él a pesar de faltar a sus arraigadas creencias. A partir de ahora estaría impedida para el matrimonio, pero lo prefería a la imposibilidad de vivir esa increíble experiencia en los brazos de su amado. Por el lapso de unos minutos, él fue suyo por entero.

Esa noche se quedaría para siempre grabada en su cabeza, como la tinta purpura del murex[16] sobre el papiro. Cada jadeo, cada gemido, cada espasmo de placer del hombre amado estaría en su memoria mientras vida tuviera.

La experiencia para Gabriel fue tan intensa y gratificante que, casi de inmediato, se quedó dormido; en cambio, Regina, temerosa de ser sorprendida en esa habitación, solo permaneció unos segundos para admirar el rostro relajado y satisfecho, como el de los niños de la plaza del pueblo después de terminar su soñada ración de algodón de azúcar. Cinco minutos duró su gozo, luego se vistió y salió con cuidado de no ser sorprendida en su pecado de amor.

\*\*\*

—¡Pero, hijo! ¿Qué haces aún en la cama? —A la mañana siguiente, Gregoria irrumpió en la oscura alcoba de Gabriel, preocupada al no verlo deambular por la planta baja en espera de la hora de su partida—. Levántate y arréglate de inmediato si no quieres perder tu barco —ordenó inmisericorde mientras abría las cortinas para que entrara la luz del día; entonces se dio cuenta del desorden que habitaba en el lugar. Encontró prendas de vestir, regadas por todo el piso, que recogió a su paso sin mirar al sujeto en cuestión—. Abajo ya se encuentra Roberto para llevarte a la estación. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Arriba, flojonazo! —gritó apresurándolo con el golpe de sus palmas.

—¡Aaah, nana! —rugió como oso cuando es despertado a mitad de su

período de hibernación. «Qué manera de ahuyentar mi increíble sueño», se lamentó con un gran bostezo—. ¿Qué hora es? —preguntó desperezándose como felino satisfecho.

—Hora de que te levantes si quieres llegar a tiempo antes de que zarpe tu barco —recitó impaciente. «¿Qué sucede con este muchacho?», se preguntaba una y otra vez. Tenía días comportándose de forma impropia en él.

—¡Que me cuelguen del mástil! —expresó Gabriel pasmado. No esperaba ver su cuerpo al desnudo cuando apartó la sábana que lo cubría.

—¿Cómo? —preguntó Gregoria que lo miraba por primera vez desde que había entrado al cuarto.

—Nana, estoy en cueros, voltéate, por favor —ordenó huraño, sentado sobre el colchón, con la sábana apretada a su vientre, como si temiera que se la arrebataran.

—Conozco tu cuerpo mejor que el mío —replicó de inmediato. «Pensándolo mejor, no», se dijo divertida. No veía desnudo a Gabriel desde que era un niño de primaria—. ¡Está bien!, me volteo, pero levántate de una buena vez.

Gabriel ya había decidido salir de la cama enrollado en la tela; tenía bastante con su consternación para seguir con la discusión. «¿Acaso me acosté tan ebrio que no atiné si quiera a ponerme la ropa de dormir? ¿O mi sueño de anoche fue real? Naaa... Eso no puede ser... ¿O sí?», se preguntó por completo confundido de camino a la ducha.

Buena sorpresa que se llevó Gregoria cuando se dispuso a poner orden en la ropa de cama de su niño; ahí estaba la evidencia de que Gabriel había tenido compañía femenina la noche anterior. Ahora solo faltaba saber a quién había desflorado el muy bribón. Como seguro del él no obtendría respuesta, más valía que se pusiera por su cuenta a averiguar. Solo esperaba que esto no trajera consecuencias graves. No pudo evitar recordar la triste situación que había vivido junto a su hija años atrás.

—Necesito preguntarte algo, querida. —En cuanto escondió el bulto de la ropa sucia de cama en su habitación, Gregoria se dirigió a la cocina y apartó a Regina del resto de los empleados reunidos para tener más privacidad.

—A la orden...

—¿Sabes si anoche Gabriel regresó a casa acompañado de una dama?

—Nooo... que yo sepa. ¿Por qué? —«¡Dios!, que no sea lo que estoy pensando», rogó mortificada.

—Por nada en realidad. Me pareció oír voces aquí abajo.

Gregoria observó con verdadero interés los atormentados ojos de miel como si esperara una confesión, que por supuesto nunca llegó. Con la edad no solo se adquieren canas y arrugas, también mucha sabiduría acompañada de malicia.

Regina se quedó tranquila al ver que su patrona dejaba el tema en paz, lo que ignoraba era que la nana tenía muchos años de marquesa para no saber mover el abanico.

—Hazme un favor, niña. Lleva al salón suficiente café y bastante de esos panecillos recién horneados para que Gabriel no se embarque con el estómago vacío.

—Ahora mismo le digo a Mica que lleve el servicio.

—No, prefiero que lo hagas tú, querida. —Todavía ni empezaba su experimento y Regina ya estaba reprobada—. La chica nueva es algo lenta —susurró con complicidad. Sabía que se había escuchado sincera porque había algo de cierto en su comentario.

Cuando Regina llegó al salón, tres pares de ojos voltearon a verla. Roberto, con su característica sonrisa de mofa; Gregoria, con mirada analítica; y Gabriel, con una gran interrogante en el verde jade de sus ojos. Sin poder aguantar por mucho tiempo la tensión del ambiente, se apuró a servir tres tazas del aromático café para salir del lugar cuanto antes.

—Espera, hija —dijo Gregoria en cuanto le vio la intención de marcharse —, aguarda un poco más mientras despedimos a Gabriel. Estará fuera por un

largo año y seguro querrás desearle feliz viaje.

—Pero yo... —guardó silencio, Gregoria ya no la escuchaba, en ese momento abrazaba a su adorado niño y le daba una infinidad de recomendaciones como si se tratara de un pequeñín.

Regina tenía ganas de salir huyendo de ahí; la tristeza profunda de ver partir a su amado era insoportable; para remate tenía la desastrosa idea de que todo el mundo sabía su nuevo secreto, en especial el joven Roberto, que la miraba de una manera muy insistente.

—Regina...

—Le deseo un buen viaje, joven Gabriel —lo interrumpió. Por breves segundos sus ojos se engancharon en un intercambio privado, solo de dos—. Cúidese mucho —dijo casi en un susurro—. Adiós, señor.

Sin importarle su impropio proceder, Regina dio la media vuelta y salió huyendo del salón, antes de que las lágrimas la delataran. Su inapropiado comportamiento no importaba, a fin de cuentas, solo actuó como se espera de una sirvienta, al igual que la noche anterior, que se había metido en la cama de su patrón para darle la solicitada atención. El dolor de dejarlo era insoportable. Tal vez nunca lo volviera a ver... «Qué dura es la vida de los invisibles, sin derecho a soñar porque se paga muy alto el precio de la osadía», fue su tortuoso pensamiento mientras se alejaba de su imposible amor.

Después de la partida del joven Gabriel, Regina no tuvo fuerzas para regresar a las labores, se fue directo a su habitación a rumiar sus penas. Gregoria estaría fuera el resto del día, así que no habría mucho por hacer que no pudiera resolverlo Mica. De camino cargó en brazos a Adonis, que vivía en la mansión desde que se lo había traído su amo de Guatapé. Había estado dos días perdido, seguro andaba en la rumba<sup>[17]</sup>, como su dueño, porque apareció todo flaco y desmelenado.

En la intimidad de sus cuatro paredes, lloró y lloró hasta el cansancio. Al entregar su cuerpo a Gabriel, le había entregado hasta el alma, ya no había

salvación para ella ¿Quién podía vivir sin alma?

—¡Regina, niña! Qué bien hice en cancelar mi visita, algo en mi corazón me decía que no te encontrabas bien —Gregoria habló desde el arco de la entrada, donde se encontraba de pie, con cara de afligimiento.

—Greg, ¿qué haces aquí? —Levantó la cabeza y la miró con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Y todavía lo preguntas, niña? —Había avanzado unos pasos, pero se detuvo en seco para responder con los brazos de par en par, en un acto de completa incredulidad—. ¿Por qué poner tus ojos tan alto, hija?

—¡No me despidas, por favor! —Sin pensar en lo que hacía, se arrojó a sus pies desconsolada—. Ahora menos que nunca me puedo quedar sin empleo.

—Jamás haría eso. Eres una persona muy querida para mí. —La ayudó a incorporarse y la instó para que regresara a la cama; ella se sentó a su lado sin soltarla.

—Yo también te quiero mucho, Greg. ¡Perdóname, por favor! —La miró a los ojos con desconsuelo—. No puede evitar enamorarme del joven Gabriel, en verdad lo intenté, pero no pude, mi corazón se entregó a él desde el día que lo conocí y ya no pude sacarlo de aquí. —Se golpeó el pecho repetidas veces, como si con eso pudiera reprenderlo para que no siguiera actuando con insensatez.

Su dolor era tan grande que sentía que se ahogaba. Si no fuera por su madre —a buena hora la recordó— sería lo mejor que le pudiera pasar.

—No tengo nada que perdonarte, hija, te entiendo muy bien. —Si esas palabras le dieron consuelo, las siguientes le robaron por completo la calma—. Hay algo que me está torturando las ideas, mi niña. ¿Te cuidaste? —Como suponía, la mirada de miel no podía ser más clara e inocente. Regina no tenía ni idea de qué le hablaba.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—Cabe la posibilidad de que hayas quedado embarazada, hija. —Era su obligación sincerarse con ella.

De suerte que la niña estaba sentada cuando entendió la idea, porque su palidez fue alarmante. Gregoria reforzó su abrazo para evitar que se desplomara al piso.

—¡No! Eso no puede ser. —Con su cabeza negaba una y otra vez—. Yo no puedo tener un hijo... —No ahora que su madre estaba tan enferma. En otras circunstancias hubiera sido el mejor regalo del cielo.

—¡Hija de mi corazón! —«Pobre chica, que vida tan dura le tocó vivir», Gregoria se lamentaba sin saber a ciencia cierta, cuánta razón tenía, porque lo que ella conocía, apenas era una pequeña muestra de su trágica historia.

—¿Qué voy a hacer, Greg? —preguntó con sus grandes ojos como abismos de incertidumbre.

—Por lo pronto vamos a calmarnos y a esperar que Dios y el tiempo nos den la respuesta.

Gregoria permaneció con Regina por más de una hora, abrazándola, enjugando sus lágrimas silenciosas y dándole palabras de consuelo, pero la verdad de las cosas, sentía que el mundo se le cerraba de pensar que el drama que había vivido con su hija se pudiera repetir de nuevo.

\*\*\*

—¿Y bien, conseguiste aclarar tu mente cuando viste a la preciosa Regina?

Con la máquina a todo lo que da, el siempre dispuesto Roberto interpelaba al mal encarado de Gabriel al tiempo que lo conducía a la terminal del tren que lo llevaría a puerto para embarcar. Ya tenían treinta minutos de retraso, pero hasta ahora no había nada que no pudiera resolver el osado amigo.

—¡No, maldita sea! Ayer bebí tanto que no recuerdo ni cómo llegué a la cama. —Se pasó con brusquedad los dedos por entre el cabello en su habitual ademán cuando se encontraba tenso o desesperado—. Solo tengo pasajes nebulosos y aislados de Regina en la cama conmigo, de su cuerpo hermoso desnudo debajo del mío. Recuerdo como si lo hubiera vivido, su agudo grito

cuando la hice mía, la manera como me abrazó por dentro y me llevó al cielo... —concluyó envuelto en una ensoñación—. Después, no recuerdo nada. Debo haberme quedado dormido o siempre lo estuve, no lo sé. —«¿Por qué se sentía tan atormentado?», se preguntó—. Cuando salí de la ducha mi cama ya estaba hecha, pero igual la revisé en busca de alguna evidencia que no encontré.

Roberto sujetaba el volante con una mano y con la otra se abanicaba el rostro para enfatizar su estado febril después de escuchar los detalles ardientes—. ¿Y qué esperabas encontrar, parce[18]? ¿Una mancha de sangre de la virgen que deshonraste? —dijo sarcástico.

—¡No te burles! —volteó la mirada hacia la ventanilla sin ver el paisaje pasar apresurado. En ocasiones no soportaba el rostro socarrón de Roberto.

—¡Perdóname, viejo! Los dos sabemos que esa chica tiene mucho camino recorrido —declaró a partir de lo que Gabriel mismo le había contado de ella—. Todo parece indicar que fue solo un sueño.

—Sí, eso pensé... —«¿Y qué? No tenía por qué dolerle», se dijo molesto.

## CAPÍTULO XII

Las semanas pasaron lentas para Regina, pero su período llegó triunfal y, aunque era lo mejor que le pudo haber pasado, no dejó de sentir una gran pérdida en su corazón que lloró con profunda pena.

Su vida sentimental era un desastre, la de Rosalía y José Pedro iba viento en popa junto con los preparativos para la boda. Ella ayudaba en lo que podía los fines de semana, cuando iba a La María y también continuaba con su rutina de dar y recibir clases para llegar a ser algún día la modista de sus sueños. Ahora mismo estaba confeccionando su primer vestido de novia con la ayuda de Carmela; sería su regalo de bodas para los Sanclemente - Cano.

La fecha de la unión quedó programada para el quince de enero del siguiente año, así que los novios contaban con tres meses para prepararlo todo; ese mismo tiempo es el que tenía Regina para conseguir alguien serio y responsable que velara por su madre de día y de noche, porque su prima se iría a vivir a Medellín con su esposo.

En cuanto a doña Reginalda, la dama se encontraba como por milagro mejor que nunca; la reaparición de don Octavio en sus vidas había sido el mejor medicamento para ella, desde entonces, había ganado unos kilos y se habían intensificado sus ganas de vivir.

Todo al alrededor de Regina era dicha y felicidad, pero en su interior reinaba la tristeza porque estaba más enamorada que nunca del joven Gabriel. Pese a que se empeñaba en no pensar en él, en mantenerse ocupada, leyendo, repasando idiomas, con la costura y todo lo que fuera digno de aprender, no

conseguía sacárselo de la cabeza y del corazón. Al igual que su madre, sería mujer de un solo hombre, con la gran diferencia de que no correría con la misma suerte; ese hombre nunca sería para ella.

Una tragedia en sus vidas puso fin a la «buena época». Para Regina fue como agregar más peso en su costal de dolor. El joven Darío, hijo de la querida Cruz Callejas, murió en un terrible accidente en los trabajos de ampliación de la vía férrea en la zona de Caldas. Sin embargo, el dicho ese que versa: «no hay mal que por bien no venga», se aplicó a las Sampirs - Cano como un bendito milagro. Al quedarse Crucita sola, la amistad entre ella y su madre se estrechó al grado de que doña Reginalda le propuso que se fuera a vivir con ellas para que no viviera sola. Cruz Callejas fue adoptada por la familia. La buena mujer y su madre eran, juntas, la perfecta compañía.

La nueva rutina tomó su ritmo y el transcurrir de los días dio paso a las semanas y las semanas a los meses. De pronto, estaban en vísperas de las fiestas de fin de año. Todos los colombianos, ricos y pobres por igual, dieron inicio a las celebraciones desde principios del mes de diciembre, tal como era la tradición entre ellos, en perfecta armonía, paz y unión familiar. Valores muypreciados después de tanta trifulca y derramamiento de sangre en años aún muy frescos en las memorias de los pobladores.

Después de las fiestas decembrinas, el gran día para Rosalía y José Pedro llegó por fin. Amigos, vecinos y familiares se congregaron en la iglesita de La María para compartir como una gran familia el feliz encuentro. Luego, como era la costumbre de la región, todos se dirigieron a la plaza del pueblo, bellamente decorada e iluminada para la ocasión. Por fin, el querido don Octavio pudo cooperar con la causa como padrino de bodas acompañado de su esposa.

Febrero y marzo volaron para todos y abril entró con el feliz suceso de la llegada de un nuevo integrante a la familia Sanclemente-Cano:

—¿Voy a ser tía? ¡Qué maravillosa noticia, prima! ¿Cómo lo tomó José Pedro? —La dichosa Regina daba brincos en medio de la salita del «castillo

Sanclemente» —nombre con el que había bautizado a la preciosa casita en renta del feliz matrimonio— muy emocionada con la buena nueva.

—Está loco de contento. —La mirada oscura brillaba con esa luz especial de las mujeres encinta—. Queremos viajar este fin de semana a La María para darles la noticia a tía Reginalda, Crucita y al padre Martín —agregó con entusiasmo—. Cuando nazca José Manuel, lo bautizaremos en la iglesia del pueblo. —Su sonrisa de mujer realizada la hacía lucir más bella que nunca.

—¿José Manuel? ¡Rosalía!, mamá se pondrá feliz cuando lo sepa. —dijo con emoción, pero al segundo su rostro se puso serio—. ¿Y si es niña?

—Será niño, estoy segura de eso —respondió con tono resuelto. No es que prefiriera a los varones, pero su corazón le decía que esa criatura a la que le daba vida en su vientre sería niño y, además, idéntico a su padre.

\*\*\*

La fecha tan esperada, de regresar a su país, para Gabriel Ponce de León llegó con bombos y platillos al recibirse como todo un licenciado en administración. Evento en el que no pudo faltar Roberto Berrío, su hermano del alma, que navegó hasta el viejo continente para acompañarlo. Juntos regresaron a la madre patria, después de unas merecidas vacaciones en las que se hicieron acompañar, por insistencia de la visita, de dos bellezas italianas amigas del festejado.

En el primer momento del largo recorrido, en que su amigo le dio una tregua de su presencia, para ir en busca de faldas, Gabriel se preguntó que lo jalaba más para retornar al nido, su nana y estar en su tierra, o volver a ver a Regina, a la que no se pudo arrancar de la mente ni de día ni de noche. Ya no podía seguir negando lo obvio, esa chica estaba más metida en su cabeza que el «El mohan»<sup>[19]</sup> con el que lo había torturado su madrastra cuando era un niño.

Regina también estaba viviendo unas horas de pesadilla. Conforme se

acercaba la llegada del joven Gabriel, su ansiedad iba en aumento, tanto que ya empezaba a llamar la atención con su torpeza.

—Pero, niña, ¿no quieres llegar a vieja? —Gregoria la cuestionó cuando la vio tropezar con el tapete y caer, por tercera ocasión en el día.

—¡Lo siento! —respondió poniéndose de pie con rostro sonrojado.

—Déjame ver. —Claro observó cómo se había golpeado con una de las mesitas esquineras del salón principal.

—Estoy bien —expresó Regina con sonrisa fingida para ocultar el ardor que le ocasionaba su despellejado brazo.

—Ya lo sé, pero seguro te has hecho un feo raspón con el filo de la cubierta. —La ayudó a descubrirse la herida para revisarla—. Vamos a la cocina, te pondré una cataplasma con hojas de perejil para evitar la infección, pero el moretón, nadie te lo quita.

—Gracias, Greg —aceptó apenada.

—¿Me quieres contar que es lo que te pasa, mi niña? ¿Acaso doña Reginalda se ha puesto mal de nuevo? ¿O Rosalía...?

—¡No! —respondió exaltada por la sola idea—. Gracias a Dios, todo está bajo control con ellas.

Regina miró a la mujer con ojos claros como el sol de mediodía, incapaz de confesarle sus secretos más condenables por miedo a decepcionarla. Doce meses no fueron suficientes para olvidar al joven Gabriel. Ahora tenía la certeza de que toda una vida no bastaría.

—De acuerdo, no insistiré con el tema, pero estoy segura de que hay algo que te atormenta y no se trata de tus pesadillas —declaró con firmeza.

En todo el tiempo transcurrido desde que su niño Gabriel se había ido, no había conseguido que Regina se abriera para que le contara lo que había entre los dos. Gracias a Dios, no tuvo consecuencias su desliz, de eso estaba segura. Conociendo a la chica, jamás se hubiera deshecho de su hijo.

—Debo ir a la habitación del joven Gabriel. Mica está con las cortinas.

—Ve, ve... —«Esa niña es más testaruda que diez Gregorias juntas, pero es

una chica ejemplar», se dijo, resignada.

Para Gregoria, Regina era una niña perfecta, bella por dentro y por fuera, con ese toque de refinación y misterio casi impropio de su condición. En otras circunstancias, hubiera sido la mujer perfecta para su niño Gabriel. No es que ahora no lo fuera, ella más que nadie defendía los derechos de prosperidad de la clase trabajadora, pero la diferencia con los ricos podía ser una gran carga en una relación de pareja, capaz de llevarla al fracaso si no se defendía con pasión.

Un año sin verlo ¿Cambiaría en algo? ¿Se acordaría de ella? Eran los pensamientos de Regina en tanto supervisaba que las labores de limpieza exhaustiva se hubieran realizado en tiempo, modo y forma, tal como lo había solicitado a los empleados, para el gran día.

A pesar de la agotadora actividad, su cabeza no descansaba, daba brincos de un tema a otro, todos relacionados con Gabriel. En fechas pasadas había cumplido veinticuatro años, era todo un hombre, y ella ya tenía dieciséis... ¿Qué quería decir eso? ¡NADA! Seguro el joven patrón ya venía comprometido con alguna hermosa chica inglesa, mientras que ella seguía perdidamente enamorada de él. Dos días más. Solo dos días y volvería a ver su verde mirada. «¿Y si él continúa despreciándome? ¿Cómo podré entonces mirarme en sus ojos de jade?», se torturaba sin descanso.

—¡Regina, hija! —Volvió al presente con la voz apremiante de Gregoria.

Sin darse ni cuenta, sus pasos la habían llevado de regreso a la cocina, donde se encontraba la nana planeando la cena de recibimiento del hijo pródigo.

—¿Perdón? —preguntó con el ceño junto. Con su distraída actitud terminaría por desesperar a la buena mujer.

—Te pregunté si José Pedro vendrá por ti más tarde para llevarte a su castillo —repitió moviendo la cabeza de un lado a otro sin creer tanto despiste de la chica.

—Oh, sí. No debe tardar ¿Se te ofrece algo antes de irme? —La paciencia y

sentido del humor de la buena mujer logró que dejara de lado sus ansiedades para que le pusiera atención.

—Sí, que le entregues esta chambrita a Rosalía. La terminé apenas anoche.  
—Sacó de su envoltorio la prenda para mostrársela.

—¡Oh, Greg, es hermosa! ¡Gracias! Gracias por ser tan buena con nosotros.  
—Por demás emocionada, se abalanzó sobre ella con un cariñoso abrazo y el corazón oprimido.

—Lo dicho, prima, esa doña Gregoria es un ángel —declaró Rosalía, horas después, maravillada por la belleza y perfección de la diminuta pieza de hilos de lana que sostenía en sus manos. El pequeño abrigo estaba tejido en tonos azul cielo y blanco, en honor al próximo heredero Sanclemente-Cano.

—Sí, se ha vuelto tan importante en mi vida que me dolería en el alma si la perdiera. —Hoy, más que nunca, sus sentimientos estaban a flor de piel.

—¿Por qué habría de suceder eso, Reg? ¿Pasa algo que no me hayas contado? —Rosalía se enderezó en su cama, no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—No me hagas caso. Son cosas que de pronto me pasan por la cabeza sin motivo alguno. Ya me conoces como soy de imaginativa. —«Su imaginación» le advertía que se avecinaban tiempos difíciles—. Querida, ahora debo marcharme ¿Me llamarás si algo se te ofrece, verdad? —le preocupaba dejarla completamente sola en su condición.

—Lo prometo. Vete sin pendiente, José Pedro ya no tarda en llegar. Como sigue cubriendo el escándalo de la textilera, esa donde trabajabas, no saldrá de la ciudad en un buen tiempo —dijo a manera de explicación.

—Ojalá aprehendan pronto a ese desdichado y lo refundan en la cárcel de por vida.

Regina en verdad sufría por albergar rencor por una persona, pero ese hombre le había hecho tanto daño en el pasado que, aún ahora, a casi dos años de su horrible experiencia, seguía teniendo esas pesadillas que no le permitían dejar todo en el olvido. Guardaba la esperanza de que cuando

encarcelaran al maldito pudiera recobrar la paz perdida.

—Tú lo has dicho, Reg. Mucho dependerá del trabajo periodístico de mi príncipe para que eso se haga posible.

—Entonces es un hecho que se pudrirá tras las rejas —comentó casi feliz.

\*\*\*

Un soleado día de finales de mayo, a las siete de la tarde, el patrón arribó a la mansión de Medellín más atractivo que nunca. Había ganado peso, justo donde se lo veía demencial y el bronceado de su piel le resaltaba el verde jade de sus ojos, de una forma alucinante.

«¡Dioos, qué hermoso es el joven Gabriel!», se dijo Regina al verlo a distancia en un suspiro interminable.

—¿Y tú, no me saludas? —después de saludar a todos, el recién llegado por fin se dirigió a su ama de llaves con sonrisa traviesa.

—Por supuesto, niñ..., joven Gabriel. Bienvenido a casa —respondió con sencillez y su acostumbrada inflexión de rodillas, perdida en el verde de sus ojos.

—Gracias, Regina y gracias a los presentes por tan agradable sorpresa —declaró con amabilidad, aunque su mente se encontraba perdida en la belleza frente a él.

«Seguro de ella habrá sido la idea de reunir en el vestíbulo a todo el personal de servicio, a la usanza del siglo diecinueve, para hacerme sentir bien recibido y apreciado», dedujo Gabriel, de forma atinada, sin despegar su mirada de los ojos de miel. No le había pasado desapercibido el detalle; la verdad, se lo veía muy complacido por ello.

—¿Dónde dejaste a Roberto, hijo? —A Gregoria le extrañó no verlo por ahí.

—Por fortuna en su casa, nana. Un minuto más y lo estrangulo.

Gabriel sonrió, no por el comentario, que era muy cierto, sino porque a su

memoria acudió la sorpresa que su amigo le dio con su llamada telefónica, semanas atrás:

—*Hellou.*

—¡Qué gelou ni qué nada! ¡Responda «Hola», como los hombres!

—¡Roberto! —Solo él era tan irreverente.

—El mismo que viste y calza —dijo zalamero.

—¿No me digas que estás aquí en Londres?

—¿Dónde más?, zonzo. ¿Que no me invitaste a tu fiesta de graduación?

—Por supuesto.

—Por nada del mundo me la perdería, parece.

—¿Dónde te encuentras?

—Me acabo de hospedar en el Grand Hotel...

—Nada de eso, ahora mismo paso por ti. Te quedarás en mi casa.

«Tal vez ese fue su mayor error», pensó Gabriel para sí, pero su sonora carcajada desmintió sus palabras y sus ocultos pensamientos, no obstante, creía que, si no lo veía por un buen rato, no pasaba nada. Los veinte días que permanecieron juntos lo dejaron muy satisfecho de su persona.

—¿Quieres irte a descansar o prefieres tomar algo antes de la cena? — Gregoria parecía una castañuela; su felicidad estaba completa con la presencia de su niño Gabriel.

—Nada de descansar. Me muero por tomar una sabrosa bebida de aguapanela de limón y luego un tinto bien cargado, por favor, nana; mientras, me puedes contar cómo va todo por acá —sugirió con humor festivo.

Gabriel tenía pensado saciarse de todo lo que había extrañado de su tierra los últimos doce meses. De TODO...

Regina siguió como embobada a la pareja abrazada que se dirigía al amplio sillón Luis XV del salón principal. Y es que no era para menos, Gabriel lucía fascinante enfundado en un traje de seda gris, de tres piezas, que moldeaba su cuerpo como una segunda piel.

Su atavío iba sin duda con la tendencia de la moda masculina actual —

como buena costurera, Regina la seguía con cuanta revista se cruzaba en su camino— que dio inicio en Europa, como era de esperarse. Esta venía a descartar la sobriedad de los trajes oscuros, de pesadas telas y holgados, por conjuntos ligeros de dos o tres piezas, en tonos y estampados más primaverales; con líneas rectas y pegadas al cuerpo para hacer destacar la anatomía bien estructurada de los sujetos que la portaban con natural galanura, como era el caso de Gabriel, digno exponente del sexo fuerte, representante de la belleza masculina americana.

—Ya escuchaste, querida. —Intuyendo que la niña seguía de pie ahí mismo, la nana habló sin voltear a mirarla—. Por favor, mándanos el servicio aquí al salón.

—A la orden, Greg —Con enorme esfuerzo, Regina se obligó a salir de su ensueño para cumplir con el encargo.

Diez minutos después, Mica apareció con una gran charola de agua fresca, queso y pan recién horneado y detrás de ella Regina, con el servicio del café. Gabriel hacía como que escuchaba a su nana, pero la realidad de las cosas es que no se perdía detalle de los finos movimientos del ama de llaves cuando servía.

Nunca como hasta ahora la había observado a conciencia. No solo era su aspecto físico de rasgos poco característicos de las personas oriundas de la zona lo que le llamaba la atención, también estaba su indudable educación que se hacía evidente al conducirse; eso solo se veía entre las mujeres de clase alta. Pero por otro lado estaba su comportamiento desvergonzado con cuanto hombre se cruzaba en su camino.

«¿Quién es la verdadera Regina? ¿La mujer de orígenes humildes de apariencia sencilla e inocente, o la belleza voluptuosa atrapa incautos que me dice mi experiencia?», se preguntó martirizándose. La duda lo carcomía por dentro. Qué dulce agonía la suya... Su razón peleaba a muerte con los deseos de la carne, indomables, incontrollables...

Hacia justo un año que sufría esa contienda interna. Aunque en los primeros

meses de su partida se había esforzado en negar que tuviera a Regina metida hasta en la sangre, no había noche que no reviviera ese extraño sueño, tan claro, tan real, que era una doble tortura su sufrimiento. Llevaba la cuenta exacta: trescientos ochenta y tres días. Doce meses con dieciocho días y trece horas soñando con la belleza desnuda sobre su cama mientras la poseía como un desquiciado.

—¡Joven Gabriel! —Regina se vio obligada a levantar la voz para lograr su atención.

—¿Perdón? —«¡Mi visión también habla...! ¡Qué extraordinario!», se dijo burlándose de sí mismo.

—¿Con una de azúcar? —repitió con la cuchara en la mano, inquieta por la extraña mirada sobre ella.

—Sí, por favor —respondió enronquecido por sus calientes recuerdos.

Gabriel se forzó a frenar sus pensamientos para no cometer un acto impropio frente a las mujeres, pero la presencia de sus desvaríos no ayudaba. Cuando sus dedos se rozaron al asir la taza, la descarga eléctrica entre ambos fue tan intensa que hasta Gregoria se dio cuenta de ello.

—Disculpen la intromisión —Mica asomó la cabeza en busca de la atención del ama de llaves—. Afuera está el señor Sanclemente, señorita Regina.

—Gracias. Ahora mismo estoy con él. —Con calculada intención evitó la verde mirada, pues aún ignoraba la postura del patrón—. Si no se te ofrece nada más, me retiro. La cena ya está lista para la hora que dispongas. —Se dirigió a Gregoria.

—Gracias, querida, yo me hago cargo. Te veo mañana.

Con la sola mención del hombre, a Gabriel le atacó un repentino escozor de garganta. El tamborileo insistente de sus dedos sobre el descansabrazos del sillón era otra prueba de que los viejos rencores seguían vigentes; parecía una caldera a punto de estallar.

—Permiso. —Esta vez Regina se dirigió a ambos. De encargo se llevó para

el camino el precioso rostro del patrón por completo descompuesto.

«Como me gustaría saber con qué pretexto la muy... se ve con su amante con el permiso de mi nana. Ya encontraré la manera de que la misma Regina lo confiese», se prometió. Estaba de regreso en su casa y no permitiría un comportamiento inadmisibles entre la servidumbre, con todo el perdón de Gregoria. Su padre siempre fue muy estricto con su familia y con sus empleados, y él no tenía por qué ser menos. Eran los pensamientos con los que Gabriel reafirmó su postura y encontró un poco de paz.

## CAPÍTULO XIII

—**A**provechemos que se ha quedado dormida para llevarte de vuelta a la mansión. —José Pedro sugirió al oído de Regina, horas después, sin dejar de mirar la tierna escena de su amada mujer abrazada a la almohada.

El periodista se estaba posicionando a pasos agigantados en el periódico: ahora traía un auto de la empresa como parte de sus prestaciones. Este solo había intensificado su manía de impedir que Regina deambulara a pie por la ciudad, menos a deshoras. Con eso del auge industrial en el país, había demasiada gente extraña en las calles, de las cuales no se podía asegurar nada.

—Permanece en el auto, no quiero que Rosalía despierte y no te vea. Hoy la encontré un poco llorosa; creo que le está afectando tanta inactividad. — Regina se apresuró a decir en cuanto el auto se detuvo frente a la puerta de servicio.

—¿Tú también lo notaste? —preguntó preocupado.

—Sí. Le pediré a Gregoria que me aleccione en el tejido para enseñarle, eso la animará.

—Me parece una excelente idea, niña —dijo con fingido entusiasmo—. ¡Gracias por ayudarme a cuidar de mi princesa! —agregó con los ojos brillantes. Se inclinó hacia ella en el asiento y la estrechó en sus brazos con fuerza—. ¡La amo tanto! No quiero perderla... —su voz se quebró al final.

Con el corazón en un puño, Regina se fundió en un abrazo consolador. Cierto era que toda la familia estaba pasando momentos muy preocupantes

con el problema de presión arterial alta que se le había presentado a Rosalía en el embarazo y, aunque el riguroso control a base de medicamentos y reposo absoluto, ordenado por el médico de cabecera, lo cumplía al pie de la letra, seguía latente el peligro sobre su vida y la del niño. Por eso la visitaba de diario, para ayudarla con los quehaceres y hacerle compañía hasta que José Pedro llegaba de trabajar. De suerte que en la mañana contaban con la ayuda de una hermana de Micaela, que un mes atrás había llegado de su pueblo natal en busca de trabajo.

Afligida, Regina se apoyó en el vano de la puerta hasta que perdió de vista el auto de José Pedro. En ese momento de intensa necesidad, su primer impulso fue orar al Cielo con el alma puesta en sus manos, mientras las lágrimas corrían a raudales por su rostro angustiado. Cuando la calma volvió a su cuerpo, se decidió por fin a entrar. De inmediato Adonis la recibió con su llanto desgarrador, en tanto tallaba el peludo cuerpo en sus piernas para apresurarla.

—Ya entendí, perdóname, ¿quieres? No volverá a suceder, lo prometo.

Con el felino a cuestas, Regina se dirigió al interruptor de la luz en medio de las penumbras. Debido al alboroto por la llegada del patrón, olvidó dejarle en sus platos la ración del día antes de salir esa tarde.

—Ese gato es igual de estúpido que yo. —Gabriel casi la mata del susto al ganarle la tirada al encender la lámpara por ella—. Confía en ti a pesar de que eres la mujer más falsa de la tierra.

Su fuerte impresión se la transmitió a Adonis, que brincó al piso y salió huyendo sin que Gabriel se inmutara; seguía apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados, con una mirada indescifrable en sus ojos de jade.

—¿Cómo? —«¡Dios, ilumíname!», rogó Regina mortificada.

—¿No sabes de qué te hablo, inocente criatura? —Ironía era su segundo nombre esa noche—. ¡Ahora mismo me vas a decir de qué embustes te vales para entrar a esta casa y salir de ella en compañía de un hombre casado! —disparó con furia desatada. Tanto soñarla en su cama que se sentía con todos

los derechos de celarla.

Regina de pronto no encontró la voz, no esperaba ningún recibimiento, menos de su encolerizado patrón. Por si fuera poco, la forma como le habló no la inspiró a ser sumisa y prudente; ya bastante tenía con sus penas para tener que soportar sus desplantes. Por ella, que pensara lo que quisiera.

—Tengo el permiso de Gregoria para salir y llegar a esta hora, joven. Además, le informo que estoy en mi tiempo libre —agregó con calma, en espera de ver si se atrevía a restarle autoridad a su nana.

—Eso no te da derecho a faltarle el respeto a esta casa, Regina, «¡niña del demonio!», masculló. —Al segundo dudó de si lo había dicho en voz alta. ¡Qué ganas tenía de darle una buena zurra para quitarle lo promiscua y altanera!

—¿Y usted si tiene derecho de faltarme el respeto al pensar lo peor de mí? —lo interrogó valiente en tanto lo veía acercarse a ella. Ya no era la tonta de un año atrás, defendería sus derechos a como diera lugar.

—Yo juzgo por lo que veo. —respondió controlado. «Hasta digna me resultó la descarada», se dijo ocultando su admiración.

—¡Usted no sabe nada! —le echó en cara enfadada.

En cosa de segundos, los rostros se exaltaron por el enojo, casi se tocaban; las miradas crispadas lanzaban destellos que chocaban entre sí; los músculos tensos, como cuerda de violín, amenazaban con reventarse de un momento a otro ¿Qué fin tendrá el conflicto?

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Se te olvida que te descubrí en la cama revolcándote con mi hermanastro y en plena faena amorosa con Gustavo y Jano? —Se interrumpió para jalar aire con profundidad, su lista aún no terminaba—. Ya perdí la cuenta de los calientes encuentros que he presenciado con el imbécil de Sanclemente, eso, sin dejar de mencionar que en dos ocasiones estuviste más que dispuesta para mí —terminó el conteo con el desprecio que destilaba por todos los poros de su piel. Que Dios lo perdonara pero, si Regina quería jugar, con gusto seguiría su juego—. Lo

mismo agarras solteros que casados, ricos que pobres. Lo que aún no termino por deducir es si lo haces solo por placer o buscas algo más.

—¡Basta! No le permito un insulto más. —Fuera de sí levantó la mano justiciera con la intención de golpear el rostro del injurioso.

Esta vez, Gabriel estaba prevenido, paró en seco la atrevida acción y sujetó en el aire la mano ligera—. Tú a mí no tienes que permitirme nada, para eso soy el patrón, además, no estoy diciendo nada que no sea cierto. —La sujetó con fuerza de la cintura y la pegó a su vibrante cuerpo sediento de ella—. De hecho, es posible que requiera de tus favores ahora.

De lo dicho a lo hecho, Gabriel sumergió su rostro en el níveo cuello, ansioso por aspirar su fresco aroma a jazmines que tanto lo martirizaba en sus quimeras.

—¡No me toque! —exigió Regina indignada.

Con las pocas fuerzas que le quedaban empujó el fornido pecho; tenía que resistir el embate, no podía darse el gusto de caer en el influjo de su enajenante atractivo.

—¡Oh, vamos, Regina! ¿A quién quieres engañar si te mueres por un beso mío? —Esa chica tenía la facultad de prenderlo hasta nublarle la razón.

—¡No! Déjeme ir o gritaré para pedir ayuda. —Aunque se estuviera muriendo por sus besos y sus caricias, no le daba la gana dejarse utilizar.

—¡Hazlo! Despierta a todos para que vean cómo también te revuelcas con el patrón. —La miró a los ojos con una clara invitación a que iniciara el escándalo sin mover un músculo ante sus intentos por liberarse.

—¡Yo no me revuelco con usted! —«Entonces, ¿si recuerda la noche que estuvimos juntos?», se preguntó angustiada.

—Veremos si no, preciosa Regina. —La verde mirada era tan peligrosa como sus amenazas.

Expuesto lo anterior, Gabriel dio por terminado el juego de incitación. Decidido, la arrinconó entre la pared y su cuerpo y buscó sus labios para comérselos a besos.

—¡No, por favor, suélteme! Las cosas no son lo que...

Gabriel silenció sus quejas con boca hambrienta. Ese estilo de virgen ofendida, ¡cómo lo ponía caliente!, pero había llegado el momento de actuar y apagarse las ganas.

En cuanto los labios expertos se apropiaron de los suyos, Regina perdió la batalla por librar. ¿Qué defendía si ya no era casta ni pura? ¿Qué, si agonizaba por un beso de Gabriel?

—Las cosas son lo que son y aquí está tu cuerpo para confirmarlo —sentenció agitado, en cuanto la tuvo rendida a él—. ¿Lo ves? Mira qué fácil es hacerte caer; estás siempre tan dispuesta que me queda claro que a cualquiera le das entrada.

Aunque quisiera contradecirlo, Regina ya no escuchaba. Su mente quedó nulificada cuando su ardiente cuerpo tomó el control.

Gabriel paseaba sus labios por el rostro y cuello de la niña con avidez insaciable; necesitaba probar más de ella. Sus manos, un tanto temblorosas, se dirigieron a los botones del cuello para descubrir la tersa piel de los hombros y perderse en su textura y aroma pero, al descubrir una marca del reciente encuentro íntimo con su amante, se detuvo con brusquedad. Su orgullo de macho pudo más que el deseo de poseerla.

—Esto, solo ha sido una demostración para que no se te olvide quién habla con la verdad. Que te quede claro que sé muy bien con quien trato —declaró con desprecio. Si el frío verde del jade en su mirada pudiera convertir las cosas en piedra, Regina se hubiera vuelto efigie desde un año atrás—. No te tomo ahora porque no acostumbro a quedarme con las sobras —concluyó como remate, demasiado enardecido para intentar dominarse.

—¡No siga, por favor! ¡Se lo ruego! —suplicó humillada.

Cuando el calor de Gabriel abandonó su piel, el cerebro de Regina por fin registró lo que pasaba. Cerró los ojos con dolor para no ver el repudio en el rostro amado. Su cuerpo aún se cimbraba por la mezcla de excitación y llanto.

—Esta es la última vez que sales de la mansión y regresas a altas horas de la noche acompañada de un hombre casado. Aquí se respetan las normas de Dios y las del hombre y, si no las acatas, ve viendo a qué parte de la Tierra, donde yo no tenga injerencia, vas a ir a buscar trabajo. —El bello rostro le pareció a Gabriel la imagen pura de la desolación, pero de inmediato rechazó la idea, se dio la vuelta y se marchó al instante.

Regina no supo cuánto tiempo permaneció ahí, de pie, estremecida por el frío en su interior, impedida para rogar a Dios para ella misma. Necesitaba consuelo y fuerzas para huir de ahí cuanto antes; su cordura corría peligro. A su mente acudió el recuerdo de su madre enferma; no podía olvidar que su bienestar seguía siendo lo más importante.

La mañana posterior al encuentro, Gabriel se levantó muy temprano y de pésimo humor; la noche anterior no había dormido nada. El frío duchazo antes de acostarse esta vez no le dio resultado y el deseo insatisfecho lo carcomía por dentro. Después de desayunar se dirigió a su despacho dispuesto a iniciar el día y su nueva vida de empresario de tiempo completo. Estaba listo para enfrentar el reto de expansión de su empresa cafetalera y echar a andar sus planes de diversificación de los negocios.

La industria minera, de comunicaciones, de alimentos, textileras y otras tantas, estaban posicionándose en su país y él quería ser parte de ese *boom*. Tal vez hasta adquiriera su propio banco para facilitar las gestiones de recursos; el caso es que debía aprovechar que sus contactos europeos estaban más que dispuestos para asociarse con él en sus nuevos proyectos.

Gabriel Ponce de León no era economista, pero tenía ojo para los negocios, lo había heredado de su padre, y algo le decía que Medellín se convertiría en poco tiempo en el centro del poder político y económico de la nación. Su excelente educación profesional lo había preparado para ser un empresario progresista e intrépido. Su objetivo primordial era poner a la industria al servicio del hombre, aunque aún le pesaban mucho ciertos rasgos tradicionales de su educación familiar. De pronto, se le vino a la cabeza el

rostro angelical de Regina y su imposibilidad de ver de una manera más abierta su estilo disoluto de vida.

Para Regina, la noche anterior fue un largo suplicio en la búsqueda del plan perfecto que le permitiera salir de la mansión sin ser descubierta porque, aunque Gabriel dijera misa, jamás abandonaría a Rosalía y a José Pedro. Por fortuna el desvelo, además de ojeras, le trajo una revelación cuando recordó un comentario de su primo, dicho de paso, acerca de inventarse la forma de terminar por fin su ensayo periodístico. Así fue como se le ocurrió la idea de cuidar a la enferma de noche, para que el columnista trabajara en su escrito y ella pudiera entrar en la mansión y salir de ella con libertad.

El nuevo itinerario se puso en práctica. Este resultó un total éxito para todos los involucrados. De diario, a las ocho de la noche, cuando terminaba la hora de la cena en la mansión, el joven Gabriel subía a su habitación a darse una ducha para salir con Roberto o encerrarse en su despacho a trabajar, momento que aprovechaba Regina para escabullirse al «castillo Sanclemente». Luego, por las mañanas, a las siete en punto, regresaba a su trabajo de ama de llaves, justo a tiempo para iniciar las labores cotidianas. Con la ventaja de que, ahora, era la nueva proveedora de fruta y verdura para las tres comidas del día. Con esta medida se aseguraba de tener una coartada perfecta en caso de ser sorprendida por el madrugador de su patrón. También consiguió terminar con la manía de José Pedro de llevarla y traerla en su auto de un lado a otro.

\*\*\*

—Felicidades, mamá, papá, José Manuel... —declaró Regina, semanas después, rebotando de dicha por la maravillosa noticia.

El ánimo en casa de los Sanclemente era por completo festivo. El tema para celebrar era la buena nueva de que Rosalía había salido victoriosa de la batalla por la enfermedad. Dentro de poco podría hacer «casi» su vida normal y en cuatro meses más daría a luz a su saludable hijo.

—¿Ya se fue mi príncipe? —preguntó la feliz mamá, media hora más tarde.

—Acaba de salir, ¿por qué la pregunta?

—Porque quiero que hablemos sin que nos escuche. —Regina dejó a medio terminar el lavado de la losa para escuchar la voz resuelta de su prima—. El sábado próximo será el evento de premiación al mejor trabajo periodístico y este año será en Medellín. Estoy totalmente segura de que se lo darán a José Pedro y, aunque se me parta el corazón, no podré estar a su lado para celebrarlo. —Le tembló la barbilla por las ganas retenidas de llorar—. Por lo menos no en el gran salón de la ciudad —terminó con una sonrisa y ese temple valiente que la caracterizaba. Sin darle cabida a la tristeza, se sacudió una lágrima impropia que logró escabullirse de sus ojos.

—¡Ay, prima! —Regina se acercó presta para consolarla.

—Quiero que tú vayas con él —dejó caer la noticia. Al instante Rosalía sintió cómo el tierno abrazo se aflojaba a su alrededor.

—¿Yo? Pero...

—¡Por favor, prima! Te aseguro que no hay nadie más apropiado para estar con él en ese momento tan especial. Tú sabes que mi príncipe a duras penas consiguió que sus padres asistieran a nuestra boda. Aún no le perdonan que haya abandonado el sueño de ellos para ir en busca del suyo, además, que mejor que lo acompañe su inspiración —concluyó jovial.

Regina no insistió, no le veía el caso, sabía que no conseguiría que cambiara de idea; lo mejor sería ponerse a marcha forzada a confeccionarse un vestido para la ocasión. Contaba con tres días para eso, o más bien, tres noches. También, tendría que avisar a Crucita para que la cubriera. Ya la compensaría el próximo fin de semana por el favor.

A la mañana siguiente, llegó a la mansión con la cabeza caliente por la ardua tarea mental sobre el diseño del vestido y la inquietud que le provocaba el poco tiempo con el que contaba para su elaboración. Como siempre, del otro lado de la puerta, la esperaba el gato siamés con su maullido igual que si tuviera días sin comer, cuando la realidad era que ya no había vuelto a

olvidarse de dejarle su buen tazón con leche y otro con salchichón bien picado, así como le gustaba a él.

—Ps, ps, ps... ¡Adonis! ¿Dónde te metes, gato enamorado? —en otro lado de la casa, el felino era requerido por su amodorrado propietario.

El agudo lamento del animal, que parecía tener horas en ese peso, levantó a Gabriel de la cama y lo obligó a ir tras él. Por más que apuró sus pasos, no logró darle alcance al llorón; cuando se vino a dar cuenta, ya había llegado a la puerta que daba al área de servicio.

Para Gabriel era más que evidente que alguien le había robado el cariño de su gato porque, desde que había regresado al país, la ingrata mascota lo ignoraba sin ninguna consideración.

Regina casi dejó caer a su peludo amigo, que trepó en sus brazos apenas entrar a la mansión, cuando escuchó la profunda voz de su dueño que se acercaba.

—Buenos días, patrón. —Sujetó con fuerza al inquieto animal que se removía exigente, pero no así a su propia mandíbula que cayó al piso de golpe ante la espectacular visión frente a ella.

¡Santo cielo! el precioso Gabriel se presentó en el área de servicio vestido con su pijama de seda negra y la camisa abierta de par en par. Llevaba los pies descalzos y el cabello alborotado. La incipiente barba oscurecía la mitad de su rostro, era toda una tentación para pasar con lentitud los dedos sobre ella.

—Buenos días, Regina —la saludó con mirada de «¡Ya lo sabía! Tenía que ser...». El infame y desleal animal lo había cambiado por su ama de llaves, pero no podía culparlo: era una niña tan linda que era imposible resistírsele —. Perdón por la pinta, no pensé llegar hasta aquí detrás de mi exmascota — se disculpó por su inapropiada apariencia, pero no así por lo de su gato.

—¡No, no! —expresó apenada—. Sigue siendo suyo. Él solo quiere que le dé de comer o algo así. —Se acercó para entregárselo sin atreverse a parpadear.

En el último segundo, Adonis decidió escapar, brincó al piso para perderse dentro de la cocina en busca de alguien que sí satisficiera su apetito. Sorprendida ante lo inesperado, Regina perdió el equilibrio y fue a parar al duro pecho de su patrón.

—Yo... Yo, ¡lo siento! —balbuceó aturdida. Aunque las palmas de sus manos se quemaban con la ardiente piel debajo de ellas, no podía apartarlas, chiflada ante la suavidad del vello que lo cubría y que invitaba a seguir el camino bajo la cinturilla del pantalón.

—Yo, no —Gabriel sonrió provocador ante su nerviosismo mal disimulado. «¡No estaba nada mal el inicio de su día!», celebró.

El gesto del «viejo Gabriel» aflojó las piernas de Regina al instante, pero las fuertes manos la sostuvieron con firmeza, la pegaron a su cuerpo, al tiempo que se escuchaba una profunda inspiración; «¿de quién era?», esa pregunta logró colarse en el cerebro enmarañado de la niña. Tampoco pudo asegurar quién acercó primero el rostro, lo único importante era que sus labios estaban a un parpadeo de juntarse.

No había otro lugar para Regina donde quisiera estar más, que perdida en los brazos de su amado mientras su boca la besaba con pasión. Se rehusaba a pensar, solo deseaba sentir cómo las emociones se agolpaban en su vientre para avivar la hoguera interna, a la vez que su cordura salía volando por la puerta, igual que el gato. ¿Quién podía resistirse al embate de esos labios, de esa lengua tersa, maestra de la seducción? Si ella nada más era una chica enamorada... Lo mejor que podía hacer era gozar el ahora y después enfrentar las consecuencias de sus actos, entonces sus manos se escurrieron por debajo de la camisa para asirse de los musculosos costados con fuerza.

Gabriel sintió cómo su cuerpo reaccionaba en segundos ante la intensa respuesta de la niña; su virilidad a tono le exigió el contacto total, la posesión, adentrarse al único rincón que le daría el alivio, el desahogo para recuperar la paz mental o para terminar de enloquecer en ese mar de sensualidad.

—Regina... —empujó a la chica hasta topar con la trinchera[20]. Sin más aviso, derribó las bolsas con todo y su contenido y la sentó sobre la cubierta pulida—. ¡Preciosa Regina! —Con manos temblorosas apartó el rubio pelo de su rostro para mirar con oscurecido verdor la agitada miel de los suyos—. Dime que me deseas tanto como yo a ti —exigió. Con toda intención, jugaba con los trémulos labios con su boca sin consumir la acción—. ¡Dímelo, Regina!

—¡Te deseo, Gabriel! —Sin poder soportar la espera, unió sus labios a la boca incitadora para exigir el néctar embriagante que la esclavizaba sin remedio. Con una sed insaciable, devolvió beso por beso, mordida por mordida, lamida por lamida, al tiempo que sus manos acariciaban e incursionaban en sitios que nunca antes se había atrevido a explorar.

—¡Dios! —Qué adorable tortura era sentir las pequeñas manos presionar su inflamada hombría—. ¡Me vuelves loco, niña! —Sus palabras salieron entremezcladas con jadeos agonizantes de placer.

—¡Gabriel, hijo! ¿Dónde te metes? Es hora del desayuno.

Un segundo antes de que Gregoria los descubriera con las manos literalmente en la masa, Regina se bajó *ipso facto* de su nube de placer y se ocupó en recoger la fruta y verdura regada por el piso. Gabriel, por su parte, excitado como nunca, se apartó un paso de la chica y cruzó sus manos como al descuido sobre su entrepierna.

—Aquí estás. ¿Todavía en ropa de dormir? Ya no tarda en llegar tu abogado y tú...

Gregoria guardó silencio, no tenía caso seguir. Gabriel no la podía escuchar por la sencilla razón de que su cabeza no estaba ahí; en ese momento se encontraba entre las piernas de su ama de llaves.

—Con permiso. —A la velocidad de la luz, con las bolsas del mandado a cuestas, Regina se dirigió a la cocina que ya bullía con la actividad del día.

—¿Ya te vas, niña? —Quiso saber Gregoria, horas después.

—¿Necesitas algo? —preguntó la aludida a un paso de la puerta.

—Sí. Que hablemos antes de que te marches.

—Me imagino de lo que se trata. —Todo el día esperó por esa conversación.

—Mejor, así no te sorprenderé con lo que te voy a pedir. —La tomó de la mano para llevarla a la mesa del comedor, a esa hora, ya despejado—. Ven, siéntate un momento, por favor. No andaré con rodeos, niña; quiero que te alejes de Gabriel. —Le dolió en el alma hablarle en ese tono, pero era indispensable—. No me mires así, te lo pido por tu bien. Aún estás a tiempo de forjarte un futuro, de casarte, de formar una familia, de darle nietos a...

—No creo que eso suceda nunca —respondió con el dolor reflejado en su rostro.

—Regina, entiende que este sentimiento que ahora te hace flotar sobre nubes, más tarde será tu condenación. La vida no es un cuento de hadas, hija. Los hombres ricos no se quedan con las chicas pobres. Una vez que se cansan de sus juguetes se casan con una señorita de sociedad y las jóvenes como tú terminan embarazadas y repudiadas por la sociedad, la fam...

—¡Lo amo con toda mi alma, Greg! —la interrumpió con pasión—. Me conformo con lo poco que me pueda dar. Juro que no ambiciono más — confesó con las manos unidas en clara súplica.

—Regina, si no acatas mi orden, tendrás que marcharte de aquí. —Hubiera querido no tener que llegar a ese extremo, pero la chica no le dejaba opción.

—Entiendo. No puedo asegurarte que no volveré a caer en la tentación, pero lo que sí puedo prometerte es que, de suceder así, me marcharé y no volverás a saber de mí.

## CAPÍTULO XIV

La gran noche de premiación llegó. Rosalía se encontraba en la salita de su casa con los últimos retoques al peinado de Regina, y José Pedro se arreglaba en la habitación.

—Mi rey, ven a ver a la belleza que llevarás al evento —invitó boquiabierta de admiración por la sonrojada niña que se negaba a ver su imagen en el espejo.

Cuando Rosalía escuchó abrirse la puerta, la tomó de la mano y la hizo girar para que luciera su fabulosa figura envuelta en el precioso vestido blanco de su propia creación.

—¡Válgame Dios! ¿Esta es mi pequeña Regina? —«En verdad no hay en el mundo criatura igual», pensó al verla brillar como un ángel celestial.

—¡La misma que viste y calza! —Rosalía no cabía en sí del orgullo. Tenía la certeza de que esa chica estaba predestinada para ser algo grande y no solo por su belleza exterior, sino por su interior más bello aún y por esa inteligencia, valentía y tesón inigualables.

—Me temo que toda la noche estaré muy ocupado defendiendo la honra de esta preciosa mujer. Más vale que vaya bien armado —bromeó al colgarse del brazo a la callada niña.

—No digas tonterías; tú no tienes ningún arma. —Rosalía se abrió paso entre los dos y los abrazó feliz de la hermosa familia que tenía.

—Y ningún caballero peleará por mí, así que dejen de apenarme con sus cosas.

Al negarse a ver su esplendoroso reflejo, Regina no se percató que parecía una princesa de cuentos; en parte sí, por su grandioso vestido de noche. Este era por supuesto largo, de línea entallada y juvenil; cuello cuadrado y algo bajo, caderas sugeridas y falda con suave caída al piso. El modelo contaba con ciertos detalles que lo distinguían de cualquier otro vestido de noche de la época: su manga corta y bombacha y su elegante bordado de pedrería al pecho; pero en especial lo era la coqueta cola al final del trasero de la falda, que lo convertía en una pieza única, novedosa y soberbia, completo de su inspiración. Seguro era que, con ese atuendo, Regina lograría extraer los gemidos de admiración de cuanta dama tuviera la suerte de verlo.

El trabajo de Rosalía fue también espectacular. Con hebras de los rubios cabellos y tiras de pedrería, elaboró un intrincado tejido en forma de diadema para enmarcar el precioso rostro de la chica; como complemento, aplicó un sutil maquillaje para hacer destacar la esencia, estilo y elegancia innata en ella.

Regina era del tipo de mujer que, una vez fuera de su disfraz de sirvienta, era difícil de olvidar. Contaba con la mezcla justa de distinción, naturalidad y sencillez de una dama en toda la extensión de la palabra, a pesar de su juventud.

Tal como lo había vaticinado José Pedro, el arribo de ellos levantó revuelo y no fue por su presencia, todo era gracias a la espectacular compañera que no parecía entender lo que despertaba a su paso. Muestras de admiración, envidia y deseo fueron los sentimientos que acompañaron a la pareja hasta la mesa reservada para Sanclemente y familia.

—¿Te encuentras bien, pequeña? No has pronunciado palabra desde que llegamos. —A media hora de su arribo, el periodista rompió el silencio para sacar a la niña de su mutismo. Él sabía de sobra que no era debido al ambiente, ella había nacido en medio de él.

—¡Oh, sí! Perdona mi falta de cortesía. Solo recordaba la última vez que estuve en una celebración pública en compañía de mis padres —replicó con

ojos de añoranza.

—Lo siento, querida, no pensé que pudieras sentirte así. —Cubrió con un apretón cariñoso sus pequeñas manos cruzadas sobre la mesa—. Te prometo que nos retiraremos en cuanto termine la premiación. —Le aseguró decidido. Él también quería estar al lado de su amada Rosalía.

—¡No! Esta es tu noche y quiero que la disfrutes. Yo estaré bien —dijo con rotundidad y le brindó una brillante sonrisa para dar fe de sus palabras.

A partir de ese momento, Regina decidió esforzarse por pasarla bien, después de todo, quien sabía si alguna vez volviera a pisar un lugar así, abarrotado de la crema y nata de la sociedad colombiana entre celebridades del periodismo, escritores nacionales y extranjeros y empresarios y políticos. Dato que le había dado su primo de camino al encuentro.

Conforme avanzaba la noche, algunas amistades y conocidos del gremio se acercaron a saludar a José Pedro y a la que creían su bella esposa; raudo y veloz el considerado hombre corregía el malentendido, para evitar que Regina se sintiera incómoda.

—José Pedro, de verdad, si a ti no te afecta que la gente crea que soy tu esposa, a mí no me incomoda en absoluto —comentó amable. A su mente acudió con horror esa imagen repetitiva el resto de la noche.

—Tienes razón, qué más da, si a muchos de ellos ni los volveremos a ver... —Elevó los hombros en un gesto gracioso de conformidad.

—¡Mira! Parece que ya va a empezar la premiación —anunció Regina emocionada.

Al segundo se encendieron las luces del escenario montado para la ocasión, bajaron la intensidad de las lámparas sobre las mesas de invitados y el barullo de voces se apagó. Al momento siguiente, un hombre maduro y de baja estatura subió al templete y les habló con una voz tan poderosa que Regina se imaginó a Gruñón[21] en taparrabos hablándoles a los espectadores. Esa idea le dio un buen motivo para sonreír con más frecuencia.

El anunciante se dirigió a los organizadores del evento para darles las

gracias y también agradeció la asistencia del resto de los presentes, tanto nominados como invitados a la celebración, nombrándolos por orden de importancia y jerarquía nacional e internacional, pidiendo los concebidos aplausos para cada uno de ellos.

—Y, por último, pero no por ello menos importante, pido un aplauso caluroso para nuestro principal patrocinador de este magno evento, recién llegado de la ciudad de Londres, Inglaterra: don Gabriel Ponce de León y Betancur.

Regina casi muere de la impresión al enterarse de que su patrón se encontraba ahí, a solo tres mesas de distancia; de pie, saludaba con su brillante sonrisa a un lado y a otro, acompañado de su inseparable amigo Roberto y de una preciosa morena que lo miraba con arrobos.

—Y el momento que todos esperábamos... —la voz atronadora de Gruñón la volvió al evento sin poder reclamar a su primo que no la previniera (más tarde se enteró de que el empresario había notificado su presencia a última hora)—. El premio al mejor trabajo periodístico del año es para... José Pedro Sanclemente Zuluaga, por «La otra cara del progreso».

José Pedro estaba conmocionado, incapaz de creerse el anuncio a pesar de ser un sueño anhelado por años y por el que había trabajado con ahínco robándole horas al descanso. Lentamente se puso de pie, observó en todas direcciones y comenzó a aceptar que se trataba de él al ver que todos lo felicitaban con aplausos, silbidos y gritos emotivos.

—Gané, pequeña... ¡Gané! —vibrante de emoción levantó a la conmovida chica y la abrazó con tanta fuerza que Regina pensó que moriría asfixiada, luego la hizo girar en el aire para regocijo de todos los presentes. Solo un par de ojos verde jade tacharon la escena de desagradable e indecente, porque conocía la historia del galardonado y su querida.

—Muchas gracias a todos los que hicieron posible esta maravillosa noche para mí. En verdad deseaba este premio, pero me faltó fe para creer que lo merecía. —José Pedro besó con pasión su trofeo, luego lo levantó al cielo en

señal de triunfo—. Gracias a todas las mujeres valientes y en especial a mi inspiración —en ese momento su mirada se clavó en Regina—, por hacerme ver que no hay lucha que se compare con la que enfrentan nuestras niñas y jóvenes colombianas que han tenido que abandonar su terruño, su hogar, para emigrar a las ciudades en busca de una vida digna para ellas y sus familias. —La emoción que liberó por poco le impide terminar su discurso de agradecimiento, pero lo más grandioso fue que muchos de los ahí presentes pasaron con dificultad el nudo de tribulación de sus gargantas.

El público irrumpió el silencio en un aplauso atronador, convencidos de que había ganado el mejor. Esa noche más de un empresario, funcionario del gobierno y político, se quedó mudo ante los hechos bien conocidos por todos.

—Por favor, estimado columnista de *La linterna*, sírvase abrir el baile con su bellísima esposa. Si nos hace el honor... —Gruñón de nuevo tomó la palabra.

José Pedro se acercó a Regina con una disculpa en el rostro, pero travieso la cambió a dramática galantería cuando estiró la mano y flexionó su cintura al estilo del siglo pasado para solicitarle la pieza de baile.

—¿Cómo resistirme a tanto encanto? —dijo por completo halagada, al tiempo que aceptaba la mano y se ponía en pie para cumplir la encomienda de su prima con toda formalidad.

Minutos después, se agregaron más parejas a la pista y con eso se dio inicio oficial a la fiesta de premiación.

—Objetivo de verde mirada a la seis —susurró José Pedro a su oído.

—¿Perdón? —La connotación militar confundió a Regina por completo.

—Que Ponce de León está justo detrás de ti —aclaró al tiempo que, analítico, estudiaba su reacción.

—¿Viene hacia acá? —«¡Oh, Dios! ¿Por qué mi vida tiene que ser tan complicada?», con gesto de alarma se cuestionó para sus adentros.

—No, tontita. Está bailando con una morena empalagosa detrás de ti.

—¿Te importa si nos sentamos? —«Con suerte aún no me descubrirá»,

deseó con todo su ser.

—Claro que no. De hecho, debo dejarte un momento a solas porque mi jefe me está haciendo señas de que me acerque a él. ¿No te importa, verdad? —se interesó.

—Por supuesto que no. Ve a por tu ascenso —respondió con ligereza, con la mano empuñada al frente, en perfecta imitación de esos oradores callejeros que andaban tan de moda. Regina no quería que José Pedro se limitara por ella.

—Ni que lo digas, porque me va a salir rana[22]. Ahora vuelvo. —Le hizo un guiño coqueto y luego se alejó hasta perderse entre los danzantes.

En cuanto José Pedro se ausentó de la mesa, Regina se hundió en su silla para pasar desapercibida y, aunque todo parecía indicar que, en relación con el joven Gabriel, lo había conseguido, no sucedió lo mismo con los hombres pasados de copas que empezaron a rondarla.

Un poco ansiosa, veía correr el tiempo sin que regresara su primo; al parecer, el jefe lo estaba reteniendo más de la cuenta. Decidida de ponerse a salvo de los acosos masculinos, se puso de pie y se dirigió al tocador de damas para esperar su regreso.

Una idea por demás equivocada; se vino a dar cuenta al minuto:

—Ven para acá, Cendrillon[23]. Quiero cruzar dos palabritas contigo antes de que te vayas a festejar con tu amante.

Gabriel la alcanzó justo antes de que se perdiera en el interior del cuarto de baño. Casi a rastras la condujo al rincón de un reservado donde más brillaban las pavesas de las decenas de pitillos encendidos, que las escasas lámparas que colgaban de los muros tapizados de oro y púrpura. Un susurro aquí, un gemido allá, risas que se pierden en el tintinear de las copas de las parejas embebidas en caricias yerras era el ambiente reinante.

—Antes que nada, le aclaro que mi primo José Pedro no es...

—No te he traído acá para hablar de él; a decir verdad, solo quiero darte este recuercito para cuando estés retozando con tu QUERIDO «primo» —

habló envenenado por los malignos sentimientos que se lo carcomían por dentro.

Acto seguido, Gabriel tomó los labios pecadores en un beso lleno de rabia, celos y deseos frustrados. Verla ahí, esa noche, tan hermosa representando el papel de una perfecta dama, fue la gota que derramó su vaso de la tolerancia y la cordura. En ese momento no le importó otra cosa que no fuera degradarla a su verdadero estatus de sirvienta embustera y embaucadora de idiotas.

—¡Suélteme, Gabriel, se lo ruego! —Asediada en esa esquina donde era más invisible que su cotidiana realidad, forcejeaba desesperada por zafarse de tan humillante demostración.

—Aún no, hermosa Regina, lo haré cuando consiga mi propósito.

Con manos atrevidas dibujó la preciosa silueta desde el talle hasta las asentaderas y ahí mismo hizo presión para acariciarla con su endurecida entrepierna.

«¡Qué tortura y delicia a la vez son los labios injuriosos con sabor a *champagne* y castigo!», Regina se dirigió a su lastimado corazón. Sabía que no podría resistir por mucho tiempo el embate de la cruel sensualidad de su verdugo personal. Sus fuerzas eran rápidamente disminuidas por la enorme tentación de la carne. No era nada en los brazos de su amado, era poco menos que oro en las manos del orfebre.

La boca masculina jugaba con intencionada pericia con los tersos labios que aún se mantenían inmóviles pero, si algo tenía su dueño, era deseo a raudales y tiempo para entregar el mensaje a la deliciosa criatura que se había convertido en su tormento.

Cuando Regina sintió la osada mano acariciar su seno al desnudo, el intenso gemido que brotó de su garganta fue la ocasión que esperaba el ladrón para robarle el último hálito de oposición que le quedaba. Después de dejar entrar la lengua golosa, su mundo se puso de cabeza y el gozo se posicionó en primera fila en su lista de necesidades. Ya no fue consciente de lo que hacía, sentir era su prioridad.

—Si seguimos adelante, terminaremos por dar un espectáculo aquí —dijo Gabriel con voz ahogada por la pequeña mano que presionaba su virilidad—. Ven conmigo, hermosa Regina.

Las afónicas palabras del agitado hombre actuaron sobre la niña de forma inversa a su intención. Avergonzada, se hizo a un lado para poner distancia de por medio y cubrió su pecho con dedos torpes en tanto luchaba por recuperar el aliento.

—No puedo. José Pedro debe de estar buscándome. —Llevó las temblorosas manos al rostro para aliviar su inquieto espíritu pero, al sentir los cabellos flotar con libertad, se obligó a poner orden en las hebras que lograron escapar de su trenzado.

—¡Me importa un carajo que el mequetrefe de Sanclemente te busque! Ahora mismo te irás conmigo. —Fuera de sí, la tomó con fuerza del brazo y la llevó a la salida.

—¡Suéltame, Gabriel! No iré contigo a ningún lado. —Sabía a la perfección lo que quería él, era lo mismo que anhelaba su ser con todas sus fuerzas, pero aún no estaba preparada para decirle adiós, tal como se lo había prometido a Gregoria.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz autoritaria de José Pedro se dejó escuchar junto a ellos en cuanto salieron de las penumbras.

—Pasa que Regina se va conmigo a la mansión. —Gabriel reaccionó como león en brama en defensa de lo que él consideraba su propiedad.

—¿Es cierto eso, pequeña? —José Pedro la miró mortalmente serio.

«¿De qué cosa me he perdido con Regina? ¿Qué rayos oculta? Un hombre no reacciona, así como así, sin tener algún derecho o estar ebrio, y este sujeto en particular está más sobrio que ninguno», se dijo José Pedro con enojo creciente.

—El señor y yo ya hemos terminado de hablar. De hecho, me gustaría que me llevaras a la pista, primo, esa pieza es de mis preferidas y me encanaría bailarla contigo. —Con gran aplomo tarareó «Hermosa Sabana», al tiempo

que se colgaba de su brazo.

—Ya escuchaste, Ponce de León, suéltala si no quieres que nos liemos a golpes aquí mismo. Me va a encantar ser yo quien de la primicia en *La linterna* —enfrentó al sujeto en cuestión con gran alarde de valentía. Hacía rato que ese *junior* encabezaba su lista de los más canallas.

—Por mí, adelante, Sanclemente. No sabes cómo me va a gustar partirte la cara, ¡imbécil! —respondió con los ojos como llamas incandescentes. Nadie se metía entre él y su hembra sin que pagara el precio de su osadía.

—¡Por favor, José Pedro! No quiero escándalos. —Regina se colocó entre los dos, horrorizada de que pelearan por su causa.

—Amigo, déjalo ya. Están empezando a llamar la atención. —Roberto apareció junto al encabritado hombre, justo a tiempo de detener su mazazo derecho. El periodista no sabía con quién se metía. Gabriel era un demoleedor cuando lo provocaban.

—No te preocupes, pequeña. No será ahora ni aquí —José Pedro le dirigió su más temeraria mirada al hijo de la gran p... que seguía sin soltarle el brazo.

En cuanto quedó en libertad, Regina se alejó con paso apresurado, pálida como una vela, temerosa de otro arrebató de Gabriel.

Muy cerca de ahí, un par de ojos negros no se perdió detalle del explosivo encuentro. El portador ya tenía lo que había ido a buscar, ahora solo era cuestión de tiempo...

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, niña —sentenció el periodista de forma rotunda en cuanto se encontraron a solas.

—Lo sé. Perdona que haya echado a perder tu celebración —dijo Regina con mirada arrepentida. Deseaba estar en la privacidad de su habitación para poder rumiar su desasosiego, no en medio de un elegante salón con sonrisa de «acá no pasa nada».

—No fue así, pequeña; solo estoy preocupado por ti. ¿Sabes que te quiero como si fueras mi hermanita, verdad?

—Sí. Yo también te quiero mucho. —Se abrazó a él con fervor y así permaneció por el resto de la pieza interpretada con maestría por la orquesta de Medellín.

—¿Nos sentamos? —Al cabo de cuarenta minutos de baile, José Pedro sugirió atento al silencio en que se había sumido su pareja, seguro debido al cansancio.

—Sí no te importa, preferiría ir a casa —Regina consideró que era buen momento; ya se habían calmado las aguas.

—Claro que no, mi niña. La verdad, muero por estar con mi princesa y entregarle mi trofeo —expresó José Pedro con picardía, cuando se dirigían a la salida con las paradas concebidas para despedirse de los conocidos y admiradores.

—¡Excelente! Dirígete a tu castillo, pero antes déjame en la mansión Ponce de León. —Adelantándose a su reacción aclaró—. No te preocupes por el joven Gabriel, hace rato lo vi cuando se marchaba muy bien acompañado de la morena, así que no creo que esta noche duerma en su habitación —expresó mordiéndose la lengua para no gritar de dolor.

—¿Estás segura de eso? —Estaba convencido de que no era lo más prudente.

—Sí. —«Es todo un sobreprotector este primo mío», se dijo feliz de tener quien la defendiera—. No me mires así; esta es una ocasión para que celebren a solas tú y Rosalía, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo contigo, mi pequeña Regina —comentó sonriente antes de ayudarla a bajar del auto. En la acera, tomó su mano y se la llevó a los labios—. Gracias por todo.

—Ha sido un placer acompañarte, José Pedro. No todos los días se pasa la noche con un triunfador.

—¿Vas a estar bien? —insistió al tiempo que la ayudaba a abrir la puerta de servicio.

—Te lo prometo. Anda, ve con tu princesa, que debe estar ansiosa por saber

de ti.

## CAPÍTULO XV

Sonriendo de gozo por los enamorados, Regina entró y aseguró la puerta por dentro en plena oscuridad; había hecho lo mismo por tanto tiempo que conocía la cerradura con los ojos cerrados, no en balde era «el ama de llaves» de la mansión.

Lo que nunca se esperó fue lo que pasó al segundo siguiente: de las sombras salió una siniestra figura que la sujetó por la espalda con la fuerza de un solo brazo y con la mano libre tapó su boca para impedir que gritara. Luego, sin miramientos, fue cargada cual fardo de heno sobre el costado de su raptor, quien la llevó por toda la casa hasta la planta alta sin miramientos.

No se necesitaba ser un genio para saber que el inesperado secuestrador no era otro que el joven Gabriel, pero no por eso era menos preocupante su proceder.

—¿Qué hace aquí? —Fue lo único que se le ocurrió decir cuando sus pies «tocaron tierra». Lo hacía lejos con la morena—. ¿Por qué me ha traído a su habitación? —preguntó recapitulando.

—Primero, aquí vivo, y segundo, porque puedo. ¿Satisfecha? —respondió cuando cerraba la puerta con llave, la misma que se guardó en el bolsillo del pantalón sin apartar la fulgurante mirada de su rostro—. Antes de que empieces a gritar, te advierto que estamos solos en la casa. Gregoria tuvo que salir a ver a su amiga moribunda; naturalmente, acompañada de Moisés —agregó lo último con claro regocijo.

—¡Oh, no, pobre Greg! —comentó afligida, a pesar de que su situación era

más lamentable que la de la nana—. ¿Qué es lo que quiere de mí, joven Gabriel? —Lo enfrentó con la barbilla levantada.

—¿No te lo imaginas? ¡Cuánta inocencia! —dijo sarcástico.

—Por favor, déjese de juegos. —La mirada verde era tan transparente que la asustaba; en ella veía un desprecio infinito y ¿repugnancia?

—Lo que menos tengo en mente es jugar contigo, hermosa Regina. —Llevó su mano al rubio cabello y con una tranquilidad pasmosa desprendió las horquillas que lo sujetaban.

—Quiero ir a mi habitación, estoy cansada. —No mostraría miedo, eso sería peor que rendirse antes de luchar.

—Ya lo creo que estás cansada, linda. Te prometo que después de que me sirvas te dejaré ir. —El varonil rostro mostraba pura y llana crueldad.

—No está hablando en serio, ¿cierto? —«Ten cuidado con lo que pides...», se dijo al recordar los cientos de veces que oró con devoción por estar de nuevo en sus brazos. Él era un hombre prohibido para ella, nunca lo debía haber olvidado.

—Muy en serio. Yo diría que es lo más serio que he dicho en mucho tiempo —hablaba de forma pausada, casi parecía tranquilo; en su rostro ahora no había emoción alguna.

—Entonces, ¿piensa forzarme? —lo retó con fiereza, a pesar de la sensualidad que despertaban sus dedos al revolotear por su rostro. La prioridad era evitar el fatal desenlace.

—Claro que no, preciosa; los dos sabemos que esto lo deseas tanto como yo. —Con caricias burdas recorrió su espalda y trasero y luego la pegó a su endurecida entrepierna; única parte de su anatomía que no podía ocultar la ardiente necesidad.

—¿Por qué, joven? —Cuando vio su fugaz gesto de confusión decidió aprovechar el momento para hacerlo recapacitar—. ¿Por qué se ensaña conmigo? Solo soy una sirvienta, una chica humilde que necesita trabajar para ayudar a su madre, sin nada de importancia y valor para usted.

—Eso es lo que quieres que todo el mundo crea, pero yo te conozco de verdad; sé de tus embustes y bajos instintos. Has estado jugando conmigo desde que nos conocimos y ya me colmaste la paciencia. A partir de hoy las cosas se harán a mi modo y ahora me place quitarme las ganas contigo. —Por fin estaba dejando a la vista su verdadero sentir.

«Debería estar feliz. Mi sueño se hará realidad, pero ¿por qué a este precio? Cree que soy una mujer sin moral y sin escrúpulos, una mujer capaz de andar con este y con el otro sin que me importe su estado civil o nivel social. Qué más da si a final de cuentas sigo siendo solo una mujer invisible, sin derechos ni para soñar», reflexionó con tristeza.

—¿Supongo que lo que diga a mi favor no servirá para que cambie su opinión de mí? —Más que pregunta, la observación de Regina fue una afirmación—. Así que, lo que vaya a ser, que sea de una vez —dijo tirando su última carta.

—¡No, no, no, no, no! A mí no me vas a echar a perder la fiesta, niña mustia. —Con pésima actitud, Gabriel cogió el cuello del vestido y lo deslizó hasta el piso, luego la tomó en sus brazos y caminó con ella hasta la cama, donde la recostó con mejores modos al ver sus ojos desorbitados de miedo.

De pie, Gabriel devoró su visión envuelta en una exquisita prenda de una pieza, que cubría sus partes íntimas con sensual inocencia, al tiempo que se despojaba de su ropa frente a la silenciosa mirada de miel. Ante lo irremediable, Regina no bajó los párpados, con el corazón desbocado decidió que esta vez adoraría con sus ojos, con sus labios, con sus manos, cada parte del hermoso cuerpo de él.

Gabriel estaba más que listo para iniciar el seductor cortejo, porque no se conformaría solo con desfogar su virilidad dentro de la chica, no, quería verla rendida ante él, que le rogara por sus besos y caricias, hasta que no le quedara duda de que en su cabeza no había otro hombre que no fuera él.

Se tendió sobre ella, apoyado en sus brazos para no lastimarla, y sin delicadezas sujetó su rostro para evitar que lo volviera de lado, luego inclinó

su cabeza y se posesionó de los tersos labios en un beso incitador, lleno de sensualidad. Sabía que a ella le gustaba besar y a él le chiflaba besarla. Besaría sus labios y todo su cuerpo para hacerla estallar.

Este encuentro no se parecía en nada a su primera vez, pensó Regina turbada. Esta vez la habitación se encontraba iluminada por las lamparitas de noche y Gabriel estaba por completo sobrio y de un ánimo muy perturbador. Podía constatar que era él, eran sus labios los que la besaban, eran sus manos las que la acariciaban, eran su aliento y su aroma los que le nublaban la razón, pero su mirada no era la del hombre que la despreciaba, ahora había un brillo siniestro, capaz de esclavizarla o aniquilarla de ser su deseo.

Gabriel abandonó los labios que se mantenían cerrados, su orgullo le impedía imponerse sobre ella; mejor se afanaría por conseguir que, por su propia voluntad, Regina suplicara por sus favores.

El primer paso fue cambiar de estrategia. Su boca emigró de escenario para recorrer su cuerpo, desde la curvatura del delgado cuello, donde inhaló el aroma a jazmines que lo trastocaba, hasta los firmes pechos donde hicieron una estación para jugar con las exaltadas aureolas sobre la delgada tela. Siguió de frente con su recorrido, y gozó con el gemido entrecortado que escuchó cuando sus dientes imprimieron suaves mordiscos sobre la piel de su vientre plano. Por más prometedora que fuera la zona, aún faltaba algo de recorrido de la boca golosa que quería saborear a la chica por entero. Gabriel convidó a su lengua para que saboreara la piel de las sedosas piernas, de ida y vuelta, hasta llegar a la curva de la cadera, donde decidió hacer una parada importante. Esta vez la tela le estorbó demasiado, pero se tomó su tiempo para preparar el terreno. De rodillas, sobre el colchón, miró a la chica con intensidad. Sin despegar sus ojos de la miel turbia de los suyos hizo a un lado los encajes, con pasmosa lentitud. El ansiado contacto con la íntima piel llegó, con movimientos diestros reconoció las formas, los pliegues; poco a poco, sin prisas ni titubeos permitió a sus dedos adentrarse en la húmeda profundidad.

Sorprendida, Regina cerró las piernas de pronto, de forma instintiva sujetó la mano curiosa, movida por el temor de las desconocidas tácticas.

—¡Quieta! —Gabriel reaccionó veloz, con una mano apresó las delgadas muñecas sobre su vientre, al tiempo que metía la rodilla entre sus muslos y volvía al ataque con una sonrisa casi diabólica.

—¡Oh, cielos! —jadeó la niña con fuerza y entrecerró los ojos, incapaz de negarse a la experiencia devastadora que había encendido la hoguera de su cuerpo.

Cuando Gabriel se sintió en control absoluto de la situación, liberó las manos y dirigió su boca a los succulentos labios para beberse cada gemido que salía de su garganta; esta vez su lengua fue recibida sin obstáculos y por fin pudo extasiarse en el embriagante sabor de su interior con apetito voraz.

Regina se sentía sumergida en un peligroso mar de sensualidad, jadeante dentro de la boca experta en seducción, con la necesidad agónica de gozar de la experiencia, pero también de devolver gozo a manos llenas.

Sus dedos viajaron a la fuerte espalda de Gabriel para tocar cada centímetro de piel con fascinación; sus yemas dibujaron la dureza de los músculos, las elevaciones y depresiones desde la nuca hasta las asentaderas.

Gabriel se sentía demasiado enardecido como para alargar por más tiempo el momento. La espera fue por interminables meses, muchas noches acumuladas, multitud de sueños que calentaron sus ganas y su mente; lo único que lo detenía era escuchar la esperada invitación de Regina.

Sacaría su siguiente as de la manga, que lo estaba reservando para el final, porque era uno de los platillos anhelados del cuerpo de tentación y pecado de la niña.

Con movimientos diestros de sus dientes desató los lazos que aún mantenían la ropa interior en su lugar. En cuanto los cremosos senos estuvieron al aire, atacó hambriento primero uno, luego el otro, sin olvidar las intrépidas caricias de sus dedos en la entrepierna.

Como si hubiera destapado el pozo de las ansiedades, Gabriel presenció

fascinado cómo Regina se deshizo en elocuentes jadeos que hablaban de su intensa emoción. Sin apartar su mirada oscurecida por la pasión que lo consumía, esperó paciente mientras sus labios jugaban una carrera contra las manos por alcanzar la gloria de su estrechez.

—¡Gabriel! —entre jadeos casi animales, Regina pronunció su nombre, no sabía qué decir, no sabía qué pedir para aliviar ese afán que partía su cuerpo en dos. Sentía en su interior crecer una llama que no sabía cómo apagar, era algo tan intenso que resultaba doloroso, casi mortal.

—Dime Regina, ¿qué quieres de mí? —Como la serpiente del Edén, Gabriel la seducía con sus modos encantadores.

—¡No lo sé! ¡Por favor, Gabriel! —De forma instintiva levantó sus caderas y los dedos se adentraron más en ella, torturándola, enloqueciéndola sin fin.

¿Sería posible que esa chica nunca hubiera gozado del maravilloso éxtasis de la liberación? ¿Era posible eso con tanto camino recorrido? Qué mala suerte la suya si es que era sincera. Todo parecía indicar que, después de todo, sí sería su primera vez en algo, porque de lo que estaba bien seguro Gabriel era de que en ese momento la iba a llevar a la gloria.

Sin pensarlo dos veces la despojó de un tirón de su ropa interior y se acomodó para investirla con todas las fuerzas de sus anhelos.

Qué increíble estrechez... así como en sus sueños. La experiencia de estar dentro de Regina era tan familiar para él que tenía la sensación de haberlo vivido antes. Tanto había soñado con ese momento ahora hecho realidad. Se sentía tan maravillosamente bien entre sus piernas, como si ambos se pertenecieran de antes, de siempre, como si hubiera vuelto de un largo viaje y estuviera de nuevo en el hogar.

—¿Esto es lo que querías, preciosa? —Decidido a sacar de su cabeza esos pensamientos tan aberrantes, hizo acopio de una frialdad que no sentía, pero que sí necesitaba para no quedar anudado a ella.

Desconcertada al escuchar la voz de hielo, Regina abrió los ojos brillantes por las lágrimas que se empeñaban en aflorar. Ver al bello hombre que

destilaba desamor con tanta facilidad, incluso en ese momento tan sublime, era muy duro y doloroso.

—¡Respóndeme, Regina! —Esa mujer tenía el don de hacerlo sentir inseguro de sí mismo y eso era inaceptable para él.

Gabriel arreció el ritmo de su cadera motivado por su afán absoluto de dominación; esa noche conseguiría que la chica quedara embebida en él, sometida a sus caprichos.

«¿Cómo responder a esa pregunta?», se decía Regina, ¿qué sabía ella del tema?, si lo aprendido hasta ahora había sido con él. Estar en la intimidad con el ser amado era como alcanzar la gloria. De eso sí estaba segura. También podía asegurar que se avecinaba algo grande y arrollador dentro de ella, lo podía distinguir nacido de sus entrañas; era como una gran ola que amenazaba con barrer a su paso hasta con su alma. Segundos después, elevó un grito de placer. Su cuerpo se agitó por efectos de la increíble convulsión espasmódica que experimentó por vez primera en la vida, sin soltarse del amarre a la fuerte espalda para mantener el contacto con la realidad. Si eso era de lo que se había perdido la vez anterior, estaba frita, porque el solo hecho de aceptar una vida sin el hombre amado era más que castigo, para ahora agregarle la tortura de saber lo que era no estar metida en su cama.

Gabriel apenas fue consciente de Regina y de su grandiosa liberación, él mismo estaba lidiando con su avasalladora descarga, demasiado sorprendido y aturdido para poder pensar. Solamente quería gozar el momento, alargarlo una eternidad.

Poco a poco los amantes cayeron en el delicioso letargo que llega cuando el cuerpo ha sido sometido a semejante desfogue de energía.

Gabriel seguía dentro de la chica, aniquilado con la maravillosa vivencia, esforzado en recobrar el aliento y el ritmo normal de su corazón. Cuando su cuerpo empezó a enfriarse, también se enfrió su cabeza y los pensamientos en tropel acudieron a ella para torturarlo. La magia del momento había pasado, nada más quedaba la conciencia de la realidad: había retozado en la cama,

como nunca antes, con la casquivana de Regina.

Levantó la cabeza y se sostuvo en sus brazos para romper todo contacto con el cuerpo de tentación. Era tal la inquietud ante semejante experiencia vivida con ella que temía perder su identidad y su alma. Sin si quiera mirarla a los ojos salió de su interior y se echó a un lado antes de decidir el siguiente paso. Un minuto después, seguro de a dónde quería llevar el encuentro, se levantó, envuelto en su exultante desnudez.

—¡Gabriel! —Su nombre se escuchó como una súplica, no quería que se alejara de ella, así, encerrado en un oscuro silencio—. ¡Por favor, di algo!

—Ahora lo único que quiero es darme una ducha para despojarme de los restos de ti. Siento asco de todo. —Su rostro era el vivo retrato de la abominación.

Al escuchar las terribles palabras de su amado, Regina sintió que le clavaban una daga en el corazón. En un intento por detener lo inevitable, se cubrió el rostro con las manos y un llanto con matices de histeria la invadió; temblaba de pies a cabeza.

Gabriel detuvo sus pasos, confundido, en una lucha interna por consolar a la chica o alejarse para siempre de ella.

—¿Cómo puedes decir eso? Después de que me entregué a ti en cuerpo y alma.

—Sí. Y antes a Sanclemente y a quién sabe cuántos más —agregó cruel—. ¿Por qué no me vas a negar que ya no eras pura ni casta? —preguntó con rabia.

—Yo solo he sido tuya, Gabriel —Regina no soportó seguir recostada en el lecho revuelto, enredada en la sábana se acercó a él para suplicarle que le creyera.

—¡Por favor, Regina!, no insultes mi inteligencia, no soy ningún niño para no saber lo que le sucede a la mujer en su primera vez. —En dos zancadas se puso junto a la cama y de un solo manotazo tiró cojines y almohadas para revisarla—. ¡Señálame la evidencia de tu virtud mancillada! —exigió lleno

de ira ante la burla de que era objeto—. ¡Oh, ya sé! Es aquí donde quedó estampada la marca. —Con innecesaria brusquedad arrancó la sábana que la cubría y la arrojó a la cama para examinarla—. ¿Lo ves? en ningún lado está la muestra de que te he desvirgado.

Regina sabía de lo que hablaba, su prima se lo había confiado para cuando llegara su momento. Pero su momento llegó y pasó en la ignominia y no había forma de rescatarlo para probar la inocencia de sus actos y su fiel e insustituible amor por él.

Gabriel apartó su ofuscada mirada de la imagen de niña perdida de Regina para levantar su vestido y entregárselo, luego recuperó la llave y abrió la puerta—. Vístete y retírate, por ahora no necesitaré más de tus servicios.

Sin poder resistirse a la visión envuelta en su blancura, se quedó anclado en el sitio, para mirar cómo Regina se convertía de nuevo en la princesa del cuento; una princesa que parecía muy infeliz, su cuerpo se sacudía por el llanto de camino a la salida.

—Regina... —Sin estar seguro de lo que hacía la tomó del brazo para detenerla.

—¡Déjame!, ¡por favor! —rogó cansina.

—No puedo. —Su voz se escuchó enronquecida por la emoción—. Esto que siento es más fuerte que yo... —Antes de que la chica dijera nada, la envolvió en sus brazos, la ciñó con fuerza contra él y la meció con infinita ternura. Eso hablaba de su propia lucha, de sus dudas, de sus miedos pero, sobre todo, de su gran pasión por ella.

Sin planearlo, sin pensarlo, las bocas se unieron para decirse con besos lo que sus gargantas no se atrevían a expresar. Gabriel no necesitó más invitación para tomar de nuevo el delicioso cuerpo y poseerlo con todas las fuerzas de su hambrienta humanidad.

—Envuélveme con tu estrechez, mi niña bonita. —Con esas palabras se hundió delirante en ella—. ¡Oh, Dios! Cuando estoy dentro de ti, me siento en la cima del cielo, preciosa Regina.

Decidido a disfrutar el momento, Gabriel alejó todo pensamiento coherente de su cabeza y permitió que su cuerpo tomara el control hasta llevarlo a un nivel insoportable e irrefrenable de tensión. Fue así como alcanzó el poderoso clímax, el máximo nivel de convulsión espasmódica jamás experimentado con otra mujer.

Segundos después, fue testigo de la increíble liberación de Regina, esta gemía con una sensualidad excitante; su cuerpo se estremecía con una fuerza casi animal.

Cuando el cansancio se apoderó de sus fuerzas, Gabriel cerró los ojos con la imagen del bello rostro dormido en su memoria.

Diez minutos después, Regina abandonó la habitación como muerta por dentro. Ya no fue capaz de sentir, ni de pensar, su mente giraba instrucciones de forma automática al cuerpo para dar cumplimiento a su palabra. Con rapidez redactó una carta de despedida para la nana y con sus pocas pertenencias se fue para nunca más volver.

Caminó por horas, sin rumbo fijo, solo con el sonido de sus pasos para acompañarla. La ciudad dormía, no había alma viviente por las calles; a veces, se cruzaba con uno que otro perro vagabundo igual que ella. A casa no podía ir, no sabía qué decir; con Rosalía y José Pedro tampoco, por fin todo marchaba bien como para ir a inquietarlos. El tío Octavio estaba demasiado lejos y en un lugar prohibido para ella.

Sus pies cansados la llevaron hasta el parque de Berrío. En las penumbras distinguió una banca de fierro y ahí se sentó para dar tiempo a que amaneciera. «De día todo será mejor», declaró en voz alta, con el último hálito de optimismo.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿Te caíste del cielo, cosita linda?

Regina se había quedado dormida, agotada de tanto sufrir. Entre las nebulosas de su cabeza creyó distinguir una voz, pero no era la de su amado. Con lentitud abrió los ojos, ya amanecía; con horror descubrió que frente a

ella había dos tipos desgarrados que la miraban como lobos hambrientos. De inmediato su olfato detectó el desagradable olor a alcohol barato y ropa sucia endurecida por la mugre acumulada. Sin detenerse a pensar se levantó de un salto y echó a correr en desbandada.

—¡Espera, muñeca!, no te haremos daño. Solo queremos jugar un rato contigo. —Le gritaron los vagos cuando corrían tras ella.

El parque era grande y su carrera parecía interminable. De pronto, este llegó a su fin y la obligó a detenerse. Con un nervioso cabeceo, Regina miró a derecha e izquierda repetidas veces, no atinaba a decidir qué rumbo tomar, pero las pisadas y bramidos del par de hombres casi estaban en su nuca. El tiempo se le agotó y una mano alcanzó su hombro. Como en una película de cine mudo, de reojo alcanzó a mirar cómo daba un salto hacia ella el sujeto que venía detrás y el primero estiraba su huesudo brazo para atraparla por completo, entonces el pavor la arrojó a la calle. Lo último que escucharon sus oídos fue el chirrido de las llantas de un auto y un quejido desgarrador que parecía haber salido de su garganta, luego, nada.

FIN

PRÓXIMAMENTE...

RESURGIENDO DE LAS CENIZAS

INVISIBLE

LIBRO II

Olga Hermon

CAPÍTULO I

—¡Madre mía!, Ruperto, ¿qué has hecho? —preguntó la voz angustiada de la mujer al verlo.

—Creo que la he matado, María —se lamentó con la carga inerte en sus brazos.

—¡Dios nos agarre confesados! —rogó su esposa con la vista vuelta hacia el techo mientras se santiguaba.

El tembloroso hombre recostó a la joven sobre la humilde cama de madera burda y su esposa se aprestó a buscar el latido del corazón en el pecho embadurnado de sangre.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —La débil voz era casi un susurro.

—Mi nombre es María. Estás en la casa del chofer de la mansión Olaya. Mi esposo te trajo aquí. Él te dio un golpe con el coche sin querer —confesó con rostro atribulado, de pie junto a ella—. Pensó que estabas muerta. Cuando te trajo, apenas tenías latidos. —Su voz se apagó al final, pero la expresión de sus ojos angustiados suplicaba por el perdón.

—Ahora lo recuerdo. Yo tuve la culpa —aseguró llevándose la mano a su dolorida cabeza, ahí se topó con un vendaje que le rodeaba la frente como una diadema de princesa—, lo siento mucho. —Lo dijo tanto por ella como por los esposos. De pronto, a su mente llegaron con claridad las imágenes de la persecución de los vagos en el parque de Berrío y su imprudente reacción al cruzar la calle sin ver—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó sin dejar de mirar el rostro curtido de la mujer.

—Un día. Dice el médico que estarás bien. Sufriste una pequeña con... confusión.

—Contusión —la corrigió con amabilidad.

—¿Recuerdas cómo te llamas?

—Sí. Regina Cano —respondió sin dudar.

Trató de incorporarse en el colchón que la arropaba con sofoco, pero su cuerpo lastimado no la ayudó, además, María de inmediato hizo un ademán de detenerla. Resignada, se conformó con mirar desde su sitio todo a su alrededor: lo que percibió le habló de estrechez económica, pero también de calor de hogar. «¿Cómo harían para solventar el gasto del médico?», se preguntó preocupada por ocasionarles problemas.

—La patrona lo pagó —dijo la intuitiva mujer al adivinar lo que pasaba por su mente.

—Debo irme, no quiero causar más molestias —decidida, intentó de nuevo levantarse, pero esta vez María la retuvo por los hombros al tiempo que pronunciaba un rotundo «No»—. En cuanto encuentre trabajo devolveré lo que han gastado en mí —prometió apenada.

—Si quieres, aquí tenemos empleo para ti. Hace tiempo que necesito una ayudante ¿Sabes limpiar? La paga no es tan mala —agregó esperanzada.

—Sí. —Regina respondió con ojos brillantes de gusto—. Gracias por todo, María. —Alcanzó su mano y la estrechó con afecto. «Dios cierra puertas, pero abre ventanas», pensó, agradecida al Cielo.

—Trabajarás para Mercedes Olaya y su esposo. Por ahora caen poco por aquí. Pusieron la casa en remodelación antes de venirse a habitarla —explicó con amabilidad.

Después de un gran plato de consomé, otro descanso impuesto por la insistente mujer y un baño de tina, Regina se sintió con fuerzas para conocer la mansión Olaya y sus nuevas obligaciones bajo el mando de María, el ama de llaves del lugar. Vestida con el uniforme de la servidumbre, para variar dos tallas más grandes que la suya, recorrieron las áreas en proceso de remodelación, invadida por lo menos por una docena de hombres recios que gritaban, cantaban y se lanzaban tabiques de barro cocido o herramientas para agilizar el proceso. Al cruzar el salón principal, la niña pudo apreciar que la residencia contaba con servicio telefónico, a pesar de encontrarse en las afueras de la ciudad. Antes de que extrañaran su presencia, pidió permiso para hablar a casa de su prima y a la tienda del pueblo para que le llevaran un mensaje a su madre. Decidió poner a la familia en antecedentes de su nuevo empleo, cosa que le ganó una significativa felicitación por parte de su primo que, por suerte, se creyó el cuento de que por voluntad propia había aceptado el ofrecimiento de su «vieja conocida del mercado de la ciudad».

Las semanas siguientes transcurrieron en una tranquila rutina para Regina: levantarse con la salida del sol, ir detrás de los trabajadores de obra para mantener en lo posible limpia la mansión, y finalmente acostarse con la puesta de sol, tan cansada, que apenas tenía fuerzas para pensar; pero su corazón, que obraba por cuenta propia, de diario la hacía llorar en un lamento quedo, pero doloroso, hasta quedarse dormida.

Por fortuna, con los fines de semana se rompía la rutina y llegaba el alivio

para su cuerpo cansado y de paso para su herido corazón. En La María la esperaba la fiesta segura porque se encontraba toda la familia reunida, incluyendo tío Tavo y su esposa, como en los viejos tiempos. Incluso, la enfermedad de doña Reginalda, les estaba dando un respiro, tanto que hasta su médico se atrevió a sugerir un tiempo sin los medicamentos para que su organismo descansara de ellos. Esto fue un alivio para Regina, que de igual manera tuvo que aceptar la ayuda de don Octavio y José Pedro para sufragar los gastos extras de la casa.

Una mañana mientras suplía a la cocinera que estaba de parto, Regina se puso mal, no pudo soportar el calor del fogón y los olores del cocimiento y las especias al punto del hervor. Enfermó al punto de que fue necesario llamar al médico para que la revisara. María la convenció con el argumento de que podía ser una secuela del golpe recibido, pero el galeno constató lo que ella venía sospechando y sufriendo en silencio hacía tiempo. Estaba esperando un hijo de Gabriel y, aunque la noticia era una bendición, de pronto se le vino el mundo encima porque pensó que su madre recaería por causa de la tremenda noticia.

\*\*\*

En la mansión Ponce de León, de Medellín, los habitantes también sufrían sus propias cuitas. Ahí estaba Gabriel para dar fe de su duelo continuo. Diario se escuchaba su gemido atormentado por una dolencia que no se había podido erradicar. Lejos de sanar de ese mal que lo aquejaba hacía bastante tiempo, agonizaba en sus tormentosas noches en que no hacía otra cosa que arder en las llamas de su mente afiebrada.

Al principio, creyó que lo resolvería tirando la cama de su alcoba; en poco tiempo le siguió el resto de los muebles, hasta que finalmente terminó en otra habitación, del otro lado de la casa. Pero sus recuerdos inamovibles sobrevivían a toda lucha. El mal estaba dentro de su cuerpo y le calaba hasta

los huesos, hasta el alma. Su rara enfermedad tenía un nombre: Regina. Regina y el maravilloso recuerdo de la noche que compartieron juntos. Aunque esa noche quedó marcada con su cobarde partida.

En esa ocasión, cuando aún no amanecía, Gabriel despertó de sus sueños para procurar a su hermosa inspiración, pero ella no se encontraba a su lado en la cama. Presintiendo lo peor, salió en su busca; no tardó mucho en descubrir que Regina lo había abandonado. La carta de despedida que había dejado en la cocina para su nana era la prueba definitiva de ello. Esa noche, en el silencio abrumador de la casa, solo el sentimiento de traición lo acompañaba. Decidido a ponerle fin a esa historia ridícula de «el patrón y la sirvienta», regresó sobre sus pasos, con la única idea de lavar su cuerpo hasta conseguir tumbarse todo vestigio del aroma dulce de Regina. Una y otra vez talló su piel, hasta convencerse que había borrado todo recuerdo de ella; entonces declaró que ya no habría más noches de insomnio o de calientes sueños. Ese encuentro sería su cura para su tonta obsesión. Ya podía continuar con su planeada vida donde no figuraban las sirvientas en su cama, como siempre debió ser.

Pero, «el hombre propone y el destino dispone...»

Gabriel, no solo no sanó de su locura, un día se levantó con la consigna de encontrar a la niña de sus ojos; fue cuando decidió embarcarse en una odisea de «ires y venires» por toda la ciudad, en busca de su tónico para poder dormir, para poder pensar, para poder funcionar; aun en contra de las críticas de Roberto y de las objeciones de Gregoria.

Su nana decía desconocerlo, su amigo decía igual; para acabar pronto, él también se desconocía. Era la antítesis del Gabriel de un mes atrás. Ahora, más bien parecía un judío errante perseguido por sus demonios. Siempre que se trataba de la belleza de rubios cabellos, el empresario racional y frío desaparecía para dar cabida a un hombre visceral, lleno de sorpresas y contradicciones.

Gabriel detuvo el auto justo en la entrada principal; afuera llovía a cantaros.

Consultó su reloj de cadena para cerciorarse de la hora, aún faltaban treinta minutos para su «cita». Dadas las circunstancias, creyó conveniente adelantarse. Resuelto, salió del auto y corrió hacia el pórtico sin nada para protegerse del aguacero. Golpeó la puerta de madera sólida con el puño y esta se abrió de par en par. Siguió de frente por el espacioso vestíbulo; un inesperado frío le caló hasta los huesos, era el frío que se respiraba en el lugar, porque afuera el clima era templado como siempre. Los roncos jadeos lo guiaron al salón principal; al fondo, sobre el sillón situado al centro, de espaldas a la puerta, follaba con impaciencia una pareja de libertinos que no pudieron llegar a la alcoba.

Eso fue justo lo que pensó en cuanto miró la candente escena «¿Por qué estaba ahí?», se preguntó intrigado. No tenía ni idea, pero sabía que nada bueno debía esperar si acudía a la cita de «un amigo», tal como rezaba al pie de página la carta que encontró en su escritorio esa mañana.

—¡Eres tú! —se descubrió gritando con voz desgarradora. Cuando el hombre se apartó, al escucharlo acercarse, pudo reconocer a su amante; entonces supo de quiénes se trataba—. Nunca has dejado de revolcarte con mi acérrimo enemigo. ¡Maldita! Ahora entiendo tu huida, en cuanto te llamó corríste a él —condenó sin remedio—. ¡Eres de lo peor, Regina!

Sus palabras eran tan duras que cortaban como los carámbanos<sup>[24]</sup> que cuelgan de los altos pinos de las montañas, después de una lluvia de invierno.

—¿Qué haces aquí, Gabriel? No eres bienvenido —bramó Andrés de Toledo, furioso por la interrupción.

—¿Gabriel? —Regina se enderezó en el asiento, con la cabeza pesada como un plomo. Su voz se escuchó rara, distinta, tanto o más extraña de lo que sentía su cuerpo, pero no atinaba a entender lo que le pasaba.

Trató de enfocar su visión borrosa, aunque no tenía duda de haber escuchado la voz de su amado—. ¡Joven Andrés! —exclamó asustada. «¿Qué hacía él ahí?, ¿por qué ella estaba con él?», se preguntó. Asida del respaldo se puso en pie, todo le dio vueltas, apenas fue consciente de que el corpiño del

uniforme resbaló hasta su cintura ante la mirada asesina de Gabriel.

—¡Qué asco me dan los dos! Son tal...

—¡Gabriel, escúchame, por favor! —rogó angustiada—. No comprendo lo que pasa, pero te aseguro que yo no estoy con Andrés —tambaleante caminó hasta él, con la ropa deshecha apretujada contra su pecho.

—No me interesa oír ni de ti ni de ese canalla —los señaló como si fueran poco menos que basura— las mentiras que han urdido entre los dos. — Retrocedió un paso, con el rostro desfigurado por el dolor.

—¡No es ninguna mentira, por Dios, Gabriel, escúchame! —Se acercó implorante hasta alcanzar su brazo.

—¡No me toques! ¡Mujerzuela! —Se zafó con violencia.

—¡Por Dios, no me hables así! —gimió desesperada, con las manos abrazadas a su vientre al sentir que se endurecía por dentro.

—¡Regina, cariño, cálmate! Le puede hacer daño al nene. —De pie, tras ella, Andrés le habló al oído de forma íntima, con las manos sobre sus hombros en actitud tranquilizadora.

—¿Qué nene? ¿De qué habla? —exigió Gabriel. Los oídos le empezaron a zumbar; presentía que estaba a punto de escuchar algo más terrible que su descubrimiento.

—Estoy esperando un hijo tuyo, Gabriel.

—¿De qué hablas, Regina? ¡Creí que ese hijo era mío! —Con rostro de sorpresa, De Toledo la giró sobre su eje como si se tratara de una marioneta.

—¿Qué? —Al escuchar las sandeces del hombre, Regina sintió que el aire le faltaba. No podía desmayarse, tenía que aclarar la situación con Gabriel—. ¡Basta! ¿Por qué haces esto? ¿Por qué mientes? —Se llevó las manos a los oídos con desconsuelo, mientras sus ojos se derramaban a raudales.

—¡Eres una porquería de mujer! Te mereces un hombre como Andrés. — Gabriel escupió con desprecio al rostro lloroso de la chica antes de darse la media vuelta.

—¡Por favor, Gabriel, te ruego que me escuches! —Regina corrió tras él y,

sin preocuparse por otro rechazo, lo sujetó con fiereza de los brazos—. ¡Te amo con todo mi corazón!

—¡Calla, no quiero escucharte más! —dijo sacudiéndose con rudeza de sus manos sin importarle si la lastimaba en el proceso—. Y tú —su dedo índice señaló acusador al hombre, con la mirada como lanzas que ejecutaban la condena—, cuídate de no cruzarte de nuevo en mi camino, nada me gustaría más que retomar la denuncia en tu contra para que te pudras en la cárcel.

—Yo también soy una víctima de esta mujer, Gabriel. —Lo miró con ojos de lobo herido, luego se dirigió a Regina—: ¡No te atrevas a negar que mientras yo vivía en la mansión me perseguiste hasta lograr meterte en mi cama! Tú eres testigo de lo que hablo —insistió mirando de nuevo a Gabriel.

—¡Mientes! Pregúntale a Gregoria, ella te puede decir la verdad —«Si, Greg aclarará las cosas», pensó esperanzada.

—A ella la tienes engañada igual que a nosotros —soltó Andrés—. ¿Sabes que creo? Que ese hijo que esperas no es de ninguno de los dos —agregó con maldad.

—¿Es de Sanclemente, Regina? —preguntó Gabriel de inmediato—. ¿Descubrió la clase de sinvergüenza que eres y no te va a responder? —le gritó al tiempo que la tomaba del brazo con rudeza para obligarla a confesar—. ¿Te mandó a volar, por eso buscas a quién endilgarle tu hijo?

—Señor, ¿necesita ayuda?

De la nada apareció en el salón un hombre al cual Regina reconoció como su amigo Bruno, trabajador de la obra de remodelación, a quien le había intercambiado algunas confidencias de su vida pasada, en respuesta a la «confianza» que le había depositado él. Ahora entendía por qué; solo quería sonsacarla.

—Sí. Saca a esta zunga<sup>[25]</sup> de mi casa. Que te quede claro que ya no es bienvenida aquí —añadió con dramatismo.

El obediente hombre tomó a la sirvienta del codo y prácticamente la arrastró hasta la salida sin que Gabriel hiciera nada por evitarlo; luego, de un

fuerte empujón, Regina fue a dar hasta el camino lodoso.

La niña trastabilló entre los charcos para no caer, acción por completo infructuosa, porque al segundo el fuerte aguacero se soltó de nuevo, y la empapó de pies a cabeza. Mientras sus lágrimas se confundían con la lluvia, levantó el rostro, conmovida miró a la puerta, ahí se encontraba el amor de su vida que la observaba con desconcierto, mientras Andrés lo hacía con innegable satisfacción.

En ese momento Regina entendió que estaba perdida su lucha. Aterida de un frío interno emprendió la retirada, sin rumbo, sin dirección, privada de voluntad y de consciencia. De pronto, como si viniera de muy lejos, creyó escuchar la voz amada que le hablaba. Seguro había sido el viento o su prolija imaginación.

Rápidamente la oscuridad la envolvió, la lluvia y el frío eran lo único que su ser reconocía, hasta que el agotamiento la reclamó después de deambular mucho tiempo por la acuosa noche. Sin fuerzas para continuar, se sentó en el piso del atrio de lo que parecía una iglesia, poco a poco su cuerpo la abandonó y la sumergió en un maravilloso letargo que alejó todo cansancio o dolor, solo existía la nada que la rodeó por completo.

## AGRADECIMIENTOS

Siempre a Dios.

A mis nuevos amigos escritores, que de forma incondicional me regalan sus aprendizajes y experiencias y a Claudia Reyna, mi maestra de taller de novela, fuente inagotable de sabiduría y apoyo.

Y sin olvidar, a la querida Lola Gude y el grupo de apoyo de Selección, grandes seres humanos.

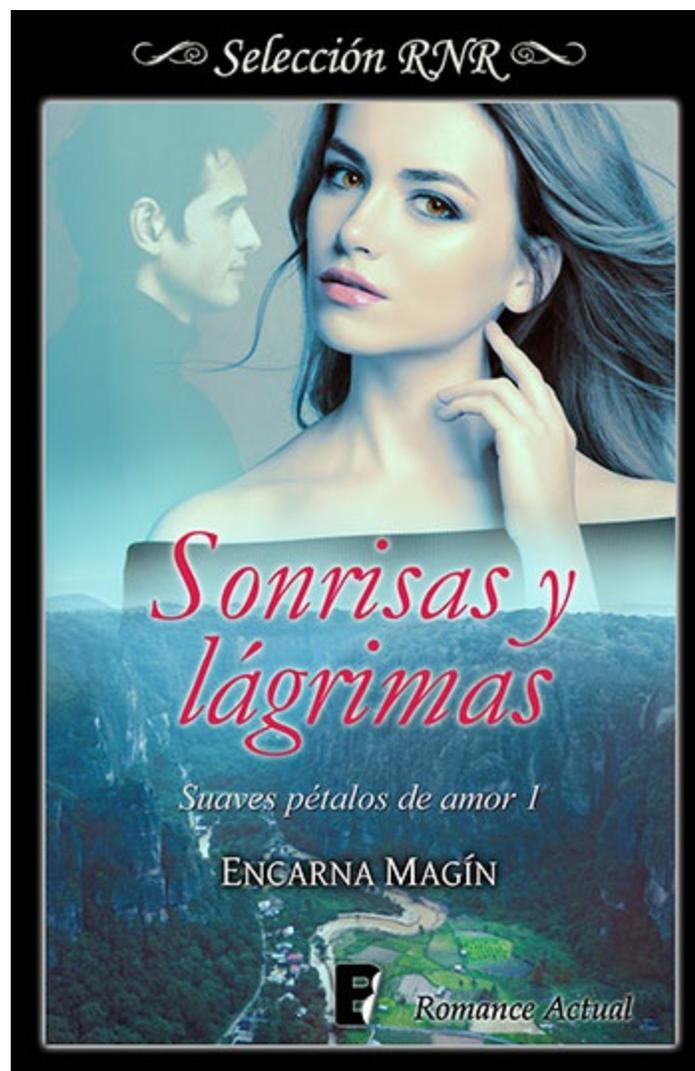
Si te ha gustado

# Una nueva realidad

te recomendamos comenzar a leer

# Sonrisas y lágrimas

de *Encarna Magín*



## CAPÍTULO 1

Iván notaba unos ojos clavados a su espalda, unos ojos que le quemaban. Se dio la vuelta y su mirada se encontró con la de aquella mujer. Era la misma que momentos antes firmaba un succulento contrato con su empresa que reportaría enormes beneficios a ambos. Los dos sonrieron.

Después de los negocios... el placer.

Se sostuvieron la mirada largo rato mientras bebían pequeños sorbos de un excelente cava catalán. Estaban ajenos al bullicio que se expandía a su alrededor. Gente conversando, riendo y bebiendo en una recepción en el Hotel Arts Barcelona. Era la presentación social del proyecto conjunto que acababan de emprender.

Ella parecía una mujer experta en el arte del coqueteo y no tuvo reparo alguno en lanzar el anzuelo, segura de sí misma, de lo que hacía y quería. Y por lo visto en aquel momento deseaba a Iván.

Se desabrochó un botón de su blusa color malva. Siguió otro, y otro. Dejó a la vista una porción generosa de la carne rosada de sus voluminosos pechos. Con el dedo índice los acarició con disimulo, mientras sus ojos clavados en los de Iván le prometían más... mucho más.

Él, como hombre sediento de sexo, sonrió, consciente de la clara invitación que se ofrecía. La mujer dejó su copa en la mesa más cercana y, con pasos sinuosos y balanceando las caderas al compás de una danza sexual, se dirigió al ascensor. No se detuvo en ningún momento, pues sabía que la seguiría. Y así fue. Aquel hombre no rechazaría el poder disfrutar de un cuerpo como el de ella.

De hecho, ya hacía horas que él estaba preparado. Toda la tarde para ser más exactos. Un rostro celestial y unos ojos dorados como el sol tenían la culpa. Y es que no podía quitársela de la cabeza. Pero no eran los ojos ni el rostro de la mujer que ahora seguía. Necesitaba desahogarse, aliviar el

tormento que mantenía su miembro en una constante erección. Y el bombón que tenía delante parecía ser una deliciosa solución.

Entraron en el ascensor sin dejar de mirarse. Cada uno se mantuvo en un rincón del amplio habitáculo. El elevador subía y el timbre sonaba a cada piso que cruzaba. Iván se tomó su tiempo para contemplar el cuerpo de aquella mujer. Nadie diría que tenía treinta y ocho años, diez más que él. Su cuerpo no tenía nada que envidiar al de una jovencita de veinticinco. Pelo lacio y moreno, rostro exótico y figura perfecta. Desde luego que era una mujer creada para dar placer; daba lo mismo si aquellas caderas estaban retocadas, a él le gustaban.

Iván intentó imaginar el cuerpo de la otra mujer. De la mujer que lo mantenía en vilo desde el momento en que irrumpió en su despacho como un torbellino, hecha una furia. Difícil empresa, teniendo en cuenta el vestido negro que llevaba, nada sexy y que ocultaba en su totalidad el cuerpo femenino. Sin embargo, deducía que sería hermoso, pues a una cara bella siempre la acompaña un cuerpo espectacular. Solo con pensar en ella desnuda su miembro aún creció más.

La mujer del ascensor miró el paquete abultado que sobresalía de la entrepierna de su nuevo socio y sonrió al pensar que era ella la que le causaba aquel efecto. En realidad, nunca podría imaginar que Iván tenía la mente en otro cuerpo. Se desabrochó dos botones más de la blusa dejando al descubierto un sujetador de encaje negro. Iván, que ya no podía aguantar más la dura erección, se abalanzó sobre la mujer. La besó, introduciendo la lengua con salvaje urgencia dentro de la boca femenina. Ella, muy lejos de asustarse, lo recibió sedienta. Iván estaba poseído por un ansia irrefrenable y la alzó del suelo al tiempo que ella formaba, con sus esbeltas piernas, una corona alrededor de las caderas masculinas. El hombre empujaba su erección con movimiento primitivos, carentes de ternura, pues él no entendía de ternura, le iba lo fogoso, lo desmedido, la furia sexual.

—Lo quiero todo, todo —murmuró ella, deleitándose con el lado más

salvaje que él le ofrecía.

Iván la miró a los ojos. Unos bellos ojos grises, enturbiados por una pasión tan furiosa como la de él mismo, lo contemplaban. Pero no eran los iris dorados que él quería ver en aquel momento.

—Te lo daré todo, y seré tan salvaje como quieras —le prometió.

Es lo único que pudo decir, porque su mente se empeñaba en centrarse en otro rostro... El de aquella mujer de la que solo sabía el nombre. La misma que se había atrevido a fulminarlo con la mirada como si fuera un vil asesino.

El clic del ascensor sonó, anunciando la llegada al piso solicitado y la puerta se abrió. Iván la sostuvo por las nalgas al tiempo que las apretaba. Un gemido escapó de la garganta de aquella hembra fabulosa. Ya hacía rato que ansiaba copular, y cada roce, cada caricia, cada aliento del hombre, la ponían más caliente.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Iván, con la voz trémula de deseo.

—A la derecha. —Lo mordió en el cuello—. ¡Date prisa, no puedo aguantar más!

Iván sonrió de manera lasciva. Ella le daría el alivio que necesitaba y, una vez saciado, el rostro angelical sin nombre desaparecería.

Entraron a la habitación presos de un deseo desbordante. Ella, igual de pasional que él, lo arrinconó en la pared y le desabrochó el cinturón y el botón del pantalón. Cada barrera que encontraba en su camino era una espera tormentosa. Por fin llegó a la cremallera. La bajó con prisa mientras el sonido recordaba al de un grito seco de desesperación, la misma de ambos por encontrar un alivio momentáneo. Sin preliminares, se introdujo el pene en la boca hasta abarcarlo por completo. Con una mano experta lo sostenía, ayudando a succionarlo, lamerlo y mordisquearlo, con la fuerza justa para incrementar el placer. Con la otra mano le acariciaba los testículos con sus largas uñas pintadas en color carmín. «¡Ahhh! Esta mujer sabe lo que hace», pensó Iván, a punto de estallar. Notaba su lengua caliente, las uñas

arañándolo con suavidad, cosquilleándole con placer una zona demasiado dolorida. Moriría si no eyaculaba. Viendo que el final se acercaba hizo que la mujer se incorporara. Se despojaron de sus ropas en tiempo récord y se lanzaron a la cama como si de una piscina se tratara. Iván mordisqueó y besó el cuello desnudo bajando hacia las vertiginosas curvas de sus senos. Le agarró las muñecas a la altura de la cabeza, con intención de mantenerla atrapada, de tenerla a su merced. Su lengua siguió por las cumbres endurecidas de sus pechos y empezó a lamerlos sin compasión. Los mordisqueó de la misma manera que ella hizo con su pene. No tuvo piedad, ella tampoco la quería, quería lo contrario. Sus gemidos eran furiosos e Iván supo que el clímax se acercaba. Solo cinco segundos lo separaban de penetrarla y aliviarse, el tiempo que necesitó para colocarse un preservativo.

La penetró sabiendo que la encontraría tan húmeda que su miembro se introduciría sin problemas. Las piernas de la mujer lo mantuvieron agarrado como tenazas, manteniéndolo atrapado en aquel lugar mientras se desahogaba con rabia. Entrando, saliendo. Rápido, más rápido. Carne contra carne. Piel contra piel. Caderas contra caderas... y soñando con otra.

No fue hasta que ella gritó al llegar al orgasmo y él se derramó, cuando vislumbró a la mujer morena, la mujer de ojos felinos, desmelenada, salvaje y jadeante que tenía debajo. No. Aquel no era el dulce rostro que necesitaba ver. Llevado por los recuerdos, tocó con el dedo los aún maquillados labios que acababa de mordisquear. Se acordó de aquellos otros, esponjosos como bizcochitos, de la mujer sin nombre. Sonrió al recordar cómo se curvaron cuando él no quiso escuchar sus súplicas, cómo le escupieron que era un monstruo sin corazón. Estaba seguro de que sus besos prometían ser dulces como caramelos. Qué estúpido por su parte pensar que nada más aliviarse conseguiría arrancársela de la cabeza.

Se levantó de la cama aún jadeante, enfadado consigo mismo, y se acercó a la ventana mientras su respiración recobraba la normalidad. Miró al cielo. La tarde abandonaba su lugar para dejar paso a una noche de sueños eróticos que

para su desgracia no podría cumplir.

«Mañana la buscaré, la encontraré y la seduciré», pensó, cogiendo la ropa del suelo con movimientos bruscos, «para hacer con ella lo que me dé la gana. Y el tormento acabará. Sí... será como atrapar a un pajarillo desvalido, así de sencillo y rápido. No tendrá escapatoria».

Con esa promesa se vistió. Cuando estaba a punto de abrir la puerta y marcharse, la voz sensual de la mujer que acababa de poseer lo detuvo.

—¿Nos volveremos a ver?

Iván giró el rostro para mirarla. Todavía estaba tendida en la cama, desnuda, con expresión satisfecha y con ganas de más.

—Tal vez.

\*\*\*

Iván llegó a su oficina, situada entre el Passeig de Colom y el Maremagnum de Barcelona. Era un imponente rascacielos de cristal oscuro, propiedad de Construcciones Mayer. Un edificio ancho, de ciento treinta metros de altura y de un diseño espectacular que quitaba el aliento. Erguido y majestuoso, desafiaba las leyes de la gravedad. El interior era igual de asombroso: jardines exóticos llenaban el centro del edificio y a su alrededor se ubicaban las oficinas. Todas ellas daban a un ascensor de cristal transparente. En la última planta estaban situados los despachos de Iván y su padre.

Este fue a visitarlo cuando se enteró de que su hijo ya había regresado. Tenía que hablar con él del importante negocio que tenían entre manos. Lo encontró mirando por la ventana; contemplaba el mar y el puerto, aunque su mirada ausente le indicaba la poca atención que prestaba al paisaje. Además, la oscuridad ya cubría la ciudad, por tanto poco había que ver. Era evidente que su mente permanecía en otro lugar.

—Cien euros por tus pensamientos —manifestó su padre, Alberto, cerrando la puerta tras de sí.

—Mejor no, si te lo digo ya no será un secreto.

—¿Es un secreto en lo que estabas pensando?

Iván no contestó. ¿Cómo iba a explicarle que una desconocida lo había cautivado? Se subiría por las paredes, refunfuñaría como un loco por permitir que una mujer lo perturbara, cuando su padre tenía en mente otros planes con una mujer muy diferente. Suspiró. Mejor guardarse el secreto, pues a pesar de tener una relación padre e hijo magnífica, confesarle que se sentía fascinado por una muchacha que a simple vista parecía poca cosa, le resultaba algo violento. De modo que se encerró en su silencio y se dirigió hacia el mueble bar y se sirvió un generoso chorro de *whisky* Macallan Fine Oak, una reserva de treinta años. Él siempre consumía lo mejor. No importaba el precio.

—¿Quieres uno, papá?

—No, gracias. No lo necesito —respondió, sentándose en un sofá que había al lado de la gran ventana—. Veo que tú sí.

Alberto era un hombre alto y de constitución robusta. Los años habían hecho mella en él, pero sin maltratarlo demasiado. Tenía el cabello blanco, adornado con unas prominentes entradas. Llevaba perilla, también blanca, realzando la dureza de sus crueles facciones. Era un hombre que inspiraba, a primera vista, miedo y desconfianza. Sin embargo, Iván lo veía como el mejor padre del mundo. Gozaban de una relación que muchos desearían. Desde luego que no escapaban de peleas y desacuerdos, pero todo se superaba cuando así lo deseaban ambos.

—Iván, necesitamos Valleverde ya. Nos están presionando para empezar la carretera. —Lo miró, en sus ojos se reflejaba la codicia.

—No te preocupes, ese pueblucho será nuestro.

—¿Cómo va el asunto de las expropiaciones?

—Lento pero bien. De momento centro mis esfuerzos en que la gente acepte nuestras condiciones y marche por su propio pie. Si no lo consigo me veré obligado a utilizar la fuerza.

—El tiempo corre en nuestra contra.

—Ya lo sé.

Iván pensó que tal vez podría valerse de ese asunto para arrastrar a la desconocida de ojos dorados a su cama. Ella era una habitante de Valleverde y por lo que pudo comprobar estaba muy enfadada por tener que abandonar su hogar. Si todos los habitantes del pueblo estaban igual de ofuscados, sería muy difícil que abandonaran por las buenas. Aunque él lo tenía claro: si no era por las buenas, sería por las malas.

Iván se sentó al lado de Alberto y vació el contenido del vaso de un trago.

—¡Ahhh! Este *whisky* es estupendo. Bueno ¿qué te trae por aquí? — Suspiró, ahora se sentía relajado. Un buen sorbo de ese magnífico licor siempre lo calmaba—. Supongo que no era para hablar de Valleverde.

—He estado con el padre de Gina. Está en Barcelona. —Sus labios esbozaron una leve sonrisa—. Le encanta la idea de que entres a formar parte de su empresa. Dentro de unos días celebra una fiesta. Por cierto, estamos invitados.

—Me has alegrado el día.

—Si no quieres tener problemas en esta asociación será mejor que de una vez por todas cierres el compromiso con Gina —sentenció. La verdad es que ya habían hablado del tema en otras ocasiones, pero Iván siempre lo rehuía—. Yo de ti me lo plantearía. Única hija y heredera. Demasiado bueno para dejarlo escapar.

—Ya lo sé... pero es que... —Bufó con hastío—. Aún no quiero casarme.

—¡Venga, no exageres! —Se levantó. Tenía que convencerlo de una vez por todas—. Te la has llevado a la cama un montón de veces. Es espectacular y tiene un padre millonario, propietario de una importante empresa internacional que te abrirá las puertas del mundo. ¿Qué más quieres? Muchos, en tu lugar estarían dando botes de alegría.

Iván también se levantó y fue hacia el mueble bar a servirse otro *whisky*.

—Tal vez tengas razón —declaró, considerando lo que su padre le había dicho. La idea ya le había pasado por la cabeza en el momento en que la

conoció.

—¿Acaso Gina no te gusta?

—Sí que me gusta. Además, sabe cómo mantener a un hombre despierto toda la noche.

Alberto rio, moviendo la cabeza de un lado a otro y recordó su juventud, que fue igual de satisfactoria que la de su hijo. Aquellos tiempos llenos de mujeres hermosas y bien dispuestas...

—Entonces, ¿qué problema hay? —argumentó con gravedad—. Tienes que ver el matrimonio como un objetivo para llegar a una meta. Que te cases no significa que no puedas disfrutar con otras mujeres.

—Lo sé.

—Anda, sírveme una copa. Ahora me hace falta —pidió lanzando un suspiro, y apretó el hombro de su hijo—. A veces me exasperas.

Iván le alargó el vaso. El líquido tostado desprendía un aroma embriagador. Su padre se lo llevó a la nariz y se extasió con la fragancia.

—¡Mmmm! Tengo que reconocer que tienes un gusto excelente para escoger un buen *whisky*.

—Es todo un lujo para el paladar.

—¿Brindamos?

—¿Por?

—Por tu próxima boda con Gina.

Iván, exasperado, murmuraba por lo bajo; a veces, su padre lo sacaba de quicio, pues siempre quería controlarlo todo, y ya era mayorcito para decidir solo. Suerte que él tenía un carácter fuerte y sabía imponerse cuando era necesario.

—No hace falta que te cabrees —aclaró rápido Alberto al detectar la irritación en las facciones de su hijo; eso provocó que también él se enfureciera por dentro.

—Para que te quedes tranquilo —comenzó a decir con voz severa indicando a su padre que haría lo que le diera la gana—, me lo voy a pensar,

pero no te prometo nada. Aunque ya te advierto que si no me quiero casar con ella no me casaré. La decisión final es mía.

—Algo es algo. —Apuró el *whisky* de un golpe y una inmensa alegría quedó reflejada en sus oscuros ojos—. Pero no tardes demasiado en decidirte, a Gina le rondan muchos pretendientes con ganas de progresar. Recuerda que los negocios hay que cazarlos cuando pasan, no cuando uno quiere.

Iván meditó mientras observaba los reflejos del líquido en su vaso.

Uno de sus objetivos en la vida era expandir su empresa por todo el mundo y con esta asociación lo conseguiría. A pesar de que Gina era una mujer muy sensual y sexual, él no quería casarse. No negaba que la deseaba, siempre se lo pasaban muy bien juntos, sobre todo en la cama. Su cuerpo poseía unas curvas de los más sugerentes y todo en ella era hermoso, lujurioso, pero casarse con Gina eran palabras mayores. Aunque reconocía que si tenía que casarse por interés, lo haría, de hecho existía el divorcio si se cansaba.

El teléfono lo sacó de su ensoñación, fue hacia el escritorio y atendió la llamada.

—¿Sí? —Alzó los pies, colocándolos en la esquina de la mesa—. Sí, está aquí, ahora se lo digo. Nos vemos. —Colgó el teléfono y miró a Alberto, se había sentado en el sillón de enfrente del escritorio—. Es Javi. Necesita que pases por su despacho a firmar unos documentos.

—Ahora mismo voy —dijo, alzándose del sillón que acababa de ocupar.

—Papá.

—¿Sí? —preguntó, volviéndose a sentar. Miró el rostro preocupado de su hijo.

—¿Sabes si Javi tiene algún problema?

Iván se recostó en su asiento, entrelazó los dedos detrás de la nuca y prestó atención a su progenitor. Su amigo lo tenía preocupado y no le quería explicar nada, por lo que tendría que averiguarlo por otra vía antes de que fuera demasiado tarde. Ciertamente tenía una ligera sospecha de qué le pasaba, pero no podía abordar a Javi y ayudarlo sin estar seguro.

—Que yo sepa no —contestó Alberto.

—Es que lo veo despistado últimamente. Le he tenido que llamar la atención un par de veces por asuntos de trabajo.

—Ahora que lo comentas... es verdad. Yo también lo veo algo disperso —concordó al tiempo que también se acomodaba al sillón. Suspiró pensando cuál sería el problema de ese hombre, aunque tampoco le preocupaba demasiado—. A lo mejor su dolor de cabeza es una mujer, quién sabe... —reflexionó, encogiendo los hombros.

—No sale con nadie —le informó Iván—. O eso creo yo. Siempre ha sido tímido y retraído. Solo le importa su carrera de abogado y tener a su padre contento. —Justamente nunca había entendido esa obsesión de su compañero por tener a su progenitor contento, hasta el punto de haberse convertido en una obsesión enfermiza.

—Sí, eso es verdad. Nunca supe por qué erais tan buenos amigos. Sois como el día y la noche.

—Es buena persona, y honesta.

—Todo lo contrario de ti.

—Soy un hombre de negocios, papá. En este mundo uno no puede ser bueno, no dudaría ni un suspiro. —Pensó en la lucha diaria que tenía con todo tipo de gente. En las mentiras y en las falsas promesas con intención de estafarlo. Suerte que él olía un mal negocio enseguida.

—Veo que te he educado bien. Estoy orgulloso de ti —dijo con una expresión feliz, nunca escondía la satisfacción por que su hijo fuera como él—. En este mundo hay que ser cruel, es como estar en un mar lleno de tiburones —sentenció, alargando las palabras—. Bueno, me voy.

Se levantó y echó a andar; cuando estuvo cerca de la puerta, se detuvo y giró el rostro lo justo para analizar la cara de preocupación de su hijo. Él y Javi se habían criado juntos y entendía su inquietud. Sin embargo, cada uno era dueño de sus acciones, y si el abogado tenía problemas, sospechaba que con toda seguridad se los había buscado. Javi siempre había sido débil y en el

mundo no había lugar para los débiles. Antes de irse añadió:

—Recuerda lo que hemos hablado.

—No pararás de atormentarme hasta verme casado con Gina.

Alberto rio y alzó la mano a modo de despedida. Ya lo había presionado bastante, pues a Iván no le gustaba que le impusieran nada, por lo que decidió que había más días para intentar hacerlo entrar en razón.

Iván consultó el reloj, tenía asuntos que atender urgentemente, pero su cabeza estaba en otro lugar. Había decidido ir a Valleverde y seducir a Lucía; sin embargo, su trabajo se interponía y aquello le producía una frustración enorme. No dejaba de pensar en ella y debía acabar con aquel sinvivir de una vez por todas si no quería volverse loco. Aun así no podía largarse sin más de las oficinas cuando su secretaria ya le había organizado su agenda de las próximas jornadas. De modo que no tardó en ordenar a su secretaria que aplazara a otras fechas los compromisos del día siguiente. A pesar de la resistencia de ella aconsejándole que no era un buen día para tomárselo de fiesta, por la urgencia de algunas reuniones importantes, no había dado su brazo a torcer. Pese a que todo ya estaba arreglado, tenía unas ganas enormes de que los minutos pasaran deprisa, pues deseaba meterse en la cama y que el mañana llegara con celeridad. Estaba seguro de que a esa misma hora estaría entre las piernas de su ángel.

Gracias a que se sumergió en el trabajo, las horas fueron cayendo una tras otra. Llegó la noche y con ella la ilusión de los sueños. El mañana se acercaba y eso estaba poniendo de buen humor a Iván.

Al día siguiente, se despertó con las primeras luces del alba. No había dormido gran cosa, estaba impaciente como un niño que espera la llegada del día de Navidad. No obstante, no suspiraba por regalos, sino por volverla a ver. Tan pronto la noche anterior había cerrado los ojos, sueños eróticos lo habían asaltado y esperaba, uno a uno, hacerlos realidad. Sus labios esbozaron una sonrisa, sabiendo a ciencia cierta que la encontraría y la seduciría valiéndose, si era necesario, de su poder.

Apartó las sábanas y se levantó con una alegría poco usual en él. Desayunó rápido, y emprendió el camino a Valleverde en un espectacular Hummer de color negro como el azabache. Puso la radio a todo volumen, buscando alguna emisora de noticias donde le pudieran informar del tiempo meteorológico de la zona. No quería encontrarse con un temporal de nieve y quedarse aislado por el camino.

Ya casi había llegado. Por suerte no nevaba. El cielo era de un azul relajante. El sol esparcía sus doradas garras, entibiando un día de febrero. El camino lo realizó tranquilo, no a mucha velocidad, pero sin detenerse en ningún momento. Hasta tuvo tiempo de maravillarse de los hermosos paisajes verdes que rodeaban la Vall d'Aran y que quitaban el aliento. No era de extrañar, su clima atlántico, abierto a masas de aires húmedos del océano, provocaba una abundante y extensa vegetación. Bosques de robles, hayas y diversas variedades de pinos susurraban al ser mecidos por un viento suave. Era una belleza que atrapaba a los sentidos.

Iván bajó la ventanilla de su Hummer, pues quería extasiarse del perfume que flotaba en el aire. Inspiró profunda e intensamente, hasta que sintió el frío de la mañana. Cerró la ventana y cuál fue su sorpresa cuando observó a dos rebecos escalar en una montaña muy empinada; parecía imposible tanta agilidad para un animal de aquel tamaño. Qué maravilla de lugar.

Sin darse cuenta llegó a su destino. Valleverde estaba en el municipio de Bausen y al límite con la frontera francesa. Se encontraba entre bosques compactos y umbríos de abedules, fresnos, arces, pinos y robles. En el fondo de un valle tan verde que hasta deslumbraba, se alzaba el pueblo haciendo honor con su nombre al lugar, difícilmente podía nombrarse de otra manera. Aunque ahora estaba cubierto por la nieve, dentro de poco se fundiría para dejar paso a un valle lleno de flores silvestres, formando espectaculares jardines naturales de colores. No obstante, con los planes que Iván tenía para el pueblo seguro que esas alfombras coloridas no se volverían a ver jamás.

Llegó a la localidad por una carretera que nada tenía que ver con una

normal: llena de baches, estrecha y repleta de curvas que le dieron problemas para pasar. Pero él, tozudo por naturaleza, siguió y siguió hasta que llegó al mismo centro del pueblo. Bajó del coche, pensando que había retrocedido en el tiempo, un par de siglos para ser exactos. No entendía cómo se podía vivir de aquella manera, teniendo los fabulosos adelantos tecnológicos de los que se podía disfrutar. Se percató de que no había mucha gente a su alrededor, aunque los pocos que se hallaban lo miraban como si fuera un bicho extraño cuando en realidad ellos eran los raros. Parecían muñecos vestidos en serie y salidos de una película antigua. Las mujeres vestían con faldas largas en color negro y con abrigos también en negro. Los hombres con pantalones y abrigos, todo en oscuro, como las féminas. Los niños y niñas, que revoloteaban cerca de las madres, eran la versión diminuta de sus progenitores. Las capelinas blancas de las mujeres y los sombreros de paja de los hombres daban un poco de vida a los raros atuendos. Miró en las cercanías buscando indicios de algún entierro. Pensó que esa debía ser la explicación más razonable para tanto negro. Su sorpresa fue mayúscula cuando entendió, por fin, que esas vestimentas tan lóbregas formaban parte de sus ropas normales.

Iván contuvo, a duras penas, las ganas de reír. Tuvo el sentido común de recomponerse y mostrarse cordial y educado. Sabía que todos sus habitantes pertenecían a Los hijos de la luz, una especie de comunidad religiosa anclada en el siglo XVIII. Sin embargo, nada lo detendría. Aunque todo en su conjunto impresionaba, él había tomado una decisión y no se amilanó. Quería encontrarla, costara lo que costara...

Y la encontró, pues los habitantes de Valleverde, muy amables, le indicaron dónde vivía la mujer que él les describió. Quedó sorprendido por la gentileza que esas personas desprendían y tan diferente a la gente hosca de la ciudad. Las palabras cálidas y sinceras le mostraron a Iván una cordialidad a la que no estaba acostumbrado. Lo trataron como si lo conocieran de toda la vida, confiando en él, en sus preguntas, sin pensar que tal vez podía mentir. En su

mundo todo eran desconfianzas, traiciones, un sobrevivir cada día hasta quedar agotado. Por supuesto que se inventó una excusa, sabiendo que no le dirían nada si decía la verdad. También omitió su nombre y quién era, supuso que, si se enteraban, lo echarían a pedradas. De pronto, se sintió mal, pero solo fue un instante, ya que cuando se acordó de ella, todo remordimiento quedó en el olvido.

No tardó en encontrar la casa y se encaminó hacia la entrada. Sus zapatos resonaron en el suelo de madera y emitían un sonido muy parecido al de los cascos de caballos. En el momento que iba a golpear la puerta con los nudillos, oyó la voz de Lucía, suave como pétalos de rosas y con un tono cariñoso que a él le gustó, pero al mismo tiempo le causó rabia. No porque no le agradara, al contrario, sino porque el día anterior con él su tono fue frío y despectivo, nada que ver con la suavidad que escuchaba. Iván quería que le hablara de esa manera, dulce y agradable. Su cuerpo reaccionó con excitación con solo imaginar el tierno sonido de su voz susurrándole todo tipo de perversiones.

—Abel, ¿eres tú? —preguntó ella—. Pasa un momento, ¡y no se te ocurra esconderte, te mereces una buena reprimenda!

Iván entró en la casa, pero no dijo nada. Las bisagras de la puerta chirriaron al abrirla. Entró y se encontró en una cocina comedor muy acogedora, limpia y ordenada. Tanto los muebles, los utensilios y los adornos de la estancia eran de factura sencilla. Delante de los muebles de cocina se extendía una gran mesa, con sillas a su alrededor. En un rincón había una chimenea donde ardía un gran fuego. Enfrente, tres tumbonas con sus respectivos cojines confeccionados con la técnica *patchwork*. La casa desprendía calor humano por cada rincón, cosa que no se podía decir de la suya por muy grande y por mucho más bonita que fuera.

Lucía estaba de espaldas, enfrascada dando los últimos retoques a una enorme tarta de chocolate sobre la mesa de la cocina. A Iván no le salían las palabras. Estaba ensimismado viendo la larga melena de la mujer. Tenía el

cabello recién lavado. Ayer no lo había podido admirar pues llevaba una capelina que cubría toda la cabeza. Nunca una melena le había atraído tanto la atención como aquella. Era de un color avellana, con vetas de color dorado, y pendía, esplendorosa, sobre la espalda. Resplandecía como el rocío de la mañana a las primeras luces del alba.

No entendía lo que le sucedía. Delante de sus narices se hallaba una mujer vestida de negro hasta debajo las rodillas y con un delantal blanco. Sin embargo, le causaba un deseo doloroso, ni él mismo sabía el porqué de esa atracción tan absurda.

La realidad era que la deseaba, y cómo la deseaba, con una desesperación que lo sorprendía.

—Abel, no sé qué tienes en la cabeza —repuso ella con tono duro. No sabía que el hombre que estaba detrás de ella era Iván, y no su hermano—. ¿Cómo se te ocurre encerrar el gato de la pobre señora Vidal en el gallinero? —Suspiró al tiempo que vertía el glaseado de chocolate por la tarta—. Cuando se entere papá te va a dar un buen tirón de orejas. No esperes que te defienda como hago siempre, Abel, ¡hoy cumples dieciocho años! ¿No crees que ya eres mayor para tales travesuras?

Iván observaba cómo la tarta quedaba igual de brillante que un cristal. Ella pasó el dedo por el borde del recipiente, donde estaba el glaseado que sobraba, y lo lamió. Al hombre imaginación no le faltaba y fantaseó con que ese dedo era su miembro. Pensó en su jugosa lengua, caliente y húmeda, recorriendo centímetro a centímetro. Lamiendo de arriba abajo, una y otra vez, para después detenerse en el glande y saborearlo, besarlo... sin tregua, sin pausa. De que sus labios juguetones se cerraran en torno a la punta dolorida. De que sus delicados dedos lo envolvieran. De que su boca lo abarcara todo, y retorciéndose de placer, le suplicara más mucho más, y ella obediente se lo diera... sí, podía sentirlo. Un error. Si no se calmaba era capaz de tenderla en la mesa, levantarle esa horrible falda y penetrarla. Al hombre se le tensaron todos los músculos en un intento de calmar el deseo

mientras la contemplaba extasiado.

—¡Mmmm! —saboreó Lucía—. Estará deliciosa. No sé por qué me he molestado en prepararte esta tarta de cumpleaños. —Una sonrisa maliciosa salió de sus labios—. Tendría que castigarte sin ningún trozo.

Volvió a untar el dedo de glaseado, preocupada de que su hermano no dijera nada. Se giró al tiempo que se introducía el dedo en la boca, con la intención de saborear el gustoso chocolate y mofarse de que se quedaría sin su ración de pastel.

Iván, demasiado excitado e incapaz de calmarse, no se perdía movimiento alguno. Se alegraba de que sus pantalones fueran lo suficientes holgados para disimular la evidencia de su deseo.

A Lucía le faltó bien poco para caerse desmayada al suelo, asombrada al encontrarse allí mismo al hombre producto de sus dolores de cabeza en la cocina de su hogar. Escuchó el tic tac del reloj antiguo, que descansaba en la repisa de la chimenea, como si fuera su corazón. Tragó saliva. Ayer en su despacho ya había admirado lo atractivo que era. Sus ojos eran de un azul turbulento, igual que el color del mar en un día de tormenta. El cabello lo llevaba alborotado y negro como el pecado. Pero lo que más la sorprendía eran sus facciones, duras, profundas y de una masculinidad perturbadora para su paz mental. La barba corta y espesa que llevaba no ayudaba a darle un aire afable al rostro, al igual que la descomunal estatura que exhibía. Pero daba lo mismo, hasta esa dureza en sus facciones era atractiva. Iba vestido con unos pantalones anchos color tórtola y una camisa color marfil. Pudo distinguir las iniciales de su nombre y apellido bordado en la parte superior del bolsillo de su camisa. En los hombros colgaba un jersey beige, con rombos del mismo tono que los pantalones.

—Hola —saludó Iván, sin saber qué decir o hacer y con una desvergonzada sonrisa de oreja a oreja.

Lucía salió de sus pensamientos. Se acordó de cómo se había reído de ella, ni tan siquiera la había querido escuchar, y sobre todo se acordó de que

estaba sola en la casa. Ella dio un paso atrás, con la cara más enrojecida que una fresa madurada al sol. Su mirada se concentró en el hombre que tenía frente a ella, pues no era nada adecuado estar sola con un varón sin estar casada con él. Si la comunidad se enteraba la regañarían.

—Te debes preguntar qué hago aquí —empezó a decir Iván, al ver que ella era incapaz de pronunciar palabra.

—Sí —murmuró. Fue lo único que salió de sus labios.

—Primero me gustaría saber tu nombre completo, ayer no me lo dijiste. Saliste del despacho tan rápido.

—Lucía Olmos.

—Lucía.

—Sí, Lucía. —Lo miró recelosa, pensando si se burlaba de su nombre.

Se miraron a los ojos. No hubo palabras. Solo un silencio igual de ensordecedor que un agudo grito.

—¡Mi capelina! —se sobresaltó la muchacha de pronto.

Iván arqueó una ceja. No entendía su nerviosismo por no llevar la fea capelina.

—A mí no me importa que no la lleves —pronunció Iván—, al contrario... me gustas más así.

El fuego chisporroteó y Lucía se sobresaltó. Se pasó la mano por el pelo, avergonzada. Nadie, salvo su padre y su hermano, le habían visto el cabello. De pronto tomó conciencia de que ese hombre no sabía nada de sus costumbres. «¿Qué iba a saber un hombre como él?», meditó ella.

Iván caminó hasta situarse a poca distancia de ella. De cerca aún era más bonita. Sus asombrosos ojos brillaban igual que la arena del desierto en el cenit del día. Unos pómulos redondeados y unas espesas pestañas daban al rostro un aire angelical. «No, angelical no... es el rostro de una virgen», concluyó para sí. Unos labios en forma de corazón, sonrojados como su rostro, lo atraían como un imán. A Lucía esa mirada la alteró y sus piernas temblaron. Tenerlo así, tan cerca, no era correcto, nada correcto.

—Debe marcharse ahora mismo —balbuceó ella, rígida como un palo de escoba—. No puedo estar a solas con usted, señor. Es pecado —articuló al fin.

Iván se quedó con la boca abierta. Ese comentario que para él no tenía lógica y la manera tan formal, tan estricta, con que le hablaba lo dejó perplejo. Se abstuvo de hacer ningún comentario al tiempo que recordaba que ella pertenecía a la comunidad de Los Hijos de la Luz.

—No voy a marcharme —hizo una pausa— todavía. De hecho vengo a pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Estuve brusco —se disculpó Iván.

—De la única manera que puede usted disculparse es dejarnos tranquilos en nuestras casas y olvidarse de la carretera. —La voz de ella era de una calma perturbadora—. No puede despojarnos de Valleverde. No puede destruir un pueblo para...

No pudo continuar. ¡El muy miserable se estaba riendo a carcajadas! Lucía deseaba darle un puñetazo. Contó hasta tres para serenarse.

—Escucha bien, nadie me va a decir lo que tengo que hacer o no tengo que hacer, ¿vale? —aclamó Iván con un tono duro.

Lucía lo contemplaba mientras pensaba en una réplica. Sin embargo, sus palabras se disolvieron como un terrón de azúcar en el café. No quería discutir, pero era tan difícil mantener la calma cuando él se burlaba por todo, que no sabía si lo conseguiría.

Iván no dejaba de observarla, reconocía que no iba por buen camino. Al ver que la mujer lo miraba como si fuera un repulsivo monstruo, volvió a hablar.

—He ofrecido una cantidad de dinero más que considerable por las tierras. Podéis construir otro pueblo en cualquier lugar. —Se irguió cuan largo era y la miró a los ojos—. ¡No hay para tanto! Tendréis casa nuevas y aún os sobraré dinero para cualquier caprichito.

El tono indiferente y las palabras de ese hombre, sacaron de sus casillas a Lucía. «¡Si encima nos hace un favor!», pensó.

—¡No puedo creer lo que oigo! —Hervía de rabia—. ¿Acaso no tiene corazón? —Lo fulminó con la mirada, incapaz de creerse que ese empresario no tuviera compasión en sus entrañas—. ¿Cree que puede decidir la vida de los demás? Pero escúchame bien, señor todo poderoso, ¡somos un hueso muy difícil de roer!

—No estés tan segura —dijo con amabilidad—, la carretera beneficiará a más gente de la que vive en vuestro pueblo.

—Va a destruir muchas vidas, ¿es que no lo ve?

—No dramatices. No estoy matando a nadie.

—Pero sí que los matará. Este lugar ha pertenecido durante generaciones a nuestra gente —barboteó con pesar—. Nos está arrebatando un pasado, un presente y un futuro.

—No hay vuelta atrás —le comunicó sin pestañear—, hazte a la idea tú y tu gente.

—No abandonaremos nuestras casas sin luchar.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —le reprendió—. Lo único que conseguiréis es que me enfade y os arrebate el pueblo sin nada a cambio. Coged lo que os doy de buen grado y empezad en otro sitio. Nada en este mundo me está vetado.

—No le importa la gente, ¿verdad? Usted es como una plaga de langostas— declaró con el tono más frío que pudo, pues lo quería herir—. No deja nada a su paso. Destrucción total. Pero al igual que para las plagas existen insecticidas, también habrá alguna manera de pararle los pies.

—No os conviene tenerme como enemigo —dijo entre dientes—. Ya te he dicho que nada me está vetado. ¡Nada, me oyes!

—Pero yo....

—¡Basta!

Los dos se observaron. Con furia, con rabia. Durante un largo rato ninguno dijo nada, eran incapaces. El aire se tornó denso, explosivo. Sin embargo, Lucía pensó en su padre enfermo y en las gentes de su comunidad que tanto

amaba. No entendía cómo a ese hombre le costaba tanto de comprender. Estaba demasiado furiosa y desesperada para callarse; y sin pensar que no era bueno azuzar a un animal furioso, dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—No hay peor hombre que el que no está ciego pero no ve, y el que no está sordo pero no oye.

Como era de esperar, Iván se sintió insultado, ya que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Atajó la distancia que los separaba hasta quedar a escasos dos palmos de distancia. En esos momentos no quería discutir. La decisión de construir la carretera ya estaba tomada hacía meses. No perdería más tiempo en absurdas discusiones. Había ido a Valleverde por ella, porque la deseaba y no podía esperar más para poseerla.

—Tal vez si te portas bien conmigo... —sugirió Iván con voz melosa—, mejore las condiciones de expropiación, podemos llegar a un acuerdo.

Lucía abrió los ojos como naranjas. Sabía muy bien lo que significaba ese «si te portas bien conmigo». No se lo pensó dos veces, estaba demasiado ofendida para recapacitar.

—¡Cerdo asqueroso! —gritó, al tiempo que su mano se estampaba con fuerza en la mejilla masculina.

El chasquido de la bofetada resonó tan fuerte que escondió el ruido de la leña al arder y el tic-tac del reloj. Iván giró el rostro con brusquedad debido a la inercia del golpe, por un momento se quedó petrificado donde estaba. Sintió escozor en la mejilla y llevó las puntas de los dedos a la cara, al lugar que le picaba. Notó la humedad y la calidez de la sangre y miró las puntas de sus dedos manchados de sangre; dedujo que lo había arañado. Volvió los dedos manchados para mostrárselos a Lucía, no obstante, ella ya había visto el feo arañazo de la mejilla.

—Veo que debajo de esa cara angelical habita una tigresa —repuso él con aspereza, tras un largo rato de silencio.

Ella sintió el latigazo de la ira en su mirada y su voz. No tendría que haberlo abofeteado, la verdad era que jamás había pegado a nadie. Sintió

pánico por lo que le haría, su pequeño cuerpo se estremeció y dirigió una mirada anhelante a la puerta. Sin pensárselo, y movida por el instinto de supervivencia, corrió exasperada hacia la salida.

Pero Iván era rápido y en dos segundos la atrapó.

Ella se revolvió, gritando que la soltara, de nada sirvieron sus exigencias, pues quedó atrapada entre el cuerpo de Iván y la pared. No podía moverse y no podía respirar. Empezó a temblar. Entonces, Lucía, comenzó a gemir de frustración.

—¡Por favor, por favor, suélteme!

Ella no paraba de agitarse e intentó morderlo y patearlo. Pero él tenía reflejos de rapaz y esquivaba cada movimiento.

—¡Maldita sea, para de una vez, estate quieta! —gritó él, jadeante—. No quiero hacerte daño.

Esas palabras se filtraron en su mente y consiguieron que ella se rindiese poco a poco. Estaba cansada de pelear e Iván notó cómo ella se relajaba y dejaba de luchar. Se mantenía laxa en sus brazos y el hombre percibió cómo las curvas femeninas se adaptaban a su cuerpo. Sus pechos pegados. Sus caderas que rozaban su parte viril. Era demasiado... Empezó a respirar con agitación por el deseo que lo envolvía. Ella dio un respingo, Iván sabía el porqué: estando tan pegados, era imposible que no notara la erección. En parte disfrutaba de su sorpresa, pues la respiración de ella se intensificó y sus ojos eran dos grandes esferas brillantes. De pronto advirtió que temblaba.

Lucía apretó los labios al tiempo que una marea de rubor inundaba sus mejillas. No sabía si moverse hacia delante o atrás. Solo era consciente de la dureza clavada en su vientre y que pertenecía a la parte anatómica de un hombre que ni siquiera se atrevía a nombrar. Las rodillas se le doblaron e Iván la aguantó más fuerte. Un error que la dejó más perturbada aún, ya que aparte de tener esa dureza pegada en su estómago ahora podía apreciar la forma.

Iván, desesperado por tenerla tan pegada, la agarró con suavidad de la

barbilla y la atrajo hacia su boca. A Lucía le pilló desprevenida, y de su garganta escapó una exclamación de sorpresa. Ella no sabía lo que vendría después. Él fue pasando su lengua por los labios de la mujer. Acunó su rostro entre sus manos y le depositó ligeros besos alrededor de ellos.

Lucía estaba petrificada como una roca. Perdió la noción de la realidad. No sabía si aquello le estaba pasando de verdad, o lo estaba imaginando. «¿Acaso estaba soñando?», pensó, deseando que fuera verdad.

Al fin pegó sus labios a los de Lucía, e intentó profundizar el beso. No obstante, ella, poco a poco, tomó conciencia de lo que ocurría y se revolvió como una pantera enjaulada, luchando por escapar. Lo empujó, pero él no dejaba que se apartara.

De pronto oyeron el chirriar de la puerta. Él giró el rostro para ver quién había entrado. No tuvo tiempo de reaccionar porque sintió una silla que se rompía en su espalda.

—¡Suelta a mi hermana!

Lucía, boquiabierta, miró por encima del hombro de Iván. Vio a su hermano Abel con su joven rostro encendido de rabia.

—¡Desgraciado! —voceó Iván, al tiempo que se daba la vuelta y estampaba un puñetazo en la mandíbula de Abel.

El muchacho se levantó del suelo, dispuesto a devolverle el golpe. Sin embargo, no fue veloz, e Iván le propinó un segundo puñetazo y cayó encima de la mesa, la inercia provocó que el mueble se volcara. En consecuencia, la tarta de chocolate se estrelló en el suelo y quedó irreconocible y no apta para comérsela.

Lucía reaccionó interponiéndose entre ellos. Miraba a Iván con ojos de rencor, por lo que las palabras brotaron de su boca, empujadas por un resentimiento cruel.

—¡Basta, basta, fuera de mi casa! —gritó a todo pulmón. Su pecho subía y bajaba, indignada con ese hombre—. Peléese con uno de su calaña. No es más que un cobarde, señor Iván Mayer. —A él se le ensombreció el rostro,

pero a ella ya no le importaba y no se guardó nada—. Lárguese y no vuelvas nunca, ¿me oye? No quiero volver a tener que hablar con usted. No tiene derecho a venir aquí y hacer lo que le venga en gana. ¡Márchese, contamina el aire por el que pasa! ¡Oh, no es más que un, un...!

La mujer, descompuesta, dejó de hablar y miró a su hermano, que estaba arrodillado en el suelo. Su cara era de dolor y la muchacha, preocupada y abrumada por un sentimiento de protección, se agachó y se sacó un pañuelo del bolsillo; con delicadeza le limpió la sangre de los labios, tal como lo haría una amorosa madre.

Iván apretó la mandíbula. Su mirada era peligrosa mientras los observaba y tenía ganas de gritar. «¿Cómo me puede acusar sin más de una pelea que de ningún modo he empezado?», pensó. El enfado del hombre crecía a cada segundo, las cosas no se quedarían de esta manera.

—No creas que esto acaba aquí —le aseguró el empresario; no obstante, ella lo ignoró, cosa que a él lo ofuscó sobremanera—. ¡Tendrás noticias mías! Y se marchó dando un sonoro portazo.

Lucía suspiró aliviada y fue a buscar una palangana con agua y paños limpios.

—Lo has llamado señor Iván Mayer —dijo Abel tocándose los labios inflados—. ¿No es el mismo que quiere echarnos de nuestras tierras?

—Sí, es el mismo.

Se arrodilló en el suelo y con los paños empapados de agua fría cubrió los golpes a fin de que no se inflamaran mucho.

—Cuando papá se entere....

—Abel —le atajó ella—, prométeme que no le dirás nada. Si se entera de que él estuvo aquí y de que tú te mostraste violento... —Suspiró—. Todavía no se ha recuperado de su último ataque.

—¿Qué querías que hiciera, dejar que te atacara? Te tenía arrinconada.

—Ya sabes que nuestro Señor no quiere que seamos violentos. Eres un cabeza hueca, tienes la mala costumbre de hacer y luego pensar. Mala

combinación —afirmó—. Además, yo ya tenía la situación controlada.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —le rebatió enfadado—. ¡Ay... ay... me haces daño!

—Es lo que mereces. ¡A ver si creces de una vez!

Abel era un muchacho con unas facciones muy parecidas a las de ella, dulces y serenas; con la diferencia de que las del chico eran un poco infantiles debido a su edad. Sus ojos de color ambarino mostraban una mirada limpia y profunda. Los cabellos eran dorados y sedosos, iguales a los de la madre de ambos. Hacía tres años que había muerto y el padre nunca lo superó. Su salud, desde entonces, mermaba cada día más.

—Tienes razón. Será mejor que papá no sepa nada —admitió, sintiéndose culpable, el rostro de preocupación de su hermana lo había conmovido—. Pero a cambio tendrás que prepararme otra tarta de cumpleaños. Será mi paga por cubrirte con papá hoy y ayer, cuando fuiste a escondidas a Barcelona —puntualizó con una sonrisa traviesa en los labios.

Los dos miraron al unísono la tarta de cumpleaños aplastada en el suelo. Empezaron a reír con fuerza y desinhibición, al tiempo que se abrazaban. Se querían y se protegían, conscientes de que la familia lo era todo. No oyeron el chirrido de la puerta cuando el padre entró.

—¿Pero qué es todo este desorden?! —preguntó, mientras se quitaba el sombrero de paja y pasaba la mano por la barba.

Lucía y Abel se miraron en complicidad, el muchacho tenía una mente vivaz y enseguida tuvo una respuesta.

—Estábamos jugando, yo quería ensuciar la cara de chocolate a Lucía y tropecé y me caí.

—Tienes toda la cara magullada —dijo el padre, arqueó una ceja en un gesto incrédulo, conocía a su travieso hijo—. No entiendo cómo puedes haberte golpeado la cara de esa manera.

—Ya te lo he dicho. Tropecé y caí. —Se encogió de hombros y lo miró con inocencia—. Yo tampoco me explico cómo una caída tan tonta me ha dejado

la cara así.

El padre se acercó y examinó el rostro de Abel. Por el rabillo vio una irreconocible tarta y no se atrevió a preguntar. Sabía de cierto que ese par de hijos suyos escondían algún asunto. Desde pequeños que se encubrían mutuamente y siempre se protegían entre ellos. No quiso insistir más sobre el desafortunado incidente ya que, seguro, le explicarían una mentira detrás de otra.

—Ya veo... —El padre hizo una mueca, sin embargo, de pronto, se acordó de para qué había ido a casa—. Pero no creas que esto te va a liberar de tu castigo. Vengo de la granja de los Vidal y, ahora mismo, vamos a ir a que les arregles el gallinero y a pedirles disculpas. —Miró a Lucía—. Apresúrate a curarlo. Te espero fuera, jovencito, voy a prepararte el caballo, ya te lamerás las heridas por el camino.

Salió por la puerta mascullando en voz alta la mala suerte que tenía por tener un hijo tan poco responsable y rogando al cielo que madurara.

Lucía y Abel suspiraron aliviados y complacidos por su buena suerte. ¡No sospechaba nada! Se levantaron del suelo y ella abrió un armario de la cocina y sacó una botella de desinfectante casero. Su hermano estaba acurrucado en una silla, esperando la tortura que suponía que le pusieran ese brebaje en las heridas.

—Esta vez te has pasado —le regañó Lucía, pasándole desinfectante por las heridas—. La señora Vidal está muy enfadada.

—¡Ay! —se quejó removiéndose como una lagartija.

—No seas cobarde, solo pica un poco. Es agua de tomillo.

—No soy cobarde y esto pica mucho.

—Por cierto, ¿qué has ganado con tu última travesura? —pregunto ella, sabiendo de su carácter infantil e inmaduro. Esperaba que ahora, con los dieciocho años cumplidos, recapacitara antes de enfrascarse en más travesuras.

—Aún tengo que cobrarlo.

Lucía lo miró con pose interrogativa y él suspiró. Su hermana no pararía hasta que le contara la verdad.

—Tengo que cobrarme un beso —reveló en un susurro demasiado tímido para decirlo en voz alta. Intentó agachar el rostro, pero su hermana se lo impidió agarrándole la barbilla y aplicándole ese horrible desinfectante.

—¿Un beso? —barbotó en voz alta, pues estaba escandalizada, su hermano no dejaba de sorprenderla.

—¡No chilles, papá te puede oír!

—Vale... perdona. —Lucía se moría de curiosidad. A su hermano le gustaba una chica, tal vez ese enamoramiento juvenil hiciera que madurara. Sin embargo, recapacitó en que la travesura con la única intención de robar un beso, definitivamente no era el acto de una persona responsable—. ¿Quién es la desafortunada?

—¡No te burles! Y... la afortunada —dijo, sonrojado hasta la médula— es Elisa. Pero ella no quiere pagar. —Se encogió de hombros y su expresión revelaba la desilusión que sentía.

—No me extraña. Yo tampoco podría besar a un sapo.

—Eso no tiene gracia —se indignó—. Esa chica es una tramposa.

—No ha hecho trampa. Ha jugado un poco contigo y debe estar riéndose de ti. —Le puso las manos en los hombros, haciendo una mueca con los labios antes de hablar—. Ya te está bien empleado. A partir de ahora será mejor que cobres por adelantado.

Lucía rio con ganas. A Abel no le hizo ninguna gracia y no intentó disimular su indignación.

—¡Que día tan horroroso! Me han dejado sin beso, mi hermana se burla de mí y aún me queda aguantar el sermón de papá de camino a la granja de los Vidal. —Se alzó de la silla con movimientos rápidos, demasiado ofendido, aunque todo lo olvidó en segundos y miró a su hermana con ojos cariñosos y traviosos—. Me voy y espero que tú no hagas como Eli y cumplas tu palabra de prepararme otro pastel.

Lucía le dio un beso en la mejilla. Tuvo que ponerse de puntillas, pues Abel cada día estaba más alto.

—Tendrás tu pastel, aunque muera en el intento.

El chaval se marchó riendo mientras pensaba que su hermana siempre lo ponía de buen humor. Ella era como la sal en las comidas y el azúcar en los dulces.

Lucía miró a su alrededor con pesar, dado que todo era desorden y caos. De pronto, le atrajo la atención una pieza de ropa. Era el jersey de rombos de Iván, se agachó y lo cogió del suelo. No supo lo que la empujó, pero no pudo evitar inhalar la fragancia de la prenda. Olía a perfume masculino, potente y seductor, el mismo aroma que había sentido cuando estaba tan pegado a ella y notaba su masculinidad. Salió al exterior, pues necesitaba que el aire frío la refrescara. Solo de pensar en su cuerpo adherido al suyo le entraba calor.

Miró al cielo en un intento de encontrar la explicación a su turbación. Sin embargo, como era de esperar, en el cielo no encontró respuesta alguna. Solo vio matices de grises y negros que cubrían el firmamento de punta a punta. El sol ya no resplandecía como a primera hora, con toda seguridad volvería a nevar. Se rio, incapaz de hacer otra cosa, ya que pensaba que su mente estaba de la misma manera: negra y ofuscada. No pudo evitar advertir el aire frío que se filtraba por debajo de su falda y traspasaba las medias. En cierto modo agradeció esa bocanada de frescor, pues la necesitaba con desesperación para, de este modo, mitigar el calor que sentía en su interior.

Mientras tanto, Iván corría a una velocidad peligrosa por las carreteras del Vall d'Aran. Todas las llamas del infierno ardían dentro de su ser y sentía la sangre que le hervía. Masculló en voz baja una hilera de insultos y ¡no se dejó ni uno!

Una vez se serenó, pensó en su próximo movimiento. Detuvo el coche en el arcén frenando con rabia. Golpeó con la mano el volante del coche, una vez y dos, estaba irritable y con ganas de guerra. No dejaría que ese angelito lo detuviera, desde luego que no.

Se hubiera conformado con probar la fruta prohibida, sin embargo, ahora quería devorar esa fruta hasta el final. La atracción que la mujer despertaba en él iba en contra de todo en lo que Iván creía, pero no podía evitar sentirse cautivado como nunca antes. Necesitaba poseer un trocito de cielo, perderse en sus ojos de mirada serena, y encontrar la tranquilidad que el cuerpo le pedía.

Cogió el móvil y marcó el número de su amigo y abogado.

—Javi, ¿esta tarde estarás en tu despacho? —preguntó con voz colérica saliendo del coche y cerrando la puerta de un portazo.

—¡Hola, Iván! ¿Ya no saludas? —Chasqueó la lengua—. Ni un... ¡hola, Javi, qué tal estás!

Un viento helado empezó a soplar con suavidad, pero ni esa brisa fría apagó el fuego rabioso que ardía dentro de Iván.

—Déjate de gilipolleces, no estoy de humor —soltó sin contemplaciones mientras daba una patada a un guijarro del suelo.

—¡Vale, vale! —suspiró, pesaroso por lo que le vendría encima. Su amigo estaba en verdad cabreado y cuando se cabreaba era peligroso—. ¿A quién tengo el honor de destruir esta vez?

—Estás muy gracioso, ¡lástima que no tenga ganas de reír! —Se atusó el cabello mientras caminaba de un lado a otro intentando calmar la ira que bullía en su sangre.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —preguntó Javi, sorprendido por notar a su amigo tan perturbado. No era normal en él perder el control de esa manera y en aquellos momentos parecía fuera de sí.

—Voy al grano: quiero que empieces a agilizar el papeleo para hacernos con Valleverde y lo quiero en mis manos ¡ya! ¿Entiendes?

—Iván, eso necesita tiempo. —Javi intentaba ordenar sus pensamientos. No entendía qué tenía que ver ese pueblo con el monumental enfado de su amigo.

—¡Ya basta, Javi! Si no eres capaz de hacerlo en tiempo récord contrataré a

otro.

Hubo unos segundos de silencio.

—De acuerdo —se rindió el abogado. Necesitaba el dinero, pero no quería que Iván se enterara, además no encontraba ninguna lógica en sus exigencias. Ya le explicaría en unas horas el porqué de tanta prisa—. Ven esta tarde a mi despacho. Empezaré con el papeleo ahora mismo. Será como tú dices y antes de un mes Valleverde estará en tus manos.

—Perfecto.

¿No alardeaba de que nada le estaba vetado? Ahora lo demostraría.

Entró en el coche aún irritado. Apretó el botón de colgar del móvil y lo tiró de mala manera en el asiento de al lado. Sonrió al tiempo que se calmaba, Javi era muy bueno en su trabajo, el mejor, por tanto Valleverde pronto sería suyo. Puso el coche en marcha y buscó en la radio el canal de noticias. El cielo se había encapotado de nubes en todos los matices de grises. Solo le faltaba quedarse tirado en la carretera por la nieve que, casi con toda seguridad, caería.

Un fuertísimo viento, que no supo de donde venía, azotó su coche hasta zarandearlo. Las copas de los árboles aullaron con fuerza. A Iván le recordó a un llanto lastimero, un conejo iba de un lado a otro, aterrado y gritando con estruendo. Se calló cuando se escondió en un agujero que parecía ser su madriguera.

Era como si la madre naturaleza se hubiera rebelado contra sus planes de la única manera que sabía. Suerte que él no era un hombre supersticioso, creyente de fuerzas ocultas e inexplicables.

## De princesa a mendiga...

## De noble caballero a verdugo...



Regina es una bella señorita de clase bien venida a menos, que ha tenido que salir de su zona de confort y abandonar hasta su identidad para hacerle frente a las circunstancias que convirtieron su perfecta vida en un infierno. Se ve en la urgente necesidad de emplearse de mucama para solventar los gastos familiares y la enfermedad de su madre. Jamás imaginó que tuviera que lidiar con tanta miseria, ni desde luego con que su carismático patrón, al que considera el hombre perfecto, le complique aún más su nueva realidad

Regina y Gabriel estarán inmersos en un campo de batalla en el que, entre amor y desamor, lucharán por preservar los valores y las buenas costumbres o aceptar los fuertes cambios sociales. Y entre encuentros y desencuentros deberán elegir entre hacerle caso a la razón... o escuchar la voz de sus corazones.

**Olga Hermon** Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Olga Hermon

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-024-0

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

UNA NUEVA REALIDAD

NOTA EDITORIAL

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

PRÓXIMAMENTE

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE OLGA HERMON

CRÉDITOS

NOTAS

- [1] Mujer joven, en el argot colombiano.
- [2] Fraire español, misionero y predicador en la región del Bajo Magdalena y Santa Fe de Bogotá, alrededor del año 1568. Muy querido y venerado aún en la actualidad.
- [3] Fabricante de pianos en la región de Cali, Departamento del Valle del Cauca, Colombia.
- [4] Volcán ubicado en el municipio del mismo nombre, al occidente de Colombia. En ciertas estaciones del año se cubre de hielo.
- [5] Tocado femenino de tela, generalmente rígida, que va sobre la cabeza como parte del uniforme de la servidumbre de antaño.
- [7] Giro o cuerda de la manivela que arranca el motor de los autos antiguos.
- [8] Árbol perteneciente a la familia de las anonáceas, cuyo fruto comestible es la chirimoya o chirimoyo.
- [9] Mujer fácil.
- [10] Cocido popular a base de caldo con carne y diferentes ingredientes.
- [11] Ducha en francés.
- [12] Detective inglés. Personaje de un libro de ficción escrito por sir Arthur Conan Doyle en 1887.
- [13] Pan de harina de maíz. Se sirve normalmente relleno.
- [14] Árbol nativo de América tropical. Tiene un color característico verde esmeralda por las partículas de cobre de su interior. Su madera se ganó la fama de ser más dura que el hierro, tanto que se fabricaban espadas con ella.
- [15] Muy enojado, en el argot colombiano.

- [16] Género de molusco gasterópodo que produce la púrpura.
- [17] Fiesta, parranda, en el argot colombiano.
- [18] Amigo, en el argot colombiano.
- [19] Personaje de aspecto monstruoso, corpulento y de larga cabellera, con el que solían asustar a los niños traviesos y desobedientes, en Colombia.
- [20] Mueble de cocina para guardar manteles, servilletas, etc.
- [21] Uno de los siete enanos de Blanca Nieves. Cuento de hadas homónimo que los hermanos Grimm publicaron en 1812.
- [22] Expresión colombiana que indica que, si celebras algo antes de tiempo, te saldrá mal.
- [23] Cuento de Cenicienta más conocido en América, escrito por el francés Charles Perrault en 1697.
- [24] Hielo en forma de cono.
- [25] Mujer fácil.